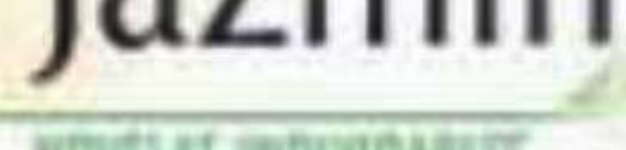


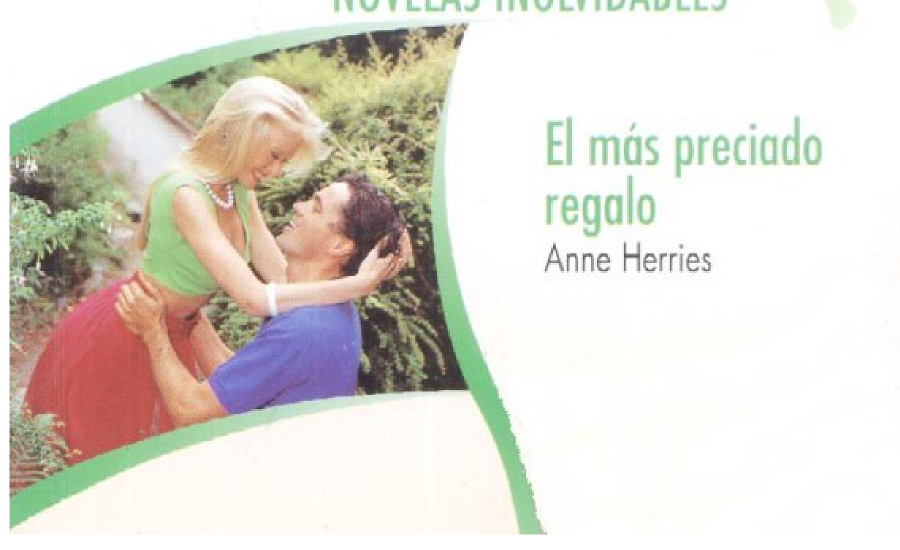


El más preciado regalo

Anne Herries







El Más Preciado Regalo

Anne Herries

El Más Preciado Regalo (10.01.2001)

Título Original: The Most Precious Gift (2000) **Editorial:** Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Jazmín 1603

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Philip Grant y Megan Hastings

Argumento:

El doctor Philip Grant se quedó muy sorprendido cuando se encontró con un viejo amor en el hospital en que trabajaba. Megan Hastings y él se habían separado por exigencias de sus estudios y, al parecer, el destino había decidido brindarles otra oportunidad. Tras su divorcio, Philip no se fiaba mucho de las mujeres pero, cuando se enteró de que Megan estaba

gravemente enferma, se dio cuenta de que la necesitaba. Sólo le quedaba convencerla de que tenían un futuro juntos.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 2-97

Anne Herries – El más Preciado Regalo

CAPÍTULO 1

EL DOCTOR Philip Grant tuvo que esperar a que el coche de delante dejara a la persona que había ido a llevar antes de aparcar en su plaza en el hospital local. Sabía quién era el conductor. Se trataba de un ganadero muy rico de por allí, pero no tenía ni idea de quién era la mujer. Cuando la vio salir del coche, la observó detenidamente.

¡No sabía quién era, pero menudas piernas tenía! Y parecía que el resto del cuerpo les hacía justicia.

A pesar de que llevaba un abrigo largo y abrochado, se veía que era de lo más elegante. Desde luego, tenía porte y, cuando giró la cabeza hacia donde él estaba, vio que, además, era guapa. Aquella rubia de ojos verdes le resultaba conocida.

Se quedó un poco perplejo porque le pareció que la conocía de algo, pero ella volvió la cabeza demasiado pronto y no le dio tiempo a reconocerla. Frunció el ceño y se dio cuenta de que ya podía aparcar.

Para cuando terminó, la mujer se había perdido dentro del edificio.

Cuando descendió de su vehículo, Robert Crawley bajó la ventanilla de su BMW y lo llamó.

-Siento haberlo hecho esperar, doctor Grant. He venido a dejar a la enfermera Hastings. En realidad, empieza mañana, pero quería pasarse a ver esto antes.

-Es cierto. Había olvidado que venía una persona para reemplazar a la enfermera Marsh. Muy amable por traerla.

-Está sin coche de momento y me lo pidió. No podía decirle que no. Es amiga de mi hermana desde hace muchos años. Olive me pidió que cuidara de ella y, la verdad, no me importa nada -comentó Crawley.

-Enfermera Hastings... -dijo Philip con el ceño fruncido. Aquel nombre le decía algo, pero no era capaz de saber por qué. Sacudió la cabeza y pensó en cosas más importantes-. Bueno, Crawley, ¿va a ir al torneo de dardos que organiza el hospital el viernes? Ya sabe que todo el dinero que saquemos irá a financiar la unidad infantil.

-Lo siento, no voy a poder, pero ya sabe que les daré un cheque sin problemas.

Siempre me agrada ayudar al Chestnuts. Me han dicho que usted no va a participar...

-No, no se me da bien. Yo prefiero el squash o el esquí, cuando tengo tiempo de escaparme, claro -contestó Philip. Le habían pedido que formara parte del equipo de dardos del pueblo, pero tenía muy poco tiempo libre y lo valoraba mucho-. Como sabe, el torneo se celebra todos los años, pero esta vez, como presidente del fondo infantil, decidí aprovecharlo para obtener beneficios. Todos los jugadores tendrán Escaneado por Corandra y corregido por Sira

que participar patrocinados y, además, todos los que acudan a verlo tendrán que pagar cinco libras.

-Seguro que están encantados con que usted se haya hecho cargo de organizarlo todo.

-Bueno, no crea que fue realmente idea mía. Fue de la señorita Rowen -sonrió Philip-.

Gracias por su ofrecimiento, Crawley. Sé que en otras ocasiones ya ha donado usted dinero al hospital. A ver si se pasa un día por casa de Susan a tomar algo.

-Será un placer ver a su hermana. Me tengo que ir y supongo que usted también.

Philip asintió, cerró el Golf con el mando a distancia y entró en el hospital. A pesar de lo ocupado que estaba en la consulta, todas las semanas encontraba tiempo para visitar a los pacientes que se estaban recuperando de alguna operación. Era una de sus labores preferidas.

Pasó media hora hablando y consolando al señor Jarvis, que había sufrido una extirpación de colon y recto, y luego bajó al área infantil a ver a Jennifer Russell, a la que habían operado de un tobillo. Una enfermera le estaba pintando las uñas de los pies.

-Doctor Grant -sonrió la niña-. ¿A que estoy guapa? La enfermera Hastings dice que este color está muy de moda.

Él no había visto a la mujer al entrar, pero ella, al oír su nombre, lo saludó con una sonrisa.

-Se llama "Resplandor rojo" -dijo la aludida sonriendo-. Lo compré en Londres.

Aquella sonrisa le hizo recordar quién era. Claro que le sonaba. Había cambiado mucho porque la última vez que la había visto tenía dieciocho años, el pelo largo y unos cuantos kilos más encima.

¡Megan Hastings! La chica con la que lo dejó unos meses antes de conocer a Helen...

Se preguntó si ella se acordaría de él. Había pasado mucho tiempo y ambos habían cambiado.

Eran muy jóvenes y muy ingenuos aquel verano en el que se conocieron. No acabaron muy bien, aunque Philip no recordaba por qué.

-¿Enfermera Hastings? -sonrió él tendiéndole la mano-. Soy Philip Grant. Tengo la consulta en el pueblo y he venido a ver qué tal estaba Jennifer.

-Hola. Yo todavía no estoy de servicio -replicó ella estrechándola la mano y retirándola rápidamente, como queriendo mantener las distancias-. Me han hablado de usted, aunque ya nos conocíamos...

-Sí... No sabía si se iba a acordar de mí. Hace tanto tiempo...

-Sí, unos diez años. Yo estudiaba enfermería y usted estaba de interno. Salimos solo un par de veces...

-Fue más que eso, creo -contestó sorprendido. ¿Por qué negaba que habían estado juntos durante meses? ¿Se estaba mostrando un poco hostil o eran imaginaciones suyas?-. No sé si me equivoco, pero creo recordar que usted vino varias veces a animar al equipo de rugby de Medicina y fuimos a varios conciertos juntos.

-Siempre rodeados de gente. Sí, supongo que si se refiere a eso, sí -sonrió dispuesta a marcharse. Philip se preguntó qué había hecho para no caerle bien. No podía ser que siguiera enfadada por cómo se habían separado en su momento. Le pareció recordar que habían discutido, pero no se acordaba de por qué-. Me alegro de volver a verlo, doctor Grant. Me tengo que ir. Lo dejo con Jennifer -dijo sonriendo a la niña-. Vendré a verte mañana... si sigues aquí. A ver si encuentro un pintalabios que vaya bien con ese esmalte de uñas. Hasta luego.

-Espero que nos veamos otro día -contestó Philip. Aquella mujer era adorable. Le había encantado su sonrisa.

La observó mientras se alejaba. Llevaba una falda de seda gris y una blusa a juego en un gris más claro. Llevaba el pelo corto, peinado hacia atrás y metido detrás de las orejas y sus interminables piernas se movían de maravilla sobre unos altísimos zapatos de tacón. Supuso que llevaría unos más normales para trabajar.

Bueno, ¿y a él qué le importaba? Después de todo, su interés en las mujeres se limitaba a mirar. Tras su divorcio, las pocas ocasiones en las que había intentado algo con alguien del otro sexo no había salido bien.

-¿Me puedo ir a casa? Me dijo que cuando pudiera andar de aquí a la puerta sin pararme, podría irme. Y ya puedo.

-A ver... -la invitó con una sonrisa-. Muy bien, Jennifer. Has sido una chica muy valiente y creo que te mereces un regalo -le dijo, una vez recorrido el trayecto, sacando las zapatillas de deporte especiales que le había comprado.

-¿Para mí? -le preguntó encantada antes de colgársele del cuello y abrazarlo-.

¡Cuánto lo quiero, doctor Philip!

Philip se rió. Sabía que no muchos de sus pacientes se habrían mostrado tan sinceros en su presencia porque, según su hermana Susan, a veces, resultaba un poco cortante; aunque, claro, también había que tener en cuenta que mucha gente respetaba en exceso a los

médicos, así que, tal vez, no todo fuera culpa suya.

Lo que él no sabía era que las enfermeras del hospital hablaban mucho sobre él, precisamente, tal vez, porque era un poco evasivo. Vivía y trabajaba en el pueblo, estaba adscrito al hospital, pero no solía estar allí. Además, nunca había salido con ninguna de ellas. Por todo ello, se había creado una leyenda en torno a él y a por qué no le, interesaban las mujeres. Ninguna creía que fuera homosexual, así que de debí haber otra explicación. ¿Dónde pasaba el tiempo libre y qué le daba esa aura de misterio que a todas les parecía tan fascinante?

Si él hubiera sabido todo aquello, se habría echado a reír. No solía hablar de su vida privada en el hospital porque no tenía razones para hacerlo. Era, más bien, un hombre reservado.

Salió del hospital contento. Días como aquel eran los que lo hacían sentirse feliz de ser médico.

A veces, cuando había tenido un día duro en quirófano, volvía a su casita sintiéndose inútil porque sabía que no podía hacer casi nada por el paciente. Estaba convencido de que jamás se inmunizaría contra los casos terminales. Hubo un tiempo en el que creyó que podría distanciarse, pero eso había sido cuando estudiaba en Londres...

-¡Vaya por Dios! -exclamó de repente al recordar algo. Se paró en seco y se golpeó la frente con la mano-. Debe de creer que soy un arrogante.

Philip se sintió fatal al recordar por qué Megan y él habían dejado de verse. Megan le había pedido que fuera a una boda con ella, pero él tenía un torneo de squash aquel fin de semana. Se había ofrecido a asistir al banquete, pero ella se había enfadado mucho.

-¡Eso no es justo, Philip! -gritó roja de ira-. Yo he ido todas las semanas a tus partidos de rugby y, cuando yo te pido que hagas algo por mí, no quieres.

-No es que no quiera, es que no puedo. Si hubiera sido otro fin de semana... pero este no puedo, prometí que jugaría...

-¡Solo piensas en el deporte o en ir al pub!

Philip supuso que la acusación tenía razón de ser en su momento. Cuando era estudiante, formaba parte de casi todos los equipos de deporte y de debate por que se suponía que así debía ser. De hecho, Megan y él se habían conocido en el pub al que iban todos los estudiantes de Medicina. Él iba dos cursos por delante de ella.

Habían salido un par de veces solos, pero, mirando atrás, se dio cuenta de que ella tenía razón: casi siempre habían estado rodeados de gente.

En aquella época, había creído que a Megan le parecía bien. Philip tenía toda la arrogancia que da la juventud. Tal vez no le había dedicado el tiempo que se merecía porque se había centrado - demasiado en los exámenes y había supuesto que a ella le parecía bien simplemente porque a él se lo parecía.

Recordó que se había disgustado más de lo que habría podido imaginar cuando ella le dijo que no quería volver a verlo. Anduvo unos días cabizbajo pensando en lo ocurrido y, cuando se había decidido a pedirle disculpas, resultó que ella había desaparecido del mapa. Una de sus amigas le dijo que había encontrado un trabajo lejos y le dio un teléfono. Iba a llamarla, pero tuvo exámenes y se le olvidó.

Tras aquellos exámenes, su vida cambió, se aceleró. Conoció a Helen, que era muy diferente a las chicas a las que él estaba acostumbrado. Tenía su misma edad, provenía de una familia rica y tenía su propia empresa de diseño. Se conocieron, se enamoraron, se casaron y se divorciaron en menos de cinco años.

En aquel entonces, pensaba que era amor, pero con el tiempo se había dado cuenta de que había sido química. Buena química, mientras había durado, pero no lo suficientemente fuerte como para sobrevivir al paso del tiempo.

Helen se hartó rápidamente de ser la mujer de un joven doctor que tenía que abrirse camino. Quería mucho más de él, mucho más de lo que él podía darle, así que lo dejó por un rico empresario.

Cuando aquello sucedió, él sintió un inmenso alivio porque lo único que hacían era discutir.

-Helen era demasiado egoísta -le dijo Susan en aquel momento-. Nunca entendió la devoción que sientes por tus pacientes. Quería que estuvieras siempre corriendo tras ella, como un cachorrillo. Estás mejor sin ella, Philip. Encontrarás a alguien pronto.

Pero no fue así. Desde entonces, había evitado las relaciones sentimentales. No es que no hubiera podido olvidar a Helen, aquello no le había costado ningún trabajo, sino que estaba demasiado ocupado con su profesión, que le encantaba, como para arriesgarse a dar con otra como ella.

Tras el divorcio, dejó el trabajo de hospital, se instaló en el campo y abrió una consulta al lado de donde vivían Susan y Mike. Le encantaba ir a verlos, a ellos y a sus dos hijos. Las contadas ocasiones en las que quedaba con alguna mujer era por motivos formales. Susan se solía encargar de organizarle las citas con alguna de sus amigas cuando necesitaba una pareja. Era más fácil así. Por eso, algunos creían que era misógino. No era así. Le gustaban las mujeres, pero quitaban demasiado tiempo.

Estaba demasiado ocupado como para pararse a pensar en sus sentimientos.

Aquella tarde, Philip fue a casa de Susan y Mike para cenar con ellos. Mientras conducía, iba sumido en sus pensamientos. Tenía que preguntarle a su hermana a quién podía invitar a la fiesta de Fin de Año de la señorita Rowen...

Se paró en la tiendecita antes de ir a casa de su hermana. Tenía que comprar azúcar y también se llevó el periódico y un par de cómics para sus dos sobrinos.

Llegó a casa de Susan, un edificio antiguo e imponente, con jardín para los niños y cinco dormitorios. Eso dejaba claro cuáles eran sus planes para el futuro. Ya tenían la parejita, pero querían más. Por lo menos, cuatro. Mike Blackwell, su amante y resignado marido, siempre decía que lo iba a arruinar, pero formaban la pareja más feliz que conocía Philip.

A veces, al verlos a todos juntos, casi le daba envidia lo felices que eran Mike y Susan con sus hijos. A él le encantaban los niños, pero Helen siempre se había negado a ser madre. Tal vez, si hubieran tenido un par de críos, no se habría aburrido tanto. En el fondo de su

corazón, se alegraba de que lo hubiera abandonado. No se llevaban bien y ni siquiera les gustaban las mismas cosas. Susan tenía razón: estaban mejor separados.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 7-97

Al entrar, Jodie y Peter salieron a recibirlo entusiasmados. Agarró a Jodie y la zarandeó por los aires hasta que la niña empezó a gritar y, entonces, se puso a gruñirle a Peter como si fuera un oso, lo que desencadenó una pelea de mentira hasta que Susan apareció en busca de los niños.

-¡A ver, monstruos, subid a la cama! -dijo sonriendo-. Pareces cansado, cariño -añadió viendo la cara de su hermano-. Anda, manda a los niños a la cama y tómate una copa.

Tras rebuscar en los bolsillos de su tío y encontrar los caramelos que siempre les llevaba, los niños se fueron a la cama. Les habían dejado quedarse despiertos con la condición de que se fueran a la cama en cuanto le hubieran saludado.

Philip pasó al salón, una habitación acogedora y muy vivida. Como en todas las casas con niños, había libros, juguetes y juegos sobre las mesas y las sillas, aunque habían recogido el suelo para intentar ordenar un poco.

Mike estaba viendo las noticias. Al verlo entrar, apagó el televisor e hizo un gesto elocuente.

-A ver si nos dan una buena noticia de vez en cuando. De verdad que, como vuelva a ver una desgracia más de niños maltratados o algo así...

-Te entiendo. Yo lo veo en el hospital y es horrible. Por cierto, ¿vendrás el miércoles al torneo benéfico de dardos? Te necesitamos en el equipo del pueblo.

-Claro que irá -contestó Susan dándole una copa de vino tinto a su hermano-. ¿Cómo íbamos a dejarte tirado después de todo lo que te has esforzado para conseguir patrocinadores para el torneo? Yo ya tengo quien se quede con los niños y voy a ir a animaros. Me apetece

mucho salir.

-Maravilloso -le dijo su hermano-. Por cierto, llega la fiesta de la señorita Rowen y ya sabes que todos los invitados tienen que ir con pareja. ¿Crees que tu amiga June, esa que no habla mucho, querría ir conmigo?

-Pues no creo que pueda ser. Tiene novio y supongo que pasará Fin de Año con él.

Iría yo contigo, pero el jefe de Mike nos ha invitado a su casa y tenemos que ir -dijo poniendo cara de pocos amigos. Susan era una mujer guapa, de ojos azules y pelo rizado.

-Bueno, pues piensa en alguien, ¿de acuerdo? -le dijo sonriendo.

No se parecía en nada a su hermana. Él tenía el pelo mucho más oscuro, casi negro, y los ojos grises.

A sus treinta y tres años, seguía siendo muy guapo, por lo menos eso era lo que decía su hermana, a quien le parecía que las canas que tenía en las sienes le quedaban muy bien. Estaba delgado y en forma, algo que no le costaba mucho conseguir y que hacía que su cuñado lo envidiara porque Mike tenía que cuidarse mucho para no engordar.

-No se me ocurre nadie, como no sea Anne Browne y no creo que a la señorita Rowne le hiciera mucha gracia que me presentara en su fiesta con la señorita Provocación.

-¿No me digas que todavía te persigue? -dijo Susan con mala cara-. Ya sé que siempre te digo que salgas con chicas, pero ni se te ocurra hacerlo con ella porque te devoraría nada más verte. No es para nada tu tipo.

-Lo sé. Es una especie de devoradora de hombres. Es una pena, porque es una chica encantadora en otros aspectos.

-No sé. Mary se va a Estados Unidos tres semanas a pasar las Navidades y con Beryl fue un desastre la última vez que vino. Me dijiste que no la volviera a invitar.

Además, me parece que también tiene pareja.

-Bueno, no pasa nada. Supongo que tendré que arreglármelas yo solo. Siempre puedo llamar a una agencia.

-¡Phil! -exclamó su hermana horrorizada-. No lo harías, ¿verdad? No, claro que no.

¡Siempre me tomas el pelo!

Susan fue a la cocina a por la cena mientras los dos hombres se quedaban hablando de la unidad infantil para la que llevaban tanto tiempo recaudando fondos. La señorita Rowen todavía no había donado su parte, pero había dejado claro que lo haría en la fiesta de Fin de Año, un acontecimiento de cierta importancia en el pueblo.

-Se me ha ocurrido alguien. ¿Qué te parece Christine Barber? -dijo Susan al volver a la mesa-. ¿Te acuerdas de ella? Me parece que va a venir a pasar las navidades con sus padres...

-¿La que se ríe como un burro? No, por favor, Susan, no me hagas eso. De verdad, prefiero una agencia.

-Si salieras de vez en cuando con alguien, no te verías en esta situación -apuntó su hermana con el ceño fruncido-. Seguro que habrá alguien en el hospital que te guste,

¿no?

-Bueno... -dijo Philip pensando en Megan, en sus maravillosas piernas y en la estupenda sonrisa que le había brindado a Jennifer-. Podría haber una persona, pero no creo que acepte...

-No lo sabrás si no se lo preguntas -aseveró su hermana suspirando desesperada.

Philip era consciente de que, a veces, la sacaba de quicio-. No me habías hablado de esa mujer. ¿Es guapa?

Philip vio un brillo especial en los ojos de su hermana.

-No, no saques conclusiones precipitadas. Solo hemos hablado unos segundos esta tarde, eso es todo. La enfermera Hastings es nueva en Chestnuts... aunque nos conocimos cuando yo estaba en Guy's hace años.

-Un antiguo amor... -dijo Susan encantada-. ¿Cuándo me la vas a

presentar?

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 9-97

Anne Herries – El más Preciado Regalo

-No fue una historia de amor. Éramos muy jóvenes -la corrigió viendo que su hermana estaba, como de costumbre, sacando conclusiones precipitadas-. Solíamos salir en grupo y ella me pidió que la acompañara a una boda, algo familiar, me parece, pero yo tenía que jugar al squash...

-¿La dejaste tirada por un partido de squash? -preguntó Susan sin poder creérselo-.

¿Cómo te negaste a acompañarla a una boda familiar? Me parece un poco egoísta por tu parte. Tú no eres así. Eso no estuvo bien, Phil. Supongo que le habría hablado a su familia de ti y querría que te conocieran. Yo me habría agarrado un enfado de muerte.

-Me dejó. Cuando me dijo que lo nuestro se había acabado, ni siquiera rechisté. Unos días después, la llamé para disculparme, pero me dijeron que se había ido. Para ser sinceros, lo dejé estar. Tenía exámenes y luego conocí a Helen... Que Megan me dejara tal vez tuvo algo que ver con que me enamorara tan profundamente de Helen.

Tardé muchos meses en encontrar a alguien que me gustara después de que Megan me dejó.

-Tu orgullo... -sonrió Susan-. Siempre has sido un cabezota independiente, Phil. Lo que me extraña es que no tardaras años en pedirle salir a otra mujer. Ya te puedes olvidar de pedírselo a ella. No creo que tenga muy buen concepto de ti.

-Ya... -dijo sintiéndose mal. La boda a la que Megan había querido que fuera con él debía de haber sido importante para ella. Debería haber conocido mejor sus sentimientos-. Me porté muy mal. Le pediré perdón la próxima vez que la vea...

Philip le dio un traguito al whisky que se permitía los días duros, dejó el vaso en la mesilla de noche y se dispuso a hacer unas cuantas flexiones. Aunque 1u metabolismo quemaba todas las calorías que no necesitaba, gracias a lo cual tenía un cuerpo duro y esbelto, el partido

de squash con su amigo Matthew Keane, para el que conseguía sacar tiempo una vez por semana, no era suficiente para mantenerse en forma.

Ya no tenía tiempo de jugar al rugby como cuando era estudiante. Sonrió al recordarlo. Entonces tenía ideales y entusiasmo. Seguía teniendo mucha energía, pero la empleaba en el trabajo. Se movía en un mundo muy diferente: reuniones, acontecimientos benéficos y seminarios ocupaban el tiempo que le dejaban sus pacientes.

Su hermana decía que conseguir quedar con él para cenar era más difícil que concertar una cita con el presidente de una multinacional.

-Deberías tomarte tu tiempo para respirar, como el resto de los mortales -le había dicho algún tiempo antes-. Phil, estás demasiado metido en tu mundo. Deberías dedicar más tiempo al ocio.

Philip sabía que Susan tenía razón. A veces, no tenía tiempo ni para respirar. Por otra parte, así no tenía tiempo para pensar demasiado. El divorcio lo había llevado a meditar sobre los misterios de la vida.

Después del divorcio, se había embarcado en un par de relaciones muy físicas, algo instintivo, como un sentimiento de libertad de haberse librado de Helen, pero ninguna había resultado especialmente satisfactoria. Sin amor, el sexo no era todo lo maravilloso que podía ser. Desde entonces, se había contentado con amistades y con su familia.

Al terminar la copa, Philip pasó revista al día, como solía hacer. Por alguna extraña razón, no pensó en el trabajo sino en un maravilloso par de piernas que salían de un coche.

¡Se había convertido en una mujer muy guapa! Ya lo era cuando estaban juntos. De hecho, se había sentido muy atraído por ella, Sonrió al recordar un día en especial.

Habían ido a comer cerca del río, se habían bañado y se habían tumbado sobre una manta a comer fresas bañadas en vino espumoso.

-Algún día, te compraré champán...

Philip sintió que se le erizaba el vello al recordarlo. Megan lo había besado y habían estado muy cerca de hacer el amor, pero él se había echado atrás porque no quería meterse en una relación seria. ¡Tenía los exámenes encima!

Aquel recuerdo lo hizo sentirse solo. Hacía tiempo que no estaba con alguien que le importara. Imaginó lo que sería abrazar y tocar a Megan, sentir su piel y...

-Llevas demasiado tiempo haciendo vida monacal -murmuró para sí mismo, sorprendido con sus propios pensamientos, que estaban fuera de control-. Ya es hora de que hagas algo.

Su sentido del humor acudió en su ayuda y, para cuando se metió en la cama, ya había recobrado su compostura habitual. Supuso que una mujer tan guapa como Megan Hastings tendría pareja. De no ser así, de todas formas, seguro que no querría tener nada que ver con un hombre que no había querido ir con ella a una boda

¡porque tenía que jugar al squash!

¿De verdad había sido tan joven y desconsiderado alguna vez? Nunca se había visto como un tipo arrogante... simplemente le gustaba guardarse sus pensamientos para sí. No era de esas personas que le contaban su vida al primero que pasaba tras unas cuantas copas. En realidad, ya casi nunca iba a los pubs, solo para comprar alguna botella de whisky o para comer con su cuñado algún domingo de verano.

Seguramente, su conducta egoísta había molestado a Megan. En el hospital, se había mostrado distante y fría. Philip sentía mucho haberle hecho daño y estaba dispuesto a bajar las orejas la próxima vez que coincidieran, sobre todo porque iban a verse de vez en cuando por el Chestnuts...

CAPÍTULO 2

-¡TE ODIO! -gritó Matthew Keane fallando el tanto-. ¡Otro juego para ti!

Philip sonrió y miró a su amigo. Se habían conocido en el internado y su amistad duraba desde entonces. A pesar de que Matthew había estudiado Económicas y sus vidas habían seguido caminos diferentes, nunca habían perdido el contacto. Hacía poco, Matthew se había mudado a Granchester, así que podían verse, por lo menos, una vez a la semana.

-Tu problema es que no estás en forma -comentó Philip mirando a su amigo, que estaba colorado-. Jugar al squash una vez por semana no es suficiente. Tienes que hacer algo más. Pesas, correr...

-Ten compasión. No todos tenemos tanta energía como tú -contestó Matthew secándose el sudor.

-En serio. Pasas demasiado tiempo sentado en la oficina -replicó Philip frunciendo el ceño-. Matt, te lo digo en serio. Deberías adelgazar... y olvidarte de beber.

-Sí, sí -contestó el otro tranquilamente-, para que vivamos para siempre y seamos tantos que tengan que construir una colonia en la luna. ¿Tomamos algo esta tarde?

-Claro, nos vemos en el bar después de la ducha. Hoy invito yo.

-Sí, sí, no creas que se me había olvidado -sonrió su amigo-. Phil, lo intento, en serio, pero después del divorcio... bueno, ya sabes.

Philip asintió, agarró su bolsa y se fue hacia las duchas. Le apetecía hacer unos largos antes, pero sabía que era inútil proponérselo a su amigo. Una vez duchado, relajado después de nadar, se acercó al bar del exclusivo complejo deportivo. Matthew lo estaba esperando tomándose una ginebra con tónica.

Cuando iba cruzando hacia él, oyó una risa femenina y giró la cabeza. Era Megan Hastings, sentada en una mesa con otra mujer a la que él no conocía.

Dudó si ir a saludar, pero, en ese momento, un hombre con una bandeja de bebidas se acercó a ellas. Megan levantó la mirada y miró directamente a Philip con una media sonrisa, pero el hombre se estaba sentando y le dijo algo que reclamó su atención.

Philip frunció el ceño y fue hacia su amigo. No se dio cuenta de que

ella había visto su expresión y la había tomado como desprecio.

-He empezado sin ti. ¿Quieres un vino?

-No, solo agua. Me gusta beber mucha agua después de hacer deporte y, además, tengo que conducir.

-Yo, también -se rió Matthew-. No te preocupes, no voy a beber mucho, no me mires así. No me apetece nada que me quiten el carné de conducir. Una más y me voy... a no ser que quieras que cenemos algo.

-¿Por qué no? -aceptó sabiendo que su amigo estaba un poco desorientado tras el divorcio.

-Es muy guapa, ¿verdad? -comentó Matthew mientras Philip se sentaba en el taburete-. La del traje blanco de ahí. Supongo que será nueva, porque no me suena haberla visto antes.

-No, no la has visto antes -apuntó Philip frunciendo el ceño. Megan parecía estar pasándoselo muy bien con sus amigos y eso molestó a Philip, pero no sabía por qué.

Tenía todo el derecho del mundo a tener su vida-. Es la enfermera Hastings. Acaba de llegar a Chestnuts.

-¿La conoces? -Philip asintió y Matthew no pudo reprimir una sonrisa-. Y te interesa,

¿verdad? Entonces, ni me acerco a ella. Nunca competiría contigo por una mujer.

-Matt, solo he dicho que la conozco.

-Ya, pero te interesa. Te conozco mejor que nadie. Puede que algunos crean que eres un arrogante, pero yo sé lo que te hace vibrar. Eres tan humano como cualquiera de nosotros, aunque te creas que eres uno de los inmortales.

-No hay como un buen amigo que te lo recuerde. No te preocupes,

mientras te tenga a ti, nunca me enamoraré de mi propia leyenda.

Matthew sonrió y le contó un chiste un poco subido de tono. Ninguno de ellos se dio cuenta de que Megan los miraba con desaprobación...

La enfermera Hastings estaba en su puesto cuando, dos días después, Philip fue a visitar a unos pacientes. Estaba mirando unas listas. Él pasó de largo, se paró y se dispuso a volver para pedirle perdón.

Se fijó en que llevaba zapatos bajos y en que el uniforme disimulaba su maravillosa figura, lo que era una suerte, puestos a imaginar el efecto que tendría sobre el personal sanitario masculino y también sobre los pacientes. A pesar de todo, no podía ocultar que era una mujer guapa.

-Mi hermana dice que deberían colgarme, ahogarme y descuartizarme -le dijo con una encantadora sonrisa-. ¿Sirve de algo si te pido perdón?

-¿Cómo? -contestó ella sacudiendo la cabeza y frunciendo el ceño sin comprender-.

¿Por qué me pides perdón? No te entiendo. ¿Qué has hecho que es tan imperdonable?

Philip se acercó sin saber muy bien qué decir.

-El otro día no me acordaba, pero luego recordé lo que te hice hace años y me pareció horrible. Lo siento, debí haber ido a aquella boda contigo...

-Sí, efectivamente. Mi familia creía que ibas a ir -le contestó Megan mirándolo casi con dolor-. Me enfadé mucho, era un día muy especial para mí...

-Entonces, Susan tenía razón. Si sirve de algo, me arrepentí, Megan y... me dolió que me dejaras.

-Supongo que le dolió a tu orgullo -comentó, altanera- porque no estabas enamorado de mí. Yo era muy inocente. Te lo puse muy fácil,

¿verdad? -preguntó con rencor-.

Cuando una mujer entrega su corazón muy deprisa, los hombres lo suelen patear...

-No creí que fuera tan horrible.

De repente, ella sonrió y fue como si un rayo de sol se abriera paso entre las nubes invernales.

-No, no, eso no lo decía por ti -contestó-. Tú... nosotros... son de esas cosas que pasan cuando eres joven y desconsiderado. Llamaste a mi compañera de piso y te disculpaste, ¿no? No te preocupes. No llevo desde entonces sin poder superarlo.

Además, ahora somos dos personas distintas. Con más edad y experiencia -concluyó con el mismo brillo de dolor.

Philip pensó que alguien debía de haberla herido.

-Sí, diez, no... casi once años mayores. Hemos crecido, ¿verdad? Espero que no te importe que te tutee. Llámame Philip o Phil, lo que prefieras.

-Fuera del trabajo me parece bien, pero aquí prefiero llamarte doctor -contestó muy profesional-. De todas formas, no creo que nos veamos mucho porque yo estoy en la UCI.

-Yo vengo a ver a mis pacientes. Es voluntario, ¿sabes? Casi todos están ingresados esperando que les den el alta tras sufrir alguna operación, pero, de vez en cuando, tengo alguno en tu zona. Bueno, voy a ir a ver a la señora Bettaway. Gracias por haberte mostrado tan comprensiva -dijo mirando el reloj.

Megan se retiró un mechón de pelo detrás de la oreja, un gesto que a Philip le pareció tremendamente erótico.

-Olvídalo -contestó ella brindándole una sonrisa que lo dejó sin aliento-. Espero que seamos amigos, Phil.

-Supongo... -dudó y se rió-. Me preguntaba si..., bueno, te iba a pedir que cenaras conmigo el sábado, pero tal vez sea pedir demasiado.

-Me encantaría, pero he quedado con Robert Crawley. Su hermana y yo somos amigas desde hace mucho tiempo. Me lo pidió ayer y le dije que sí...

-Bueno, tal vez otro día, cuando no tenga consulta por la tarde -comentó él volviendo a mirar el reloj-. Quién sabe, a lo mejor nos vemos en el gimnasio...

-No lo sé. Estuve el otro día con unos amigos, pero todavía no me he hecho socia. En realidad, no sé si hacerme.

-Deberías. Hay gente muy divertida y los nuevos siempre son bien recibidos.

-Me lo pensaré -respondió mirando el reloj.

Philip se dio cuenta de que quería poner fin a la conversación.

-Bueno, si no paro de hablar, nunca terminaré lo que tengo que hacer.

Se alejó decepcionado de que hubiera declinado su invitación. Con Megan Hastings podía hablar de la profesión y le habría gustado cenar con ella, pero Crawley se le había adelantado. Desde el primer día, había dejado muy claro que le gustaba Megan. Daba igual, al fin y al cabo, él no quería nada serio con ella, así que... Le gustaba, lo atraía mucho... ¡tenía unas piernas de escándalo!

Se dio cuenta de que no eran solo las piernas. Había pensado mucho en ella desde que había vuelto a aparecer en su vida, pero no sabía por qué.

Sí, sí sabía por qué había pensado tanto en ella. Tuvo que ser sincero consigo mismo.

Porque era tremendamente guapa. Hacía mucho tiempo que una mujer no le causaba semejante impresión: lo había cautivado. Demasiado tiempo sin tener sueños eróticos...

Se sonrió al pensar aquello. Estaba dejando que se le disparara la imaginación.

Seguro que Robert Crawley no había sido el único en darse cuenta de la llegada de la enfermera Hastings. Estaría loca si dejara pasar una oportunidad así por un simple médico de cabecera como él. Estaba

claro que Megan no era idiota, aunque no sabía muy bien cómo clasificarla.

Clase... esa era la palabra que había estado buscando. No solo era su fascinante manera de andar y sus piernas, Megan Hastings tenía mucho más.

Era simpática, aunque tenía la impresión de que no se quería dar demasiado, de que era un poco reservada, tal vez por lo que había ocurrido en el pasado.

Claro que no llevaba enfadada desde entonces porque no hubiera ido a la boda con ella, pero creyó que, al verlo, había sentido cierto rechazo y lo entendió.

Supuso que estaba completamente entregada a su trabajo, porque debía de andar por los veintinueve y no llevaba alianza. Además, seguía utilizando su apellido de soltera, otro indicio de que no se había casado o, por lo menos, de que si lo había hecho, se había divorciado.

Si no se había casado sería por algo. Philip supuso que le interesaba más el trabajo que el matrimonio. Desde luego, si no había un hombre en su vida era porque ella no quería.

Phil sabía que no le costaría lo más mínimo encontrar hombres interesados por ella en el pueblo. No era normal que hubiera una mujer tan guapa por los alrededores.

Phil sacudió la cabeza y se dijo que sería mejor dejar de pensar en Megan y ponerse a trabajar... ¡pero aquellas piernas no se le iban de la cabeza!

Philip entró en la cafetería del hospital, donde normalmente había sillas y mesas por todas partes. Había llegado el gran acontecimiento: el torneo de dardos.

Había una mesa con refrescos, nada de alcohol, en un extremo de la sala y, en el otro, estaba la diana. Había muchísima gente y hacía

calor allí dentro. Había también mucha gente que había ido a animar a su equipo. Todo el mundo parecía estar pasándoselo bien.

A pesar de que era un encuentro benéfico había cierta rivalidad entre los habitantes del pueblo y el personal del hospital.

-Me parece una idea estupenda tener que marcar ciento ochenta con nueve dardos

-dijo la enfermera Browne con mirada coqueta en cuanto lo vio entrar-. Yo voy a participar ¿Querría ser usted mi pareja?

-Lo siento, no puedo. Me he apuntado con mi hermana, pero ¿por qué no le pregunta al doctor Stevens? Compitiendo con él, tiene posibilidades de ganar.

Philip soslayó la invitación que reflejaban los ojos de aquella chica. Aquella mirada pedía claramente que se la llevara a la cama. Llevaba meses detrás de él y él llevaba meses rehusando sus veladas proposiciones, pero aquella indiferencia parecía que la ratificaba todavía más en su empeño. Seguramente solo querría acostarse. Según decían, se había acostado con media plantilla. Philip no estaba entre ellos y no tenía ninguna intención de pasar a engrosar semejante lista. Parecía que la única manera de conseguir que lo dejara en paz era darle una mala contestación y aquel no era su estilo.

Se excusó con un movimiento de cabeza, vio a su hermana y su cuñado y se fue hacia ellos.

-A Mike le ha tocado contra tu enfermera Hastings -le informó su hermana-.

Acabamos de estar hablando con ella y es encantadora. Deberías invitarla a comer el domingo.

-No es “mi” enfermera Hastings -contestó Philip-. En realidad, no creo que sea de nadie. Es de ella misma. Es una mujer que sabe lo que quiere.

-Nos ha dicho que mañana va a cenar con Robert Crawley. La mitad de los hombres de por aquí están que no le quitan ojo. El doctor Morton casi se la come con la mirada hace un momento.

-¡Pero si está casado! -dijo Philip mirando hacia donde estaba Megan, rodeada de hombres. Parecía estar pasándoselo bien. Desde luego, ellos estaban encantados-. Así que está en el equipo del hospital.

-Sí, la enfermera Marsh iba a jugar, pero, como se ha ido, necesitaban a otro participante y ella se ofreció.

-Me preguntó si jugará bien. Con la enfermera Marsh, Mike no habría tenido ningún problema.

Volvió a mirar hacia donde ella estaba y, aquella vez, Megan lo vio y le sonrió. Él la saludó con la cabeza, pero nada de sonrisa. No sabía por qué, pero estaba un poco enfadado con ella. No era culpa de ella que Morton estuviera revoloteando a su alrededor. ¡Aquel hombre se volvía loco en cuanto había unas faldas cerca, pero no debía tontear con él!

Pensó que debía de estar haciéndose viejo o que estaba celoso. ¡Era ridículo! Se sorprendió a sí mismo al pensar aquello. ¿Por qué iba a tener celos a causa de una mujer que apenas conocía? Era consciente de que Megan desataba su libido en cuanto se le acercaba, pero aquello era normal, ¿no? Después de todo, era un hombre y hacía tiempo que no tenía una aventura. No eran ni el momento ni el lugar para ponerse a pensar en ello.

Philip se centró en otras cosas y evitó unirse a la panda de moscones que revoloteaban en torno a Megan.

Había tres competiciones para aquella noche. La primera, entre el doctor Morton y un joven constructor llamado Jack Marlowe, ya había empezado. Como organizador, Philip observaba con atención. Estaba seguro de que Marlowe iba a perder. Si su padre no hubiera donado una jugosa cantidad de dinero para el hospital, nunca habría formado parte del equipo del pueblo.

-Me han dicho que tú no participas...

Philip no se había dado cuenta de que Megan se había acercado. Se giró y se quedó maravillado con lo que vio. No iba de uniforme sino que llevaba pantalones negros, botas negras y un jersey de cuello vuelto blanco que marcaba la perfección que había debajo. Aquella mujer exudaba sensualidad por los cuatro costados. Le gustó su perfume, ligero y fresco, muy femenino. Intentó controlarse y no

ponerse a babear.

-No se me da bien, la verdad.

-No, recuerdo que nunca te gustó jugar a los dardos -dijo enarcando las cejas-.

Entonces, ¿por qué has venido?

-Porque lo he organizado yo este año.

-Ah. ¿A quién le toca ahora?

-Al dueño del bar... -contestó Philip mirándola con curiosidad-. Tú eres la última. ¿Se te da bien?

-¿Estás intentando sonsacarme las tácticas de equipo? -se rió ella.

-Sí.

-Pues no te servirá de nada. Tendrás que esperar. Su sonrisa lo intrigó.

-Maldición -farfulló Phil al ver que ningún dardo de Marlowe había dado en la diana-. Es un desastre.

-Sí, la verdad es que la palabra lo define muy bien -dijo Megan sonriendo con complicidad. Se lo quedó mirando a los ojos, desafiante-. ¿Por qué lo elegiste?

¿Creías que era fácil de vencer?

-Su padre patrocinó su participación con mil libras -confesó Philip-. Si es por el ala infantil, me dejo sobornar.

-Me han dicho que eres el que más se ha movido para hacerla realidad -comentó Megan mirándolo con interés-. ¿Por alguna razón en especial?

-Sí. Necesitamos más camas, sobre todo para los casos graves. Hay un centro en Milton, pero está muy lejos para los padres que no tienen

coche. Además, siempre está bien tener espacio y dinero para poder cuidar de los pacientes como se merecen.

Me daría por satisfecho con hacerles las cosas más fáciles a unos cuantos niños y a sus familias... -dijo encogiéndose de hombros-. Me has ido a preguntar por mi tema preferido. Lo siento.

-Te interesa de verdad, ¿no? -lo miró como si lo viera tal y como era por primera vez-Me gusta. La verdad es que es algo que a todos nos interesa, pero tú estás completamente volcado.

-Sí, demasiado, a veces -comentó él-. Mi mujer decía que vivía por y para el trabajo.

Seguramente hizo bien al abandonarme. Me parece que no me porté bien con ella.

Creo que me llevo el premio a la arrogancia con las mujeres, ¿no?

-Puede... Supongo que no es fácil vivir con un médico dedicado a su trabajo, sobre todo si uno no se dedica a lo mismo.

-Claro. Yo entendí su postura perfectamente. Al final, fue un alivio para los dos... -se rió.

Oyeron que el público animaba y Philip se dio cuenta de que había dejado de prestar atención al torneo.

El primer encuentro lo había ganado el hospital. Philip aplaudió, hizo un gesto con la cabeza a Megan, se acercó a Marlowe y le consoló dándole una palmadita en el hombro.

-A ver si hay más suerte la próxima vez -le deseo-. Morton es muy bueno.

El siguiente encuentro era entre John Saunders, el dueño del pub, y el doctor Stevens.

Saunders era el mejor jugador del equipo del pueblo y en él estaban puestas las expectativas de sus seguidores.

Consiguió ciento ochenta y ocho puntos y abandonó el escenario entre aplausos.

¡Cuánto ruido podían hacer unos cuantos!

-Todo depende de ti, Mike -le dijo Philip a su cuñado-. Vas a tener que esmerarte. Me parece que Megan Hastings puede ser tu bestia negra.

Sus palabras fueron proféticas. Megan ganó el primer juego sin problemas. El segundo lo ganó Mike, pero ella volvió a llevarse el tercero.

La sala bullía de gritos de los seguidores del equipo del hospital. Philip gritaba y aplaudía más que ninguno. Después de todo, el ala infantil era la principal ganadora y eso era lo que a él le importaba realmente.

Mike estaba cabizbajo, debía de pensar que todo había sido por su culpa.

-Lo siento, Phil. No sé qué me ha pasado -se disculpó.

-Tú has jugado tan bien como siempre. Lo que pasa es que la enfermera Hastings es una excelente jugadora de dardos.

-Como resultado de una juventud mal aprovechada -intervino Megan desde detrás de Philip. Este se giró y la vio, sonriendo, encantada de haber ganado-. Vengo a disculparme por haber dado la vuelta al marcador. Tengo entendido que todo el mundo esperaba que ganara vuestro equipo. Me ofrezco a invitaros a una copa a cambio.

-Yo quiero un zumo de naranja -dijo Susan sonriéndolo-. No pida perdón, enfermera Hastings. Ha estado usted estupenda. Las mujeres debemos mantenernos unidas,

¿verdad? Eso les pasa por no poner a su mejor jugador contra usted. Seguro que Mike habría ganado al doctor Stevens.

-Y Megan habría ganado seguramente a Saunders -dijo Philip-. Venga, vamos a buscar algo de beber antes de que empiece la competición por parejas. Yo quiero un zumo de tomate... Te acompaño a pedir.

Observó a Megan mientras esta pedía y pagaba las consumiciones. Luego, él se encargó de llevarlas. Desde luego, era de una belleza indiscutible, pero aquella mujer tenía algo más. A Philip le había gustado lo que había visto aquella tarde: era una mujer segura de sí misma, simpática y agradable, pero no se dejaba encandilar por

ningún hombre.

La enfermera Hastings iba a ser un buen fichaje en más de un sentido.

Philip no podía concentrarse. Le resultaba imposible seguir el hilo de la última novela de terror que le había prestado Mike. Dejó el libro, fue hacia la ventana y miró el césped iluminado por la luna. Hacía mejor tiempo y los arbustos parecían húmedos.

No es que le gustara excesivamente la jardinería, pero sí cortaba el césped y se ocupaba de los rosales en verano. Le gustaba estar en el jardín los domingos por la mañana cuando hacía calor porque siempre había alguien que se paraba a charlar un rato.

¡Dios mío! ¿Es que acaso se sentía solo? Frunció el ceño. Nunca le había ocurrido. Al contrario, siempre le habían faltado horas para hacer todo lo que quería hacer, pero llevaba un par de días sintiendo que a su vida le faltaba algo.

Por supuesto, había habido un tiempo en el que quiso tener hijos, una familia con la que cenar, pero se había olvidado de ello tras divorciarse de Helen.

Philip se rió de sí mismo. ¡Se suponía que eran las mujeres las que se preocupaban por esas cosas!

El no necesitaba tener hijos... ya tenía a los de Susan. Mike y su hermana eran muy buenos y le dejaban que los mimara. Sabía que estaba invitado a pasar las navidades en su casa, que lo habían invitado con todo su amor y que se podía quedar todo el tiempo que quisiera.

Aquello le recordó que debía empezar a hacer la lista de regalos. Con los niños era muy fácil porque siempre decían muy claro lo que querían, pero deseaba comprarle algo bonito a su hermana... y también debía comprar algo para sus socios, Henry y James, y para sus respectivas esposas. Sabía que lo iban a invitar a cenar cualquier noche de las navidades. Todos los años lo hacían y le apetecía llevarles algo especial, no vino o bombones.

Sí, debía dejarse caer por Cambridge para hacer compras. Si iba pronto, no coincidiría con las muchedumbres que invadían las tiendas en esa época del año.

Decidió que a mediados de semana estaría bien. Volvió a agarrar el libro, pero las líneas bailaban, era como si las letras se convirtieran en borrones. Se preguntó si Megan se lo estaría pasando bien con Robert Crawley...

Dejó el libro definitivamente y decidió irse a la cama. Pensó ir a ver a Matthew al día siguiente y llevarlo a comer bien por ahí. Después, podrían hacer un poco de deporte juntos. A los dos les vendría bien.

Agarró un folleto de esquí que le habían mandado y subió las escaleras. Debía sacar unos días de algún sitio para poder irse a esquiar. Tal vez, entre Navidad y Fin de Año...

Al día siguiente, dejó a Matthew en casa a media tarde. Su amigo parecía más animado y le dijo que había conocido a una mujer. La había invitado a ir al teatro y estaba deseando que llegara el momento.

-Bien, me alegro de que empieces a estar mejor -lo había animado Philip-. Ahora solo te queda ponerte a dieta...

Esquivó el puñetazo que le lanzó Matthew. De vuelta a casa, todavía seguía sonriendo. Aquello les había ido muy bien a los dos. Iba pensando en una reunión benéfica que tenía al día siguiente.

Se paró en el bar para comprar una botella de whisky, con la intención de irse pronto a casa para darse un baño y cambiarse de ropa, porque aquella noche estaba de guardia. Al salir, vio a una mujer bajando del coche de Robert Crawley y la reconoció inmediatamente.

Sabía que Megan había cenado con él la noche anterior y se le ocurrió que podían haber pasado la noche juntos. La idea se le hizo tan insoportable que, en vez de esperar para saludarla, se limitó a saludar con la mano antes de meterse en el coche y alejarse.

No sabía porqué, pero sentía curiosidad por su vida. Se dio cuenta de que no la conocía, ni tan siquiera cuando ambos estudiaban en Londres.

Philip se rió de sí mismo. Aquellos pensamientos eran ridículos. ¿Por qué se interesaba tanto por una mujer de la que no se había acordado en años? No era propio de él... no era propio de él en absoluto.

¡Debía irse a casa y pensar en el trabajo, para variar!

-Hoy empezará con las pastillas, señora Raven -dijo Philip dándole unas hojas informativas sobre la diabetes que padecía-. Dado el tipo de diabetes que usted padece, no necesita tratamiento de insulina. Normalmente, se controla con pastillas y dieta.

-Nunca se me ha dado bien hacer régimen -suspiró la aludida-. Además, doctor, me encanta el chocolate. No sé si podré dejar de tomarlo por completo.

-Tiene usted cita con la endocrinóloga mañana. Ella le pondrá un régimen que usted pueda seguir. Es cuestión de estar concienciado. No hace falta que lo pese todo, señora Raven. Si se toma un trozo pequeño de chocolate de vez en cuando no le hará ningún mal, pero resérvelo para día especiales. Siempre les decimos a los pacientes que eviten los dulces y sabemos que no es fácil, sabemos que hacen trampa de vez en cuando, pero no es el fin del mundo. Se trata de que intente usted llegar al equilibrio

-le explicó Philip sonriéndole cuando se levantó para irse-. Al salir, pida hora para la semana que viene. Si se encuentra mal o tiene alguna duda, llámeme, aunque sea a casa.

-Es usted muy amable -contestó la paciente sonriendo, lo que hizo que sus ojos azules, apagados hasta el momento, brillaran un poco-. Sinceramente, no sé qué haríamos sin usted, doctor Grant. Usted siempre tiene tiempo para escucharnos.

-Para eso estoy aquí -contestó él-. Mírelo por el lado positivo. Si adelgaza, podrá comprarse ropa nueva y, para la próxima primavera, irá a la última y será la envidia del barrio. Estoy seguro que era usted una preciosidad cuando tenía dieciséis años.

-Sí, la verdad es que les gustaba a todos los chicos.

-Pues ya sabe, si hace régimen, volverá a tenerlos locos.

La señora Raven se rió al salir y se fue a su casa mucho más animada.

Philip terminó de anotar unas cuantas cosas en el ordenador y llamó al siguiente paciente. Le quedaban todavía tres más. Cuando la sala de espera quedó vacía, repasó sus anotaciones y apagó el ordenador. Fue entonces cuando miró el reloj y se dio cuenta de la hora que era. Casi las ocho y media de la tarde. ¡Otra vez una hora de más!

Philip agarró el maletín, salió a la recepción y se encontró a la señora Brodie bostezando con una revista entre las manos.

-Lo siento -se disculpó-. La he hecho quedarse hasta tarde otra vez, ¿verdad?

-Como siempre -contestó la mujer sonriendo-. No pasa nada, doctor. Todo el mundo sale de su consulta con una gran sonrisa, así que supongo que merece la pena.

-Váyase. A mí me quedan un par de cosas por hacer. Ya cierro yo. Algún día encontraré la forma de recompensarla por esto.

-Me alegro mucho, doctor -le dijo como queriendo hablar un poco-. Me han dicho que el equipo del hospital ganó torneo del otro día. Es una pena que perdieran los del pueblo; pero parece ser que la enfermera Hastings jugó de maravilla.

-Sí, la verdad es que sí -le dijo sonriendo al recordarlo-. Lo importante es que reunimos tres mil libras, aunque perdiéramos el torneo. Estamos a punto de conseguir el ala infantil.

Cuando la mujer se hubo ido, Philip fue a buscar unos papeles que necesitaba, cerró la puerta y se dirigió hacia el coche. Eran las nueve menos diez y, una vez que se acabaron las luces de la ciudad, el campo estaba muy oscuro. De repente, vio un triángulo de avería. Alguien se había quedado tirado con el coche y había tenido la precaución de colocar el indicativo luminoso. Frenó al pasar al lado y se paró a ayudar al ver a una mujer que miraba, desconcertada, una rueda pinchada.

-¿Necesita ayuda? -dijo saliendo del coche y yendo hacia la mujer-. ¿Qué ha ocurrido, Megan?

-Compré el coche este sábado -contestó Megan con mala cara-. Les dije que una de las ruedas estaba baja y me prometieron cambiarla. Cuando fui a buscarlo, me dijeron que no les había dado tiempo y que la de repuesto estaba bien y en el maletero...

-No deberías habértelo llevado –dijo, enfocando la rueda con una linterna y frunciendo el ceño-. Esta rueda parece defectuosa. Podría haber sido peligroso.

-Lo sé -dijo mordiéndose el labio, obviamente fastidiada por lo que había ocurrido-.

Por desgracia, no se me da muy bien cambiar ruedas. Yo siempre las llevo bien y hago que me las miren en el taller regularmente. Tenía prisa cuando fui a recoger el coche. Si no, habría insistido para que me la cambiaran.

-Yo les pediría otra rueda -comentó Philip con decisión-. El hecho de llevar la de repuesto en el maletero, no es excusa para que te den una en mal estado. No te preocupes, yo te la cambio, pero prométeme que irás y les dirás que te cambien esta por una en condiciones.

-Sí, doctor -dijo Megan, molesta-. Le prometo que normalmente no soy así de tonta, pero...

-Lo siento. ¿Te estaba echando la charla? -se rió Philip-. Es uno de mis defectos.

Susan siempre me dice que lo hago constantemente. Me dice que, a veces, le hablo como si fuera una niña de doce años. No lo hago aposta, de verdad.

-No te quería regañar -dijo Megan observando cómo él agarraba el gato de su coche y se ponía manos a la obra-. La verdad es que estoy enfadada conmigo misma. Gracias por ayudarme. No sé qué habría hecho si no hubieras aparecido. Ya estaba pensando en dejar aquí el

coche e irme andando.

-¿Dónde vives? -preguntó Philip asintiendo cuando ella le dijo que había alquilado una casita en el pueblo. Retiró la rueda pinchada y frunció el ceño-. Está fatal. Si quieres, voy a hablar con los del taller. Debería darles vergüenza. No creo que sea legal.

-No te preocupes -dijo Megan en un tono que no admitía réplica-. Mañana me la van a cambiar y me van a pedir perdón.

-¡Así se habla! -comentó él mirándola-. Hay gente que se cree que se puede aprovechar de las mujeres. Les vendrá bien enterarse de que no es así contigo. Me gustan las mujeres que se las arreglan bien solas.

-Bueno, no en todo -admitió Megan-. No tengo ni idea de coches. Bueno, sé conducir, claro. Tal vez debería aprender, al menos, a cambiar una rueda, ¿no?

-Si quieres, te puedo enseñar el domingo -se ofreció Philip. Apretó las tuercas de la rueda de repuesto y retiró el gato-. Pues esta ya está. He mirado las otras y no creo que te den problemas en un tiempo, Pero vas a ir a hablar con ellos, ¿verdad?

-Sí, lo haré. Te debo una copa -añadió dubitativa.

-¿Por qué no quedamos el domingo? Si estás libre, podríamos tomar algo y luego ir a comer a casa de Susan, si lo aguantas. Me pidió que te invitara, pero no había encontrado el momento de decírtelo. Te advierto que tiene dos monstruos llamados Jodie y Peter.

-Eso no me importa, pero es que... -se paró a pensar y luego asintió-. Susan me cayó muy bien y me encantará ir a su casa. Gracias por invitarme... y por ayudarme.

-De nada. Me alegro de haber salido tarde de la consulta.

-¿Sales ahora? -preguntó sorprendida-. Un poco tarde, ¿no? ¿Es que nunca tienes tiempo para ti?

-Bueno, de vez en cuando. Voy al gimnasio y, cuando puedo, esquío.

La verdad es que dedico casi todo el tiempo al trabajo. Tengo consulta cinco tardes por semana, pero los fines de semana los suelo tener libres, si no me llaman por alguna urgencia, claro.

-Supongo que así es este trabajo -comentó resignada-. Por lo menos, en Chestnuts salimos a nuestra hora, no como en otros sitios.

-¿Dónde trabajabas antes?

Philip se estaba adentrando en terreno pantanoso. No le vio la cara, pero se dio cuenta de que dudaba antes de contestar y la miró.

-En Manchester, en un hospital grande, muy diferente a esto -contestó ella tras una pausa-. ¿Por qué lo preguntas?

-Por nada en especial. Solo por curiosidad...

-Si has oído algún cotilleo... -dijo con un destello de furia en los ojos alzando el mentón desafiante.

-Nunca presto atención.

Ella lo miró de manera extraña, casi con resentimiento.

-Claro que no. Tú vives en otro mundo, ¿verdad? El dedicado doctor que va a salvar a la humanidad...

-¡Eh! ¿Qué he hecho para que me digas eso? -preguntó desconcertado-. Perdona si he dicho algo fuera de lugar.

-No, perdón, no lo he dicho por ti.... -contestó ella mordiéndose el labio. Sacudió la cabeza pensando que ya había hablado demasiado-. Bueno, me tengo que ir. Estoy esperando una llamada. Muchas gracias...

Philip se preguntó qué habría dicho para que se enfadara otra vez. ¿Por qué le había preguntado que si había oído algún cotilleo? ¿Es que había algo de lo que no quería que él se enterara?

Aquella noche pensó mucho en Megan. Se alegraba de haberla ayudado y estaba indignado con el taller por que la hubieran tratado de forma tan mezquina. Ojalá le hubiera dado permiso para ir él personalmente a hablar con el vendedor que le había entregado el coche con una rueda defectuosa. ¡Se lo pensaría dos veces antes de volver a hacerlo!

Pero no podía interferir. Megan había dejado muy claro que era muy

capaz de ocuparse de sus propios asuntos, de tornar decisiones y afrontar situaciones nuevas.

Tal vez, no le había quedado más remedio que aprender. Lo que estaba claro era que estaba acostumbrada a encargarse de sus cosas. Se preguntó por su vida pasada. El

Chestnuts era un buen sitio para trabajar, pero no era exactamente la cumbre de la profesión para una enfermera.

Dado que no parecía haber nadie especial en su vida, era de suponer que el trabajo lo fuera todo para ella.

¿Por qué se habría marchado de Manchester para ir allí? Le estuvo dando vueltas, pero no se le ocurrió nada. Aunque había habido algo en sus ojos... en su tono... que le había hecho pensar que no le gustaba hablar de su pasado.

CAPÍTULO 3

LA TARDE siguiente, Philip estaba tomando café con el doctor Stevens en la cafetería del hospital cuando oyó a dos enfermeras hablando.

-Ha trabajado un año en el extranjero -decía una-. Dicen que tuvo algún problema en el hospital de Manchester y la echaron...

Philip se giró y vio que una de ellas era la enfermera Browne.

-¿Estaba hablando de la enfermera Hastings? -preguntó a su compañero-. Me había dicho que había trabajado en Manchester, pero no me había comentado nada del extranjero...

-Creo que estuvo en Africa -dijo James Stevens-. Tengo entendido que contrajo un virus peligroso allí y le aconsejaron que volviera al Reino

Unido, o eso dicen. No sé por qué se iría allí, pero debe de tener un buen expediente porque, si no, no la hubieran contratado aquí. Ya sabes cómo son los de la dirección. Lo de Manchester no debió de ser tan grave -Philip asintió. Sabía cómo eran los comentarios en un pueblo pequeño. Alguien oía algo y se inventaba el resto. Después de haber hablado con Megan unas cuantas veces, creía firmemente que era una mujer muy sincera y profesional-. Hace muy bien su trabajo. Morton dice que incluso es demasiado perfeccionista a veces. Por lo visto, se empeña en revisarlo todo dos veces con él y cuestiona todo aquello de lo que no está segura al cien por cien. Al principio, lo ponía muy nervioso, pero ahora la admira mucho. Dice que es una de las mejores enfermeras con las que ha trabajado, tanto aquí como en Londres.

-Sí, a mí me parece muy responsable. He de confesar que me gusta.

Mientras se dirigía en coche hacia la consulta un poco más tarde, entendió por qué se había quedado un poco parada la otra noche cuando le preguntó dónde había trabajado antes de mudarse a Cambridgeshire. Obviamente, sabía que la gente hablaba de ella. En Manchester debía de haber pasado algo, pero Stevens tenía razón, no podía ser muy grave porque, de lo contrario, no la habrían contratado en Chestnuts.

Ya se habría encargado de ello la señorita Rowen, que era miembro de la dirección y todo un rottweiler. Aquello lo hizo concentrarse en la fiesta de Fin de Año. Todavía no tenía ni idea de a quién invitar y a Susan no se le había ocurrido ningún nombre.

Se lo podía decir a Megan. Después de aceptar ir a comer a casa de su hermana, tal vez le parecería bien. No sabía por qué no se lo había pedido ya. Tal vez, porque había rechazado su primera invitación.

Claro que aquello había sido antes del torneo de dardos y del incidente del pinchazo.

Quizás, si se lo volviera a pedir, esa vez aceptara quedar con él, aunque no era lo

mismo una cena íntima en un buen restaurante que ir a una comida familiar, donde se sentiría mucho más a salvo.

¿Le interesaba porque ella le había dado claras señales de que no se acercara demasiado?

Algo lo alertó. “Ten cuidado, tal vez te esté interesando demasiado”.

Frunció el ceño mientras aparcaba el coche en la consulta. ¿Qué estaba pasando? Una cosa era tomar un refresco e invitarla a comer a casa de su hermana y otra era seguir viéndose. Si lo hacían, la cosa podía acabar en algo más serio de lo que él quería.

Su primera invitación había sido una especie de disculpa y la invitó a comer para corresponder por el refresco al que lo había invitado. Habría sido de mala educación no corresponder, pero no estaba muy seguro de hacia dónde tirar.

-Philip, menos mal -dijo uno de sus socios en cuanto entró-. Me han avisado de que tengo que ir a ver un paciente que padece del corazón. No tengo muchas consultas hoy... ¿te importaría hacerte cargo de mis pacientes hasta que vuelva?

-Claro, no te preocupes, Henry -contestó Philip-. Ya me ocupo yo de las dos listas. Si no te importa, intenta volver antes de que acabe de pasar consulta.

-Claro, claro, volveré en cuanto pueda. Conociéndote, seguro que seguirás aquí cuando regrese. Sylvia me ha preguntado por ti esta mañana. Quiere saber cuándo vas a venir a cenar otra vez.

Pronto -dijo Philip-. ¿Qué tal por Navidad?

-Ya quedaremos -dijo el doctor Henry Robinson-. No me gusta nada este tiempo, ¿y a ti? Demasiado suave para la época del año en la que estamos y, además, con humedad. Prefiero que haga más frío, es más típico de estos días. Así no habría tantos resfriados...

Philip asintió y se dirigió a su consulta. Su lista de pacientes era tan larga como siempre.

Supo que, si tenía que ver a todos los de Henry, volvería a salir pasadas las ocho de la tarde de nuevo. La señora Brodie ya estaba en su sitio. Tendría que comprarle un regalo o, tal vez, invitarla a la fiesta de la señorita Rowen. Pensó en proponérselo más tarde.

A las ocho y cuarto de la tarde se fue la última paciente. Henry había vuelto hacía media hora, justo para ver al último de los suyos.

-Lo siento, señora Brodie. Otra vez tarde -le dijo al salir.

-No se preocupe, doctor, no ha sido culpa suya.

-Verá, me preguntaba si... ¿qué planes tiene usted para Navidad y Fin de Año? ¿Va a hacer algo especial?

-Nos vamos a pasar Fin de Año a las Bahamas. Siempre hemos pasado las navidades en casa, pero este año nos vamos de viaje. Es nuestro vigésimo aniversario de boda y mi marido dice que nos lo merecemos por haber llegado tan lejos.

-Qué suerte. Me encantaría ir con ustedes.

-Eso es exactamente lo que debería hacer, doctor -le contestó sacudiendo la cabeza-.

Trabaja demasiado. Se lo comenté el otro día a mi marido y me dijo que usted no era de los que se quedaba en casa mano sobre mano... usted no es un holgazán. No como otros...

Se interrumpió de pronto como si se hubiera dado cuenta de que había hablado de más.

Philip sonrió y cerró la puerta tras ellos. Su socio no era exactamente un holgazán, pero solía quitarse de encima todas las responsabilidades que podía. Philip tenía la intención de que Henry recuperara las horas que lo había sustituido esa tarde y se le ocurrió que lo mejor era que se quedara con su guardia del domingo.

Le apetecía mucho ir a comer con Megan a casa de su hermana. De hecho, llevaba pensando en ello desde que le había dicho que sí.

Al montarse en el coche, decidió no irse a casa directamente. Quería estar con gente y pensó en pasarse por el gimnasio un rato. Si quería irse a esquiar después de Navidad, tenía que estar en forma.

Al pasar por delante de la casa de Megan, vio el BMW de Robert aparcado. Lo veía demasiado, ¿no? Philip era consciente de que le desagradaba la idea de que pudieran estar saliendo, pero no sabía por

qué se sentía así ante aquella posibilidad. Después de todo, Megan era libre y podía tener todos los amigos que quisiera.

Justo cuando pasó, ella estaba bajando del coche y no pudo evitar fijarse en sus piernas.

Desde luego, tenía unas piernas estupendas. Se sonrió al pensar en el fin de semana.

Tenía muchísimas ganas de que llegase. Por descontado, no quería nada serio, nada de matrimonio ni nada por el estilo. Eso lo había decidido hacía tiempo.

Aunque tal vez Robert Crawley sí estuviera buscando esposa. Llevaba cinco años viudo. Ya antes de que su esposa muriera, tenía fama de ligón y había ido de flor en flor desde que ella había fallecido, pero quizá fuera en serio con Megan.

Se paró a pensar por qué la idea de que Megan se casara con Robert lo disgustaba tanto. Salió a la avenida principal y enfiló hacia el gimnasio. Decidió no seguir dándole vueltas. Después de todo, no era su perro guardián ni quería nada serio con ella.

Anne Herries – El más Preciado Regalo

Philip estaba en los almacenes Boots en Cambridge. Llevaba un rato buscando un perfume para la señora Brodie. Le gustaba el Rojo de Elizabeth Arden, pero la vendedora le acababa de decir que el Blue Grass era mejor.

-¿Quién es la afortunada? -dijo una voz a sus espaldas que identificó rápidamente.

Sabía a quién pertenecía aquel perfume tan personal.

-Es un regalo para mi recepcionista. Nunca se queja cuando tiene que salir tarde de la consulta por mi culpa y quiero hacerle un buen regalo. Le hacemos uno entre todos los socios, pero quiero regalarle algo yo solo para demostrarle mi afecto. ¿Tú cuál prefieres?, ¿este o este?

-¿Qué edad tiene? -preguntó Megan, interesada en ayudarlo-. Las dos

cestas son estupendas, pero la de Blue Grass parece para alguien un poco mayor.

-Eso es exactamente lo que necesito -contestó Philip-. Gracias por la ayuda. No suelo dudar, pero quería acertar -dijo sonriendo-. He venido a comprar los regalos de Navidad porque, si lo dejas para el último momento, esto se pone a reventar.

-Yo he venido a comprar unas cuantas cosas que tengo que mandar al extranjero

-comentó Megan-. Tengo una hermana en Sudáfrica. Le suelo mandar ropita interior de Marks & Spencer, que le encanta y es fácil de empaquetar -añadió mirando la cantidad de paquetes que llevaba Philip-. Parece que te has dado prisa.

-Sí. He tenido suerte, la verdad, porque he encontrado casi todo lo que quería. Los de los niños me los llevan a casa, claro. He comprado un cochecito de muñecas para Jodie y una bicicleta para Peter, además de los robots del espacio y todo eso. Me encanta que tengan muchos regalos y verlos abrirlos. Es lo mejor de las navidades,

¿verdad? Aparte de los villancicos en King's. Siempre lo veo en la televisión.

-¡Menuda suerte tienen Peter y Jodie! Me parece a mí que los mimas demasiado, ¿no?

-Eso dice su madre -rió Philip-. Sí, supongo que es cierto, pero la Navidad es para los niños, ¿no crees?

-Sí -dijo ella forzando una sonrisa-. Mi hermana tiene tres, pero casi nunca los veo.

No les puedo comprar ni juguetes ni ropa porque crecen muy rápido, así que les tengo que mandar dinero.

-Que no es tan divertido, ¿verdad?

Sus ojos estaban vigilantes. Se le daba bien ocultar sus sentimientos, pero, a veces, no lo hacía con suficiente rapidez.

-No -contestó un poco triste.

Tal vez se había equivocado al suponer que no se había casado porque estaba entregada a su trabajo. Quizá hubiera alguna pequeña tragedia

en su pasado. Parecía arrepentirse de no tener hijos. En fin, tal vez estuviera yendo demasiado lejos y todas aquellas elucubraciones no tuvieran nada que ver con la realidad.

-Bueno, te dejo que sigas -suspiró Megan poniéndose bien el bolso.

-Por hoy, he terminado -contestó Philip rápidamente sin darle tiempo de alejarse-.

¿Te apetece un café? Estaba pensando en tomarme uno antes de irme a casa.

-Me encantaría, pero he quedado para comer. Lo siento, me habría gustado mucho.

-Otra vez será -contestó él, preguntándose si habría quedado con un hombre. Le pareció una mujer muy despierta, pero de eso ya se había dado cuenta en el trabajo-.

¿Te acuerdas de lo del domingo?

-Claro que sí. Me apetece mucho.

-A mí, también. Después de comer, te enseñaré a cambiar una rueda si el tiempo lo permite, ¿de acuerdo?

-De acuerdo, gracias. Lo siento, pero me tengo que ir...

Philip la vio alejarse. Cada día le parecía más misteriosa. ¿Se había ido porque de verdad que había quedado para comer o habría vuelto él a decir algo que la había turbado?

Tras visitar al señor Jarvis pasó a ver a la señora Bettaway. La encontró mucho mejor que en otras visitas y ella le dijo que su hija iba ir a recogerla al final de la semana.

Iba a necesitar una silla de ruedas y una enfermera para que la ayudara a vestirse por las mañanas, pero estaba mucho mejor de lo que esperaban los médicos.

-Eileen me ha dicho que quiere que vaya usted a verla -dijo la anciana-. Su marido ha puesto una cama individual para mí. Por supuesto es algo temporal. Me iré a casa en cuanto pueda andar.

-Ya veremos cómo va usted progresando -dijo Philip amablemente, aunque sabía que lo más probable era que no pudiera volver a vivir sola-. Ya sabe lo que dicen de las tortugas, lentas pero seguras.

-Siempre he sido una liebre -sonrió ella-, pero la enfermera Hastings ha estado hablando conmigo y me ha dicho que tengo que ser prudente. Es una buena mujer y me gusta. Además, creo que tiene razón. Supongo que a todos nos llega el momento de echar el freno.

Philip estuvo de acuerdo. Estuvo un rato allí sentado charlando con la anciana, que era una mujer encantadora. Le estaba muy agradecido a Megan por haberse interesado por ella. Obviamente, sus palabras habían hecho que la señora Bettaway comenzara a asimilar la realidad. Philip había intentado por todos los medios levantarle el ánimo, pero a veces el entendimiento era mejor de mujer a mujer.

Se fue con la esperanza de ver a Megan. Llamó a su despacho, pero no estaba, y una de las enfermeras le dijo que hacía más de una hora que se había ido a casa.

Mientras conducía de regreso a casa, Philip se dio cuenta de que había vuelto el frío.

De hecho, la carretera estaba helada en algunos tramos.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 30-97

Philip estaba de guardia aquella noche. Le tocaba a Henry, pero se la había cambiado para estar libre el domingo. No le importaba estar de guardia aquella noche porque no tenía nada especial que hacer, pero el día siguiente era diferente.

Megan le había cambiado el turno a una amiga para salir antes. Se preguntó si habría quedado para cenar con Robert Crawley otra vez y se dijo que era muy probable. No había mucho más que hacer por allí, a no ser que se fueran a Cambridge. La ciudad universitaria contaba con varios cines, un teatro en el que solían estrenar obras que

merecían la pena y un par de discotecas.

Se preguntó si a Megan le gustaría bailar. El hospital organizaba una cena con baile todos los años la semana anterior a Navidad. Philip casi nunca iba, pero siempre compraba un par de entradas porque era bueno para la causa.

Podría pedirle que fuera con él.

Mientras aparcaba el coche y entraba en casa encendiendo todas las luces para darle un aspecto más acogedor, no podía parar de pensar en ella y se preguntó por aquella triste mirada que había puesto al hablar de los hijos de su hermana.

La casa tenía más de cien años, pero él se había encargado de reformarlo. Había instalado calefacción, un buen sistema de aislamiento y se había encargado de fortalecer las paredes y los techos. Había elegido una moqueta en color crudo para toda la casa y, aquí y allá, había toques de color, además de una sofá Chesterfield de cuero y mecedoras. El resto de los muebles eran de roble antiguo. ¡Menos mal que la señora de la limpieza iba dos veces por semana y, gracias a ella, todo estaba en orden.

Se hizo un filete con una patata asada en el microondas y preparó una ensalada.

Solo se tomó un refresco porque estaba de guardia y no quería beber.

Eligió un compacto y lo puso en su moderno equipo de música. Susan decía que era como del espacio. Desde luego, sonaba de maravilla.

Mientras disfrutaba de la música, repasó el folleto de esquí. Desde luego, unos días en Austria era lo que necesitaba... o tal vez fuera mejor Francia.

A las siete, lo avisaron de una urgencia. La solucionó y el teléfono volvió a sonar dos horas después. Era Megan.

-Siento despertarte -se disculpó-, pero mi vecino se ha caído y está mal. Respira, pero está inconsciente. He llamado a una ambulancia, pero me han dicho que tardarán una media hora en llegar.

-Dame la dirección. Ahora mismo voy.

Philip se puso en contacto con el hospital para decirles donde iba a estar, llamó al centro de ambulancias y se fue. Hacía mucho frío y

tuvo que utilizar un spray para derretir el hielo del parabrisas, además de poner la calefacción a la máxima potencia.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 31-97

Cuando llegó a casa del paciente, Megan estaba con el anciano y su mujer, que no paraba de llorar. El hombre acababa de recobrar la consciencia y Megan estaba intentando tranquilizarlo.

-Creo que se ha roto la clavícula -le indicó ella-; no parece que se haya dañado la columna vertebral, pero, por si acaso, no lo he movido.

-Muy bien hecho. He llamado a Adenbrookes y nos están esperando -contestó Philip asintiendo en señal de aprobación-. Bueno, se ha caído usted, ¿verdad? -le preguntó al hombre arrodillándose a su lado-. ¿Sabe usted cómo se llama?.

-Bill Jones. No me he quedado tonto, doctor. Solo me he caído por las escaleras -dijo el anciano con ganas de discutir.

-Cállate, Bill. El doctor Grant solo está haciendo su trabajo. Has estado inconsciente varios minutos. Creí que habías dejado de respirar y fui a buscar a la enfermera Hastings. Ella te hizo el boca a boca...

Philip miró a Megan, quien asintió.

-Bien hecho. El señor Jones ha tenido mucha suerte de que estuvieras esta noche en casa.

-Sí, ha sido una suerte. Creo que ahí viene la ambulancia. Le harán más caso a usted que a mí, doctor Grant.

Megan se levantó para dejar a los médicos hacer su trabajo mientras Philip los informaba del estado del paciente.

Le pusieron un collarín en el cuello, lo subieron a una camilla y lo metieron en una ambulancia. Philip supervisó todo el proceso para asegurarse de que el señor Jones estaba bien atendido. Luego fue a hablar con su mujer, ya que le parecía que, debido a su artritis, iba a ir muy incómoda en la ambulancia.

-¿Quiere ir en la ambulancia o prefiere que yo la lleve? -preguntó

Philip a la señora Jones.

-Ya la llevo yo -intervino Megan-. No quiero quitarte más tiempo. Estás de guardia y podrían necesitarte.

-Sí, iré con la enfermera Hastings. No sé qué habría hecho sin ella. Muy amable por su ofrecimiento.

-¿Estás segura de que no te importa? Bien. Ten cuidado. Las carreteras están heladas.

-Sí, doctor -contestó ella en tono guasón-. Le prometo que tendré mucho cuidado, doctor. No tiene de qué preocuparse, ya lo sabe.

-Lo he vuelto a hacer -murmuró Philip al percibir el tono de sorna-. Bien, señora Jones, estaremos en contacto. No se preocupe, su marido va a estar en buenas manos, créame.

Se quedó de pie mirando cómo la anciana apagaba las luces y cerraba la casa. Megan estuvo a su lado todo el tiempo, recordándole con amabilidad lo que tenía que hacer y dándole ánimos.

Tenía muy buenas maneras con los pacientes, los trataba de una forma que hacía que se sintieran a gusto con ella. Además, a aquellas alturas, Philip había comprobado por sí mismo que era una profesional muy competente. Lo que hubiera sucedido en Manchester no había podido ser por un descuido de ella.

Philip se metió en el coche y frunció el ceño al preguntarse si Megan no habría tenido que dejar el hospital de Manchester por un hombre. Muchas veces, la dirección no veía bien las relaciones entre enfermeras y médicos, sobre todo, si uno de ellos estaba casado.

¿Sería ese el secreto que Megan guardaba tan bien? ¿Se habría liado con un hombre casado?

Podía ser, por supuesto, pero la jovencita que él recordaba era incapaz de romper el matrimonio de otra mujer. De hecho, recordaba perfectamente que le había contado que eso le había ocurrido a alguien cercano a ella y que estaba muy preocupada con el tema.

Philip sabía que la gente cambiaba y ella podría haber cambiado, pero no lo creía...

Esperaba que lo llamara aquella misma noche cuando llegara a casa para comentarle los resultados de las pruebas del señor Jones, pero el teléfono permaneció en silencio.

Aquella noche no tuvo ninguna otra urgencia, lo que fue una suerte, porque nevó.

Sin embargo, a la mañana siguiente, no había ni rastro de la nieve, que se había derretido con los primeros rayos.

Se alegró de no tener que haber salido durante la tormenta. Se había quedado delante de la chimenea hasta pasadas las doce de la noche, escuchando música relajante, y luego se fue a la cama. Tantos años de guardia habían dejado su huella y por eso tenía la costumbre de levantarse en cuanto oía el teléfono. Lo tenía al lado de la cama, con el volumen al máximo.

Pasó la mañana leyendo la prensa y se tomó solo una tostada, porque las comidas de Susan solían ser legendarias.

A las once, se duchó y. se puso unos vaqueros, un jersey negro de seda y lana que le había regalado su hermana por su cumpleaños y una cazadora de ante, muy vieja, pero que le encantaba. Su hermana llevaba años diciéndole que se comprara otra, pero él sabía que nunca encontraría una igual de cómoda.

Al mirarse al espejo para comprobar que iba bien, se dio cuenta de que tenía un par de canas y se enfadó consigo mismo por haberlas visto. ¿Eran la prueba de que se estaba haciendo mayor o, tal vez, podrían pasar como un signo de distinción? A una mujer como Megan seguro que no le importaba que los hombres tuvieran canas.

Robert Crawley tenía las sienes plateadas, rondaba los cuarenta.

-¡Eh! ¿Qué te pasa? -le preguntó a su reflejo-. Se supone que las coquetas son las mujeres.

Se rió al darse cuenta de que hasta hacía dos días no le había importado en absoluto ni su apariencia ni su edad. ¡Aquello quería decir que estaba dejando que Megan le calara hondo! En los últimos tiempos, no paraba de pensar en ella.

Pensó en llamarla para ver qué tal había ido todo, pero desechó la idea porque no quería agobiarla. No quería que pensara que era un pesado o que intentaba monopolizarla. No siempre resultaba fácil saber cómo tratar a las mujeres. Si un hombre se mostraba demasiado considerado, ellas solían pensar que se las tomaba por idiotas, así que ser educado por naturaleza podía resultar un inconveniente.

Estaba claro que Megan era una mujer independiente y segura de sí misma, que dejaba muy claro que no necesitaba a nadie que cuidara de ella. Por eso, decidió llamar directamente al hospital, donde le informaron de que el señor Jones estaba bien.

A las doce menos cuarto, salió de casa para ir a buscarla. Llamó a la puerta y le abrió ella con el abrigo ya puesto, así que Philip no hizo amago de entrar en su casa ni Megan lo invitó a pasar.

-Había pensado en ir a tomar el aperitivo a un pub que conozco que está de camino a casa de Susan -le dijo abriéndole la puerta del coche-. He llamado al hospital esta mañana y me han dicho que el señor Jones está estable.

-Sí, gracias a Dios -contestó ella-. Estuvimos en el hospital hasta las cuatro de la madrugada. Lo ingresaron rápidamente gracias a tu llamada. No hubo manera de convencer a su mujer de que se fuera hasta que lo operaron y lo llevaron a una habitación. Esta mañana hemos llamado al hospital para ver qué tal iba todo y se ha quedado más tranquila.

-¿Te has quedado con ella toda la noche? -preguntó Philip metiéndose en el coche y poniéndolo en marcha. Enarcó las cejas-. Eso ha sido un buen detalle por tu parte, Megan.

-Estaba muy preocupada. No podía dejarla sola -contestó encogiéndose de hombros-.

Además, los conozco desde que me mudé aquí y me parecen una pareja adorable, sobre todo, Ellie. Me dio la bienvenida con los brazos abiertos. Vino a verme, me trajo té y pastas y me dijo que si necesitaba cualquier cosa se lo dijera. Me sentía obligada a corresponder a su amabilidad. Estaba asustada y preferí quedarme cuidándola.

-Si yo la hubiera llevado a Adenbrookes, la habría tenido que dejar allí sola, aunque no tuve ninguna urgencia más anoche -comentó observando que Megan tenía cara de cansada. Incluso parecía un poco vulnerable, pero estaba seguro de que no le gustaría que se preocupara por ella. A esas alturas, ya sabía que a ella no le gustaba que se metieran en su vida-. Me parece que he dormido más que tú.

-Por suerte, no tengo que trabajar hasta esta noche -contestó ella-. Es el primer fin de semana entero que tengo, así que menos mal que esto ha pasado justo ahora.

-Fue una suerte que no salieras ayer por la noche... - comentó Philip.

Megan lo miró de reojo. ¿Se habría delatado? Lo molestaba que saliera con Robert Crawley, pero no quería que ella lo supiera.

-En realidad, Robert me invitó a cenar, pero le dije que no. Me cae muy bien, pero no tengo ninguna intención de convertirme en la señora de Crawley, así que no creo que sea buena idea seguir viéndolo. Sobre todo, porque él quiere una esposa y no una amiga.

No sabía por qué, pero Philip se sintió inmensamente feliz de que no hubiera salido a cenar con Robert... y de que no se quisiera casar con él.

-Es mejor dejar las cosas claras desde el principio -comentó él como quien no quiere la cosa. Estaba claro que Megan lo prefería así-. La amistad entre hombre y mujer no se suele dar, pero puede ser muy enriquecedora, ¿verdad?

-Sí, si todo está bien claro desde el principio, nadie sale perjudicado.

-Eso mismo pienso yo. Espero que tú y yo lleguemos a ser buenos amigos, Megan.

-No veo por qué no...

Cambiaron de tema y se pusieron a hablar de los regalos de Navidad. Philip le preguntó si había encontrado todo lo que buscaba en Cambridge y ella le contestó que sí y le contó lo que había comprado.

Llegaron al local del siglo XVI que Philip había elegido para ir a tomar algo y se pasaron media hora hablando del hospital, el pueblo, sus gustos musicales, libros y películas... de todo menos de sus vidas privadas.

Mientras iban a casa de Susan, Philip se dio cuenta de que no había descubierto nada nuevo sobre ella, pero cada vez le gustaba más, y no solo físicamente.

Susan los estaba esperando encantada. Besó primero a Phil y luego a Megan, a la que le dijo lo mucho que le gustaba el conjunto de traje pantalón que llevaba, gris con una raya fina y combinado con una camisa de seda negra.

-Es precioso -dijo tocando una de las mangas-. No te lo has comprado en Cambridge,

¿verdad?

-No, en Londres, en las rebajas de Bond Street. Si no, no me lo habría podido permitir. Es de Escada y ya sabes que es una marca carísima, pero estaba a mitad de precio. De hecho, me lo compré justo antes de venirme aquí. Hacía muchos años que no me compraba nada, desde que me fui a África. Allí llevaba siempre vaqueros y camisetas.

-Sí, me han dicho que estuviste allí una temporada -comentó Susan de una forma tan natural que era obvio que no le habían ido con el chisme del hospital de por qué se

había visto forzada a dejar Inglaterra-. Trabajabas con niños con sida, ¿verdad? Debía de ser espantoso, pero muy enriquecedor a la vez, ¿no?

-Sí -contestó ella tomando aire al ver que la hermana de Philip estaba dispuesta a seguir preguntando y que no tenía escapatoria-. Una amiga de mi hermana me encontró el trabajo. Yo llevaba un tiempo con ella para... bueno, por una cosa que me ocurrió, pero quería hacer algo útil y siempre necesitan enfermeras en África. Era un trabajo muy reconfortante, me encantaba, incluso había pensado en quedarme definitivamente, pero contraje la malaria y me aconsejaron que

volviera. Cuando llegué a Inglaterra, seguía encontrándome un poco mal, así que decidí que era más sano vivir en el campo que en la ciudad y me vine aquí.

Philip escuchó maravillado la habilidad de su hermana para conseguir toda aquella información. Su hermana se había adentrado tan contenta en un tema que él no se había atrevido ni a rozar.

-Me alegro mucho de que hayas elegido nuestro pueblo. Me encanta tenerte entre nosotros. Aquí necesitamos caras nuevas. Estoy segura de que seremos buenas amigas. Cuando tengas tiempo, si quieres, puedes venir conmigo a las actividades que yo hago y te presentaré a gente.

-Me encantará...

Los niños entraron a saludar, pero no se mostraron tan alborotados como otros días.

Abrazaron a su tío, pero miraron tímidamente a Megan, hasta que ella los saludó y les preguntó si iban a participar en el concierto del colegio.

-Me han dicho que se representa una obra de teatro y que hacen un concierto -dijo a los demás mientras pasaban al salón-. Espero poder ir, pero no sé si tendré guardia esa noche.

-Es el sábado que viene por la tarde -dijo Jodie- y yo voy a cantar dos canciones,

¿verdad, mamá?

-Y la obra de teatro es el domingo por la tarde y yo soy uno de los Reyes Magos

-añadió Peter.

-Iré a veros -prometió Megan-. Esta semana trabajo por la noche, así que tendré libres las tardes.

Tras aquella charla, Jodie se la llevó a ver su casa de muñecas, cosa que no hacía con todo el mundo, y Peter le sacó todos sus álbumes de fútbol.

Philip se quedó sorprendido al ver que a ella no le importaba. Estaba a gusto con los niños y, para cuando la comida estuvo lista, ya estaba de rodillas en el suelo ayudándolos a hacer un castillo recortable que

Philip les había comprado el día anterior.

De hecho, se le daba muy bien encontrar la pieza apropiada y Philip echó una mano para abrir el tubo de pegamento, que se les estaba resistiendo.

-Philip tiene unas manos muy grandes y fuertes -intervino Susan-. Siempre abre todos los botes con los que yo no puedo. Viene muy bien tenerlo cerca.

-Sí, tiene unas manos muy bonitas -dijo Megan sonriendo. Philip se sintió como si su hermana lo estuviera intentando vender-. Parecen manos de cirujano. De hecho, hubo un tiempo en que quisiste serlo, ¿no?

-Bueno, eso fue antes de conocer a Helen -contestó Susan sin pensarlo-. A ella no le gustaba que... bueno, al final, no lo hizo -terminó un poco avergonzada-. Lo siento.

No sé por qué he dicho eso.

-No pasa nada. Decidí que ser cirujano no era para mí -dijo Philip tranquilamente-.

En cuanto a Helen, lo nuestro se terminó hace muchos años. Megan sabe que estamos divorciados.

-Ah... -dijo Susan mirándolo interesada. Si su hermano le había dicho a aquella mujer que estaba divorciado, era porque le interesaba. Philip sabía que su hermana quería saber exactamente qué había entre ellos, pero, en aquel momento, sonó el timbre del horno y Susan no pudo preguntar nada más, lo que hizo que Philip suspirara aliviado-. Eso quiere decir que la comida ya está. Mike, ayúdame a servir las verduras, por favor.

-Ya te ayudo yo -se ofreció Megan.

-De acuerdo -dijo Susan.

Mike sonrió mientras las dos mujeres iban hacia la cocina.

-Sabes que Susan la va a interrogar, ¿verdad? Espero que no tuvieras ningún secreto, porque se va a enterar de todo. En comparación con Susan, la Inquisición era una tontería, de verdad. Si esperabas que no se enterara de algo, estás perdido.

-No, yo no -sonrió Philip-, pero creo que Megan guarda algún secreto que prefiere no revelar. Espero que Susan acepte un no por respuesta, porque creo que hay cosas que Megan no está muy dispuesta a contar.

-Me gusta -comentó Mike con más franqueza de la que era habitual en él-. No sé si a ti te interesa o no, pero es la mujer con la que te vendría bien salir, ¿no?

Philip asintió. Llevaba días pensando lo mismo y, al verla con los niños, se había convencido de que así era. Estaba claro que le gustaba jugar con ellos, no lo había hecho para quedar bien. Megan era mucho más que una cara bonita, aunque eso también; tenía sentido del humor y una risa contagiosa. Le gustaba mucho, pero no sabía hasta dónde querían llegar ninguno de los dos.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 37-97

Anne Herries – El más Preciado Regalo

CAPÍTULO 4

-COMO VES, es bastante fácil -dijo Philip volviendo a poner en su sitio la rueda y apretando las tuercas. Se había explicado de manera clara y concisa para que ella se enterara-. Hay que tener un poco de fuerza. Es mejor ir al taller o pedirle a algún amigo que te la cambie.

-Creo que podría hacerlo yo -replicó Megan-. Gracias por enseñarme, Phil... y por hoy. Me lo he pasado muy bien. Debería invitarte a un café. ¿Te sentaría muy mal si no lo hago? Es que tengo turno de noche. Voy a ir por las noches mientras la enfermera Riley esté fuera y, luego, volveré a trabajar de día.

-Te entiendo. Prefieres descansar un poco antes de entrar. Ya quedaremos otro día.

Podríamos ir a cenar cuando te cambien el turno o podríamos ir juntos al baile del hospital. Es el día diecinueve...

-Me han hablado del baile -comentó ella muy contenta de que le hubiera pedido que fuera con él, pero un poco sorprendida-. Me encantará ir contigo, Phil. Me alegro de que me lo hayas pedido. No sabía si ir o no. Me habían dicho que tú no sueles acudir.

Philip supuso que le habrían ido con el comentario de que era un lobo solitario.

Seguramente, lo dirían porque no salía con ninguna enfermera.

-No -contestó con tristeza-, pero siempre compro las entradas porque el dinero recaudado es para el hospital. Solía ir con Susan, pero nunca se le dio bien bailar y, además, ella prefiere que vayamos todos juntos a ver alguna función navideña.

-Es normal, ella es madre y piensa primero en sus hijos -sonrió Megan-. Tienes una familia encantadora, Phil. Tienes suerte de tenerlos tan cerca.

-Por eso me hice socio de la consulta. Susan y los niños significan mucho para mí.

Mike, también. Lo aprecio mucho, es un buen tipo y se porta bien con Susan, que no para un minuto con los dos críos, aunque sabe que puede contar con nosotros.

-Tiene suerte de tener un hermano que se preocupe por ella -contestó Megan apesadumbrada. Philip se preguntó qué causaría aquella tristeza.

-¿Tienes más familia, aparte de tu hermana? -preguntó Philip. No sabía si habían sido imaginaciones suyas, pero juraría que sus ojos reflejaban desolación.

-Un hermano... y mis padres -contestó tras un silencio-. No los veo mucho. Tuve una pelea con ellos hace unos meses. La verdad es que fue una tontería. Debería ir a verlos...

-Sí. Es mejor no dejar pasar ese tipo de cosas -comentó Philip acercándose a ella y acariciándole la mejilla con la punta de los dedos. Su piel estaba caliente, como si tuviera fiebre-. ¿Estás resfriada? No tienes buena cara... y estás temblando.

-Puede ser un brote de malaria -dijo apartando la mirada tímidamente-. Me tengo que ir, Philip.

-Deberías haberme dicho antes que no te encontrabas bien -dijo, preocupado-. Espera un momento. Te daré algo. Tengo pastillas en el coche.

-No hace falta. No te molestes, Phil. Estoy acostumbrada. Tengo los medicamentos que me recetó mi médico.

-Pero no deberías estar sola...

-¡Por favor, no me agobies! -grito-. Lo siento. Es que no me encuentro bien...

-No pasa nada, pero llama a alguien si vas a peor, Megan.

-De acuerdo... gracias por todo.

Philip la vio entrar y cerrar la puerta tras de sí. Sintió pena por que el día hubiera acabado de una manera tan abrupta. Querría haberse quedado a solas con ella un rato más para hablar, pero era como si Megan hubiera puesto una barrera entre ellos que él no podía saltar.

No quería forzarla a formalizar una relación. No tenía ninguna intención de ahuyentarla queriendo ir demasiado deprisa. Seguramente, ese había sido el error de Crawley.

Philip sabía la fama que tenía el ganadero. No era hombre que se anduviera con rodeos. Seguramente, le habría dejado muy claro lo que quería. Si Megan no estaba dispuesta a caer en sus brazos, se buscaría otra persona.

Philip prefería tomarse su tiempo, sobre todo si se trataba de conocer a alguien que le interesaba en particular. De momento, eran amigos y ya se vería si llegaban a ser algo más. Podía esperar, no tenía prisa. El resto llegaría solo si ella quería que así fuera.

Pensó en Megan mientras conducía hacia casa. Lo preocupaba lo del brote de malaria, pero sabía que aquella enfermedad era así. Hubiera querido cerciorarse personalmente de que se tomaba la medicación y haberla dejado sana y salva en casa, Pero tendría que fiarse. Había insistido en que prefería estar sola y sabía que era una mujer

responsable, así que, a pesar de la forma en la que se habían despedido, estaba contento con cómo evolucionaba su relación.

Megan había dejado claro que no tenía intención de casarse y él creía que tampoco.

¡Hacía unos días habría dicho que estaba seguro de no querer hacerlo!

No estaba muy seguro de sus sentimientos. Muy dentro de él, seguía deseando tener una familia propia, saber lo que era el amor de verdad.

¡Se estaba complicando demasiado!

Decidió cortar por lo sano y dejar de pensar en ello. Sabía que era muy difícil encontrar el amor de verdad. Existía, sí, Susan y Mike eran la prueba viviente de ello, pero solo unos pocos tenían la suerte de compartirlo.

¿Existirían otras fórmulas? Estudió las posibilidades cuidadosamente. Dos personas podían vivir juntas, como amigos y amantes. Incluso podían decidir tener hijos, porque ambos quisieran una vida más plena, sin esperar mucho más.

¿Estaba soñando? Ese tipo de relación también daría problemas al final.

Philip pasó el resto de la tarde arreglando unas cosas en casa, que tenía tres habitaciones y le había parecido perfecta cuando la compró, pero si se volvía a casar...

Se rió para sí. ¿Pero en qué estaba pensando? Subió a la planta superior a ducharse y decidió ir a ver a Henry. Había un par de asuntos de trabajo que le quería consultar.

Ya era hora de centrarse un poco en la Medicina y dejar de llenarse la cabeza de sueños inalcanzables...

Aquella semana estuvo realmente ocupado. Tuvo que asistir a una reunión del comité del hospital, pasó consulta por las mañanas y por las tardes y visitó a un par de pacientes que estaban en el hospital.

Llamó a Megan un par de veces, pero siempre le saltaba el contestador. Seguía en el turno de noche y era obvio que no se molestaba en responder a las llamadas. El lunes siguiente, cuando se iba por la tarde, vio su coche en el aparcamiento y supo que había vuelto al turno de día.

Pensó en volver a buscarla, pero, como no le había devuelto las llamadas, creyó que sería mejor dejarlo correr y no forzar las cosas. Faltaba poco para el baile, pero estaba seguro de que la vería antes.

Había quedado para jugar al squash con Matthew, así que se fue al gimnasio.

Cuando llegó, su amigo no se encontraba bien y Philip le preguntó si prefería que lo dejaran para otro día.

-Creo que me estoy resfriando. Para ser sinceros, no me encuentro nada bien. ¿Te importa que no juguemos? Creo que me voy a tomar algo y me voy a ir a casa.

-Claro -contestó Philip-. ¿Quieres que te recete algo? Puedes parar en la farmacia de camino a casa.

-Gracias, pero creo que bastará con un par de aspirinas.

Matthew se sentó en el taburete mientras Philip pedía, pero, cuando les sirvieron, no tocó su copa. Philip lo miró preocupado. Debía de encontrarse muy mal porque rara vez le decía que no a la bebida y cada vez tenía peor cara.

-¿Quieres que te lleve a casa? -le preguntó.

-Sí...

Matthew se levantó, emitió un pequeño gemido, se llevó la mano al pecho y cayó a los pies de Philip.

-¡Mierda! ¡Matt! -Philip se arrodilló a su lado para tomarle el pulso. Matthew no respiraba-. Matt... Philip se dio cuenta de que aquello no tenía nada que ver con un

resfriado. Le había advertido varias veces de que podía sufrir un ataque al corazón, pero esperaba que no fuera algo inminente, se trataba más bien de un consejo para el futuro. Estaba tan sorprendido que no podía reaccionar.

-Ha sufrido un ataque al corazón -dijo una voz muy tranquila a su lado-. Voy a llamar a una ambulancia. ¿Por qué no le vas haciendo el boca a boca?

El tono profesional y calmado de Megan, lo sacó del ataque de pánico en el que estaba. Philip echó la cabeza de su amigo hacia atrás, se aseguró con los dedos de que no tenía nada que le obstruyera la garganta y comenzó a insuflarle aire por la boca.

Estaba contando para iniciar el masaje cardíaco y no se dio casi ni cuenta de que Megan ya había llamado a una ambulancia y estaba en el suelo, arrodillada junto a él.

-Déjame que te releve -dijo al cabo de un rato-. ¿Tienes el maletín en el coche? Seguro que tienes algo para darle.

-Sí... sí... -dijo Philip alegrándose de tenerla allí. Su manera de comportarse, tranquila y profesional, lo calmaron-. Lo tengo en el coche. Voy por él.

Philip nunca había estado tan aterrado. Mientras corría hacia el coche, le entraron ganas de vomitar. Había hecho infinidad de masajes cardíacos para reanimar a sus pacientes, pero se sentía como un estudiante ante su primer caso de infarto. La diferencia era que le había tocado a su amigo y todos los años de experiencia no le habían preparado para sentir lo que estaba sintiendo en aquellos momentos.

Sin embargo, cuando llegó al bar, vio que el corazón de su amigo había vuelto a la vida gracias al masaje cardíaco de Megan. Estaba empezando a abrir los ojos. Philip recobró su aplomo profesional y se arrodilló junto a Matthew para inyectarle una sustancia que impedía que el músculo del corazón sufriera daños graves.

-No pasa nada, Matt -le dijo-. Nos has dado un pequeño susto, pero te vas a poner bien. La ambulancia ya está de camino. Llegaremos al hospital antes de lo que te imaginas.

Matthew quiso decir algo, pero no le salieron las palabras. Cerró los ojos de nuevo, pero ya respiraba con normalidad.

-Está bien -dijo Megan posando la mano sobre el hombro de Philip-.

Tuvo suerte de estar contigo. Probablemente, le has salvado la vida.

-Querrás decir que se la has salvado tú -contestó Philip mirándola-. Te estaré eternamente agradecido por lo que has hecho...

-Solo necesitabas un empujón -dijo Megan-. Cuando tienes ante ti a un ser querido que se está muriendo, te quedas paralizado. Si yo no hubiera estado aquí, al final, habrías reaccionado tú solo.

-Supongo -admitió Philip-, pero me ha costado ponerme en situación porque estaba alucinado.

-Como miles de personas que pasan por lo mismo.

-Sí, pero yo soy médico. He recibido formación para atender este tipo de imprevistos.

-Bueno, muy bien, alguien te tuvo que echar una mano, pero eso no quiere decir que seas un mal médico, Phil, sino que te hace humano -le dijo Megan mientras llegaba la ambulancia. Philip, completamente restablecido, les explicó lo ocurrido y les dijo qué le había administrado hasta el momento-. Supongo que querrás ir con él. Yo os seguiré, si te fías de mí para conducir tu coche -se ofreció Megan viendo que ponían a Matthew en una camilla.

-Claro que me fío de ti -dijo Philip dándole las llaves inmediatamente-. Muchas gracias, de verdad.

-Venga, vete, Phil. Luego nos vemos.

Megan le devolvió las llaves en la sala de espera de la UCI. Seguía sorprendido por lo sucedido y no se dio cuenta de su presencia hasta que ella se sentó junto a él.

-¿Qué tal está? -le preguntó Megan con una mirada cómplice.

-Lo sabremos en las próximas horas. Está sedado y, como los dos sabemos, está en el mejor sitio en que podría estar. Si le hubiera pasado en casa solo, estaría muerto.

-¿Es un buen amigo? Parece que lo quieres mucho.

-Sí, es como el hermano que nunca tuve. Mira que le dije que se cuidara, que no comiera tanto y que bebiera menos. ¡Lo tendría que haber obligado! Le tendría que haber puesto una dieta severa.

-Tal vez no habría servido de nada. A lo mejor ha sido por el estrés.

-Últimamente lo ha pasado mal -asintió Philip-. Su mujer lo dejó y se divorciaron hace poco. Acaba de conocer a alguien que le gusta...

-Entonces ya tiene algo por lo que vivir -apuntó Megan-. No te preocupes. Por lo menos, él tiene posibilidades...

-Sí, eso es cierto -dijo Philip percibiendo la tristeza en los ojos de Megan. No quiso preguntarle la causa. Tenía derecho a tener su intimidad-. No puedo hacer nada por él aquí sentado, así que me voy a casa.

-Sí, será mejor. ¿Me podrías llevar?

-Por supuesto. ¿Has dejado tu coche en el gimnasio?

-No, me llevaron, así que ahora no tengo cómo volver a casa.

-Yo te llevo encantado -contestó Philip mirándola a los ojos-. ¿Te encuentras mejor?

-Sí, lo dices por lo del domingo, ¿no? -dijo bajando la mirada-. No fue nada. Me tomé las pastillas y me restablecí rápidamente. Solo tengo que tener cuidado. Eso es todo.

-Me alegro de que no fuera nada grave dijo Philip-. Bueno, vámonos. Llamaré mañana por la mañana para ver qué tal sigue Matthew.

-Yo me encargaré de él -prometió Megan-. De verdad, está en el mejor sitio.

-Lo sé -sonrió-. Has estado estupenda, Megan.

-Gracias -rió mientras salían del hospital-. Creo que el coche está entero...

-Lo siento mucho -dijo Susan cuando Philip la llamó en cuanto llegó a casa para contarle lo ocurrido-. Matthew había engordado, pero nunca me imaginé una cosa así. Siempre ha estado en forma.

-Últimamente, no tanto -dijo Philip. Yo tengo la culpa, Susan. Lo tendría que haber obligado a adelgazar, aunque creo que Megan podría tener razón, puede que le haya dado un infarto por motivos de estrés derivados del divorcio.

-¿Estaba Megan contigo?

-Estaba en el gimnasio por casualidad. Menos mal, Susan. El miedo me bloqueó.

Podría haber perdido un tiempo precioso si ella no me hubiera hecho reaccionar.

-Eso no es propio del señor Control -dijo Susan-. Estoy segura de que habrías podido con ello, Phil, pero ha tenido que ser una situación espantosa.

-Matt y yo somos amigos desde hace mucho tiempo.

-Lo sé... -dijo Susan guardando silencio un momento-. Cuando le den el alta, no debería ir a su casa solo. Nosotros tenemos una habitación de sobra...

-Yo tengo dos. Desde luego, le voy a decir que se venga aquí, pero ya sabes lo testarudo que es.

-Me parece recordar que de jovencito era mucho menos cabezota que tú.

Philip se rió.

-Bueno, eso le vendrá bien ahora. Mientras siga luchando, todo irá bien.

-Seguro que sí -dijo su hermana-. No te preocupes, cariño. Seguro que se pone bien.

-Eso dice Megan. Espero que tengáis razón.

Deseó buenas noches a Susan y colgó el teléfono. En realidad,

preocuparse le servía de bien poco. No podía hacer nada, solo esperar.

A la mañana siguiente, le dieron buenas noticias sobre Matt. Estaba respondiendo bien y los médicos estaban contentos.

Philip fue a trabajar más tranquilo. Tenía infinidad de pacientes, como siempre, a los que prestó toda su atención sin dejar que sus preocupaciones personales interfirieran en su trabajo. Comió rápidamente y fue a la reunión que tenía con la señorita Rowen para hablar de los actos benéficos para recaudar fondos.

-Tenemos mucha suerte de tenerlo entre nosotros, doctor Grant -le dijo tras la reunión-. No todo el mundo está dispuesto a dedicar tanto tiempo como usted a ayudar a los demás.

-Hago lo que puedo -contestó Philip-. Si me disculpa, tengo que pasarme por el hospital a ver a unos cuantos pacientes.

-Claro, claro -le sonrió despidiéndose de él-. No se olvide de que cuento con que asistirá usted a mi fiesta de Fin de Año, doctor Grant. Ya sé que está usted siempre muy ocupado, pero tiene que sacar tiempo para relajarse un poco.

Philip sonrió y se fue hacia el coche. La fiesta de la señorita Rowen no era precisamente como para relajarse, pero la mujer tenía buena intención y siempre se mostraba generosa con el hospital.

Lo primero que hizo al llegar al Chestnuts fue ir directamente a ver a Matthew.

Habló con la enfermera que estaba en la UCI, quien lo tranquilizo al decirle que los signos vitales de su amigo estaban respondiendo como debían, que había recobrado la consciencia por la mañana y que estaba estable.

-Sigue sedado, así que no sé si podrá responderle. Está muy cansado, pero sabrá que está usted ahí -le dijo la enfermera Rose.

Philip le dio las gracias y entró a ver a su amigo. Matthew estaba rodeado de cables, goteos y monitores que emitían un zumbido

constante. Philip se imaginó el susto que se llevarían los familiares de un enfermo que no supieran para qué servían todos aquellos aparatos. Se sentó en el borde de la cama, echó un vistazo al informe médico y lo reconoció personalmente: respiración estable, buena respuesta cardiaca y tensión arterial correcta.

-Vas bien, Matthew -le dijo tocándole la mano-. Muy bien. Si sigues así, saldrás pronto.

Matthew abrió un poco los ojos e intentó sonreír.

-Gracias a vosotros... malditos inmortales... -sonrió como pudo su amigo.

A Philip se le encogió el corazón. Las palabras eran apenas un murmullo, pero su significado estaba claro para él. Matthew seguía siendo el mismo de siempre. Su cuerpo no estaba muy bien, pero su espíritu seguía estando ahí.

-Tan agradable como de costumbre -contestó Philip encantado-. Me alegro de verte, Matt. No me puedo quedar mucho porque vendrá la enfermera y me echará la bronca. Sigue luchando, amigo. Algún día me ganarás al squash...

Salió de la UCI y fue a visitar a otros pacientes. Miró en el puesto de Megan, pero no estaba. Fastidiado por no verla, se fue a casa. Pensó en llamarla más tarde...

Philip miró por la ventana del hospital y vio que estaba lloviendo otra vez. Frunció el ceño preguntándose si aquello contribuía a entristecerlo todavía más... No, sabía que

el tiempo no tenía nada que ver. Llevaba varios días sin ver a Megan, aunque sabía que iba a trabajar.

Le había dejado un mensaje en el contestador porque lo había pillado atendiendo una urgencia: “Solo llamaba para decirte que siento no haber estado en casa cuando has llamado. He estado muy ocupada últimamente. Me alegro mucho de que Matthew se vaya recuperando. Le fui a ver el otro día y me dijeron que le iban a sacar de la UCI. Si

no hablo contigo antes, asumo que pasarás a buscarme el día diecinueve...".

Precisamente porque quería verla antes, Philip fue a la UCI aquella tarde. Fue a ver a Matthew, por supuesto, y se lo encontró sentado en la cama disfrutando de todas las atenciones que le dispensaban unas bellas enfermeras.

-Esto es vida -comentó Matthew con su sonrisa habitual-. Creo que me he equivocado de profesión, Phil. Tendría que haberme unido a los inmortales. A vosotros sí que os cuidan bien.

-Estás aquí para descansar -le recordó Philip-. Ya veo que puedo dejar de preocuparme por ti.

Fue a visitar al señor Jones, que había sido trasladado desde Addenbrookes y estaba un poco cansado, pero estaba haciendo progresos. Todavía no sabían por qué se había caído, pero él aseguraba que había sido por las zapatillas de andar por casa. No sería el primer paciente que sufría una buena caída por esa causa.

Cuando llegó al despacho de Megan, iba pensando en preguntarle qué le parecería que el matrimonio recibiera asistencia a domicilio.

La puerta estaba cerrada, así que llamó y abrió por si estaba haciendo la ronda.

Megan estaba de espaldas con la mano en el auricular del teléfono, como si lo acabara de colgar. La tensión que reflejaban sus hombros le indicó a Philip qué algo iba mal.

-Megan... ¿ocurre algo?

Ella se giró y Philip vio que sus adorables ojos verdes estaban llenos de lágrimas. Era obvio que estaba intentando controlar sus emociones, pero no podía.

Instintivamente, se acercó y la abrazó con delicadeza y mimo, como si fuera tan frágil que pudiera romperse. La acarició el pelo y la nuca. Ella se tensó una fracción de segundo, pero apoyó la cabeza en su hombro sin parar de llorar.

Fue un llanto breve, pero intenso. Lloró amargamente durante un minuto más o menos. Luego se sacudió y tomó aire como intentando recobrar la compostura.

Philip sacó un pañuelo para secarle las mejillas. Megan levantó la mirada y le sonrió.

Él sintió un deseo repentino, la necesidad de volverla a abrazar, no tanto por ella sino por él. Sin saber muy bien cómo se encontró acercándola de nuevo hacia sí y pasando los dedos por su pelo. Y la besó.

Su boca era suave y sabrosa, tal y como se la había imaginado. Sintió su respuesta, su cuerpo, tan suave y cálido parecía fundirse con el de él, el maravilloso olor de su pelo recién lavado.

Philip sabía que se encontraba a gusto con él. El beso se fue convirtiendo en algo más profundo de lo que él había tenido intención e hizo que su cuerpo reaccionara como hacía mucho tiempo que no lo hacía. La deseaba con todo su ser, deseaba tenerla entre sus brazos para siempre.

Ella respondía igual de apasionadamente. Lo agarraba como si en ello le fuera la vida. Philip se sorprendió al ver que ella no lo quería soltar cuando él hizo el amago, pero tenía que hacerlo. No era el lugar ni el momento de dar rienda suelta a su pasión.

Megan parecía más tranquila. Agarró el pañuelo con el que Phil le había limpiado las lágrimas, se sonó la nariz y se lo guardó riéndose.

-Lo siento, te lo he puesto perdido de pintalabios. Te lo devolveré limpio. Qué idiota soy -comentó un poco sonrojada-. Es que... me han dado malas noticias por teléfono.

-¿Justo cuando yo he entrado? -Megan asintió y él comprendió que, probablemente, su llegada había sido lo que había desencadenado el llanto-. Supongo que habrías preferido estar sola. Lo siento, tal vez no tendría que haberlo hecho. ¿Quieres que me vaya o prefieres hablar?

-Simon... acaba de morir -contestó Megan con voz ronca-. Todos nos lo esperábamos porque tenía un linfoma maligno, empezó el tratamiento demasiado tarde, llevaba un tiempo con quimio... -se interrumpió encogiéndose de hombros-, pero no ha podido vencerlo. Ha muerto

hace un par de horas. Un amigo del hospital en el que estaba me ha llamado para decírmelo.

-¿Simon... era alguien a quien querías mucho?

-Simon era... es mi hermano -le reprochó Megan-. La boda a la que no quisiste ir conmigo fue la suya. Simon y yo estábamos muy unidos...

-Oh, Megan -dijo Philip horrorizado por su insensibilidad-. No me había dado cuenta... tu hermano, Simon. Claro. Ahora me acuerdo.

-No, no te acuerdas. Ni siquiera recordabas que tuviera un hermano. El otro día me preguntaste si tenía hermanos cuando salimos de casa de Susan. Aquello hizo que me acordara de lo enfermo que estaba...

-Fue hace tanto tiempo -dijo Philip muriéndose de remordimientos-, pero debería haberme acordado. Debí recordar que tenías un hermano. Por favor, perdóname.

-¿Por qué te ibas a acordar? Total, solo éramos amigos... no había nada serio entre nosotros.

-Éramos más que amigos -replicó Philip-. Aunque fui un arrogante que no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde.

Megan asintió como aceptándolo.

-Quería contártelo. Estaba tan preocupada por él. Estuve a punto de hacerlo la noche que ingresaron a Matthew, aquella noche parecías más asequible, parecías una persona capaz de sufrir como los demás.

-¿Y normalmente no te parezco así?

-No siempre -contestó Megan-. Sueles mantener las distancias con la gente. Siempre lo has hecho...

-Contigo no, Megan. Nunca he tenido intención de alejarte de mí. Siento mucho lo de tu hermano -dijo de la misma forma en la que solía hablar a los familiares de pacientes terminales. Sin embargo, aquella vez su corazón sentía pena y se dio cuenta de que le

importaba aquella mujer más de lo que había imaginado-. Es obvio que lo querías mucho.

-Sí. Siempre estuvimos muy unidos, sobre todo después de... -se interrumpió y suspiró-. Como te he dicho, nos lo esperábamos. No sé por qué me ha afectado tanto de repente. Siento ser tan tonta -dijo levantando la cabeza y recobrando su apariencia de enfermera-. Querías verme, ¿no? ¿Era por algo del hospital?

-Sí. Bueno, sí y no -contestó Philip, dubitativo. Quería mucho más, pero su llanto lo había dejado desorientado-. Por una parte, quería consultarte a ver qué te parece que el señor y la señora Jones reciban asistencia en casa y, por otra, quería tratar contigo un tema personal. ¿Te gustaría salir conmigo esta noche? Podríamos ir a cenar o al cine. Creo que hay una buena, Shakespeare in love, es de amor. Claro que, a lo mejor, no te apetece salir.

-Sí, sí quiero salir. Lo que no quiero es quedarme sola -contestó Megan-. Me parece bien esa película. Sabía que la estaban reponiendo y quería verla desde hacía años, pero ¿seguro que te apetece verla a ti? No pareces de esos a los que les gustan las películas románticas.

A Philip le encantó volver a verla de buen humor. Desde luego, era una mujer sorprendente. La vida le acababa de dar un duro golpe, pero, si no la hubiera pillado en un momento de debilidad, tal vez nunca lo habría sabido. Era una mujer muy fuerte y se encontró queriendo protegerla y haciendo que sus ojos nunca perdieran la alegría.

Enarcó las cejas y la miró con gesto bromista.

-¿Te han contado los cotilleos del hospital o qué? -preguntó Philip-. Cuéntame qué dicen de mí. ¿Me tienen por un aburrido o por un misógino?

Megan se rió y a Philip le gustó, sobre todo, porque sabía que, en su interior, estaba luchando contra la pena.

-En realidad, por ninguna de las dos cosas -dijo sacudiendo la cabeza-. No te lo voy a decir. Solo te diré que tienes a unas cuantas locas por ti, Phil.

-Bueno, bueno, no será para tanto.

-Según una de las enfermeras, eres alto, moreno y estás como para comerte.

-Seguro que lo ha dicho Anne Browne -comentó Philip en un tono resignado que hizo que Megan se riera, pero no le confirmara nada-. Dice eso de la mitad del personal masculino.

-¿Y no te interesa? -preguntó Megan con las cejas enarcadas en tono guasón.

-Es mona, pero no es mi tipo.

Megan asintió y no comentó nada más.

-¿Me recoges tú esta noche?

-Sí, por una vez, no tengo consulta por la tarde. ¿Te parece bien que me pase a las siete por tu casa?

-Sí -contestó-. No creo que haga falta que te lo pida, pero no le digas a nadie lo que te acabo de contar, ¿de acuerdo? -le pidió mirándolo intensamente.

-Claro que no. No me dedico a ir por el hospital contando chismes -contestó molesto por que ella hubiera podido pensar que era de los que iba cuchicheando por los rincones-. Hasta esta noche. Yo tengo consulta solo de tres a cinco. Luego, se queda Henry.

Le sonrió y se fue hecho un lío.

La respuesta de Megan cuando la había besado lo había sorprendido. Supuso que había sido porque estaba nerviosísima. Si hubiera entrado un poco después, cuando a ella le hubiera dado tiempo de controlar sus emociones, habría estado igual que siempre.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 48-97

CAPÍTULO 5

PHILIP atendió a una joven a la que tuvo que anunciar que tendrían que practicarle una histerectomía, hizo un par de anotaciones en el ordenador, agarró el maletín y salió de la consulta.

-Hoy se va pronto, doctor Grant.

-Sí, esta noche he quedado para salir -contestó sonriendo a la recepcionista-. He decidido seguir su consejo, señora Brodie.

-Hace bien. Debería tomarse más tiempo para usted.

De camino a casa, Philip iba pensando en la cita con Megan. Estaba deseando verla, pero no tenia ni idea de a dónde estaban yendo emocionalmente. Ella se mostraba muy diferente dependiendo del momento. La había visto entregarse, derretirse entre sus brazos, pero también la había visto fría, un poco reservada, como si llevara un escudo protector.

¿Para evitar resultar herida? Philip podía entenderlo porque sabía por propia experiencia cómo se sentía uno después de un desplante sentimental. Sabía que, después de sufrir un desengaño amoroso, se tenía miedo de volver a entregarse.

Lo último que él quería era hacerle daño. La respetaba y le gustaba mucho, pero no sabía hasta dónde quería llegar con ella. Lo que tenía muy claro era que pensaba en Megan constantemente.

También tenía muy claro que se moría por hacerle el amor.

-Me alegro de que te haya gustado la película dijo Philip sonriendo mientras se abrochaba el cinturón de seguridad-. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que paremos a tomar algo antes de irnos a casa?

-Si quieres, podemos picar algo en mi casa -ofreció Megan-. Algo ligero, que luego nos deje dormir. ¿Te apetece?

-Me parece bien.

Philip la miró de reojo mientras ponía el coche en marcha. No sabía si eran imaginaciones suyas, pero juraría que Megan se iba apagando a medida que iba transcurriendo la noche. Al principio, se había reído en la película, como si se hubiera perdido en el argumento, que era un poco estrafalario. También había dado buena cuenta de los bombones y las palomitas que habían compartido. Le había tocado el brazo en un par de ocasiones e incluso le había agarrado la mano en determinados momentos de la película que les habían parecido divertidos. A Philip

le gustó que se rieran de las mismas cosas. A veces, tenía la sensación de conocerla desde hacía años, como si tras un largo viaje hubiera encontrado el camino a casa.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 49-97

Anne Herries – El más Preciado Regalo

Philip se había sorprendido a sí mismo un par de veces mirándola a ella en lugar de a la pantalla, preguntándose qué habría ocurrido si hubiera ido con ella a la boda de su hermano.

No había intentado besarla en el cine porque ya había pasado la época de aprovechar la oscuridad para hacer ese tipo de cosas. A él le parecía que había sitios mejores, pero no había podido evitar sentirse tremendamente atraído por su cercanía. Había percibido su perfume suave y seductor que le llegaba en oleadas cada vez que ella se movía. La deseaba.

Si hubiera sido unos años más joven, menos cauto y no hubiera temido tanto herir sus sentimientos, Philip habría seguido el ejemplo de la ardiente pareja de adolescentes que estaban sentados cerca de ellos, pero consiguió controlarse.

Suponía que ella no tenía ni idea de lo atractiva que le parecía. Confió en haber dejado muy clara su relación de amistad sin ataduras, aunque tal vez hubiera metido la pata besándola. El hecho de que fuera fácil tener una relación sexual, no quería decir que una mujer se metiera en la cama de un hombre a la primera de cambio.

No hablaron mucho durante el trayecto. Seguramente, Megan no le hablaba para dejar que se concentrara en la carretera, que estaba bastante peligrosa porque no se veía nada y había zonas en las que el coche podía patinar.

Al llegar a casa de Megan, ella pasó primero y fue encendiendo luces, lo que dio al lugar calidez y color. Antes de irse, había encendido la chimenea y todavía quedaban brasas, lo que daba a la estancia un ambiente cálido y acogedor.

Philip sabía que había alquilado la casa amueblada, pero saltaba a la vista dónde había puesto su toque personal: flores, objetos étnicos y fotografías en marcos variados, desde uno de plata a otro con ositos.

Mientras Megan fue a encender la cafetera, Philip se dedicó a deambular mirando las fotos, los libros y los compactos. En casi todas las fotografías se veía a una mujer que seguramente era su hermana, con un hombre que sería el marido de esta y tres niños muy monos.

-Esos son Beth, Arnie y los niños -le confirmó ella al volver-. El mayor es Richard, luego van Lizzy y Mark. Beth me ha dicho que está esperando otro para primavera.

Lo que no vio fue ninguna foto de su hermano ni de ningún hombre que pudiera haber sido importante en su vida. Tal vez le resultara demasiado doloroso tener fotos de Simon a la vista en aquellos momentos.

-Susan dice que quiere, por lo menos, otros dos. La verdad es que estamos muy unidos.

-Yo estoy muy unida a Beth, también a mi hermano. Supongo que será porque nuestros padres trabajaban mucho y no los veíamos. A ambos les importaba mucho el trabajo y nos criamos con niñeras. No es que nuestros padres no nos quisieran, pero esperaban reacciones adultas en nosotros aunque no estábamos preparados.

-Supongo que a Susan y a mí nos pasó algo parecido -apuntó Philip tras reflexionar un momento-. Nuestra madre murió cuando éramos adolescentes. Mi padre murió el año pasado. Todavía lo echo de menos...

Los interrumpió un ruido agudo proveniente de la cocina.

-Café y emparedados -anunció Megan-. Vuelvo en dos segundos.

Philip asintió y la vio alejarse. Se había fijado antes en la manera tan fascinante que tenía de andar, pero en esos momentos no estaba pensando en hacerle el amor. Era la primera vez que Megan le había hablado de cosas importantes, aparte del dramático momento de aquella misma tarde, pero aquello había sido diferente. Era obvio que empezaba a confiar en él. Quería avanzar un poco más, pero sabía que tenía que tener cuidado para no estropear las cosas por precipitarse.

Megan volvió con una bandeja. Los emparedados estaban deliciosos. Los había hecho en una sandwichera parecida a la que él tenía. Estaban sabrosos y ligeros y él se comió tres. Mientras hablaban de los Jones, Philip se dio cuenta de que ella apenas había comido ni bebido. Acordaron que Megan tomara la decisión sobre la asistencia a domicilio.

-Se está haciendo tarde -dijo Philip mirando el reloj. Sabía que tenía que irse, aunque no le apetecía nada. Lo que su cuerpo le pedía era hacerle el amor, pero sería una estupidez anteponer sus deseos a las necesidades de Megan. No iba a aprovecharse de ella en un momento de vulnerabilidad.

Megan fue a agarrar la jarra de la leche, le tembló la mano y el contenido cayó por toda la bandeja. Ella emitió un suspiro de hartazgo. Estaba pálida y tensa. Philip se dio cuenta de que no se había equivocado al pensar que estaba luchando por controlar sus emociones.

-¿Megan? -le dijo acercándose. Era obvio que estaba intentando controlarse.

Cualquier otra mujer ya estaría llorando, pero ella era diferente-. ¿Qué pasa? ¿Es por Simon? ¿Te puedo ayudar en algo?

-Por favor... -Megan le rogó mirándolo con ojos que suplicaban comprensión-.

Philip... no puedo pasar la noche sola. Llevo pensando en ello toda la noche. Sé que no tengo derecho a pedírtelo, pero, ¿te importaría quedarte a dormir? -le preguntó sonrojada-. Esta tarde me has besado. ¿Te importaría...? ¿Lo harías...?

Philip se acercó a ella lentamente. Entendió que Megan lo necesitaba y lo deseaba.

Había sido un imbécil por dudar tanto. Había que ser prudente, pero tampoco había que darle demasiadas vueltas a las cosas.

-Chist -le susurró abrazándola con fuerza-. No tienes ni que pedirlo, cariño. He deseado pasar la noche contigo desde la primera vez que te vi.

Inclinó la cabeza y la besó. Ella le respondió con la misma urgencia que él sentía.

Supo que aquello era lo que Megan necesitaba, el calor de una persona al lado a la

que pudiera tocar, estar con alguien. Philip se dio cuenta de que entre ellos había habido química desde el primer día.

No era porque se sintiera desdichada, sino porque sabía que podía confiar en él: lo necesitaba para superar todo aquello. Megan era una mujer apasionada y hacer el amor con un hombre que se preocupaba por ella le vendría muy bien.

Philip era un hombre sensible y considerado para quien hacer el amor era cosa de dos. Necesitaba dar placer y recibirlo. En aquella ocasión, más que nunca. Lo único que importaba eran los sentimientos de Megan. Quería darle la tranquilidad y el consuelo que necesitaba, aliviar su tensión por medio del contacto físico.

Quería hacerla reír porque la risa hacía nacer la confianza.

-La primera vez que te vi en el Chestnuts, no podía dejar de mirarte las piernas -le dijo en tono de broma al oído-. Eres la mejor medicina para los enfermos. Y tu forma de andar no me deja dormir.

Ella se rió y apretó su cuerpo contra el de Philip mientras se besaban apasionadamente. Era como si les hubiera dado una descarga eléctrica. De repente, no pudieron más, se vieron vencidos por el apetito sexual y ambos se tocaron y se besaron desesperadamente.

Philip no podía ni pensar. No podía evitar temblar mientras se desnudaban mutuamente. Ninguno de los dos podía desabrochar los botones de la camisa de Philip y, en un ataque de impaciencia, él

mismo arrancó los dos últimos.

Megan se rió. Su jersey fue mucho más fácil... un movimiento rápido y fue a parar a la alfombra, junto a la camisa rota. Las cremalleras no opusieron resistencia y, en un abrir y cerrar de ojos, estaban tumbados desnudos sobre el sofá.

-Eres preciosa -gimió Philip-. Eres adorable y tan suave... -casi no se atrevía a tocarla, se deleitó en su cuerpo. Aquellos pechos voluminosos, cuyos pezones gritaban a los cuatro vientos que ella también estaba excitada, su piel de terciopelo color marfil, que acarició con los dedos segundos antes de hacerlo con la lengua.

-Philip... -dijo Megan entrecortadamente-. Yo...

-¿Qué? -preguntó levantando la cabeza-. Lo sé, mi amor, lo sé...

-Por favor... -rogó apretándose contra él-. Ámame, por favor, aunque solo sea esta noche...

-¿Cómo no iba a hacerlo? -le dijo acariciándole la espalda y presionándola contra sí para que no le cupiera la menor duda sobre su erección-. Eres una mujer muy deseable, no solo físicamente. Toda tú eres adorable.

Philip había recuperado el control y no quería que las prisas estropearan su primer encuentro sexual. Quería que fuera especial para Megan, que la ayudara a eliminar el dolor que llevaba dentro.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 52-97

Se sentía en el séptimo cielo tocándola, inhalando su olor, abrazándola. Quería conocer todos los rincones de su cuerpo, acariciar la suavidad de la parte interna de sus muslos, degustar esa parte tan sensible con la boca.

Solo cuando ella se estremeció y gritó su nombre, dejando claro que necesitaba sentirle dentro de su cuerpo, se dejó él llevar hasta allí.

Fue como música. Los maravillosos sonidos de una orquesta que van subiendo hasta alcanzar el crescendo. Philip sintió un placer desconocido. Mientras estaba dentro de ella, se dio cuenta de que

aquello no estaba siendo solo físico. Era algo que lo llenaba, que embriagaba sus sentidos, que lo envolvía como una corriente de agua cálida, dulce y refrescante a la vez. No podía parar de susurrar su nombre.

Al terminar, abrazó a Megan con todo cariño. Le acarició el pelo y vio que tenías las mejillas húmedas. Seguramente ni ella misma se habría dado cuenta de que había llorado al alcanzar los dos juntos aquel maravilloso lugar. No era una mujer de lágrima fácil. A Philip le entraron ganas de llorar también.

Al poco tiempo, se dio cuenta de que se había quedado dormida. Estaba durmiendo tan plácidamente que decidió no despertarla. Agarró una manta que había en el respaldo del sofá. Era suave y grande, suficiente para taparse los dos. Cerró los ojos.

Cuando los volvió a abrir, estaba solo y le dolía el cuello. El viejo chesterfield estaba bien para echarse la siesta, pero no era una cama muy cómoda.

Se dio cuenta de que iba a amanecer. El fuego se había apagado durante la noche, pero Megan había encendido una estufa. Su ropa no estaba y olía a café. Supuso que Megan se había levantado antes y no había querido despertarlo. Estaría a punto de irse a trabajar y querría tomar el primer tren.

Recogió su ropa y se vistió. Miró la camisa rota y se dijo que la señora del tinte le iba a preguntar qué le había ocurrido cuando la llevara a lavar. Cuando se estaba poniendo la chaqueta, apareció ella y dejó una taza de café sobre la mesa. Se sentó a su lado. Estaba tensa y silenciosa.

-¿Te importaría irte? -le dijo sin mirarlo.

Philip se preguntó si estaría avergonzada de lo ocurrido o si se arrepentiría de ello.

Se levantó pensando que aquella situación era de lo más extraña y que debía hacer algo, pero sin perder la compostura porque le iba demasiado en ello.

-Claro.

-Tengo que ducharme y...

-Claro. Me bebo esto y me voy. Tienes que irte. No te preocupes.

Llámeme cuando vuelvas.

-Sí... Phil...

-Gracias por esta noche -dijo él al ver que ella no decía nada-. ¿No estarás enfadada conmigo?

-Claro que no.

-Bueno, me tengo que ir -dijo dejando la taza de café tras beber un poco-. Te llamaré esta semana.

-De acuerdo. Lo siento, me tengo que vestir.

-Claro dijo él. No quería irse así, pero era obvio que ninguno de los dos podía comportarse de manera natural-. No te olvides del baile del hospital...

Megan asintió y se alejó.

Philip la dejó ir y la vio meterse en la cocina. Quiso ir tras ella y decirle algo que la hiciera reír, como la noche anterior, pero no sabía qué, no sabía qué esperaba ella que hiciera. Tampoco sabía muy bien cómo se sentía él mismo. Para él, no había sido una aventura de una noche, había sido demasiado especial. Entonces, ¿qué había sido exactamente?

Mientras conducía hacia su casa, admitió para sí mismo que aquella mujer le interesaba mucho. Había química entre ellos, eso era innegable, pero ¿iba a ser solo un lío o algo más duradero?

La volvería a ver en el baile del hospital el fin de semana siguiente. Tal vez, lo mejor fuera mantenerse un poco apartado hasta entonces para que ambos tuvieran tiempo de pensar.

Philip revisó el correo que tenía sobre la mesa de la consulta. Aparte de unos cuantos resultados del laboratorio, había unos cuantos folletos de propaganda de algunas empresas farmacéuticas, una interesante circular sobre un curso para médicos y un ejemplar del British Medical Journal. Agarró los informes médicos de varios pacientes y los

examinó.

Se dio cuenta de que la siguiente paciente era Jennifer Russell. La mandó llamar y ella entró sonriendo.

-¿Qué ocurre, señorita? ¿El tobillo te está dando problemas? -preguntó viendo que llevaba puestas las zapatillas que él le había regalado.

-No -contestó, aunque él sabía que siempre tenía dolores, por muchas pastillas que tomara-. He venido a traerle esto de parte de mi madre -dijo dejando una caja de bombones sobre la mesa- y a pedirle un gran favor.

-Soy todo oídos.

-Necesitamos un Papá Noel para la fiesta infantil del hospital -lo informó la pequeña colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja-. Iba a ser el señor Jones, pero sufrió una caída. Yo dije que podía ser usted, pero todo el mundo me dijo que no se lo pidiera porque estaba muy ocupado.

-¿Cuándo es la fiesta?

-Este domingo a las cuatro -contestó la niña sintiéndose culpable-. Mi madre no sabe que he venido a pedírselo. Ella cree que he venido por esto -añadió señalándose un rasguño que tenía en la barbilla.

-Te recetaré una pomada, pero eso no es nada. Diles a tus amigos que me encantara ayudaros. Llamaré a los organizadores para quedar con ellos y llegar con tiempo de sobra.

-¡Sabía que diría que sí! -gritó la niña entusiasmada.

-Bueno, pues deja de hacerme perder el tiempo -sonrió Philip.

La niña salió de la consulta riéndose. Su visita le había infundido el ánimo que necesitaba. Al pensar en todo el sufrimiento por el que había atravesado Jennifer, su valor y su buen humor, que no perdía ni tan siquiera cuando salía de quirófano, le hicieron recordar por qué había elegido ser médico.

No era omnipotente. No podía curar a la gente con una varita mágica, pero, a veces, podía poner su granito de arena para que alguien se sintiera mejor y de eso era, precisamente, de lo que se trataba.

Cuando entró en casa, el teléfono estaba sonando.

-¿Megan?

-No, soy Susan. Te llamo para ver dónde te metes. Hace siglos que no nos vemos. Los niños preguntan si te has cambiado de ciudad.

-Lo siento, he estado muy ocupado. Cuando tengo un poco de tiempo, voy a ver a Matt, pero intentaré pasarme por tu casa un día de estos...

-¿Qué tal está?

-Mucho mejor. Se está impacientando. Quiero correr antes de poder andar. Se quiere ir y no para de decirme que hable con sus médicos, pero ya le he dicho que no depende de mí.

-Bueno, vendrás el día de Navidad, ¿verdad? Podrías traer a Megan.

-La voy a ver pronto, así que se lo preguntaré. No me había dado cuenta de que la Navidad está a la vuelta de la esquina. Se me pasa el tiempo volando y ni siquiera sé con quién voy a ir a la fiesta de la señorita Rowen.

-¿Pues con quién va a ser? ¡Con Megan, por supuesto! -contestó su hermana sorprendida-. Seguro que está encantada de acompañarte si se lo dices con suficiente antelación como para que le dé tiempo a cambiar la guardia. Escucha, Megan Hastings es lo mejor que te ha pasado en muchos años -dijo su hermana colgando antes de que Philip pudiera responder.

Mientras aparcaba en el hospital pensó en que llevaba dos días sin llamar a Megan porque necesitaba tiempo para pensar. En su corazón, sabía que era demasiado tarde para echarse atrás. ¡Ya se había enamorado y le gustaba la idea!

Al bajarse del coche, la vio. Iba sacando las llaves del coche del bolso

y pareció dudar al verlo. Aunque normalmente era una persona segura de sí misma, parecía nerviosa.

-¿Qué tal estás?

-Mejor..., gracias.

-Me alegro de que nos veamos -sonrió Philip-. Quería pedirte perdón por no haberte llamado, como te prometí. He estado ocupado, pero podría haber encontrado un momento. ¿Me perdonas?

-Claro... -contestó mirando al suelo-. Soy yo la que debería pedirte perdón por haberme aprovechado de tu amabilidad -añadió mirándolo a los ojos-. Sé que no significó nada, Phil. No espero nada. Te quedaste solo parque yo te lo pedí.

-Si no hubiera querido quedarme, no lo habría hecho aunque te hubieras puesto de rodillas -le aclaró él riéndose-. ¡Megan, por Dios! ¿No pensarás que me quedé para hacerte un favor? Si acaso, sería al revés, pero prefiero pensar que nos gustó a los dos.

-Sí -dijo ella más relajada-. Fue muy bonito.

-¿Como para repetirlo?

Philip esperó tenso la respuesta y se preguntó si no habría ido demasiado lejos.

-No... no veo por qué no -dijo tras reflexionar unos segundos que a él se le hicieron interminables-. Ya somos mayorcitos para saber lo que hacemos, ¿no? Ninguno de los dos va a pedirle nada al otro. Ninguno de nosotros busca casarse ni una relación seria.

-Espero que tampoco sea demasiado fugaz -dijo Philip riendo-. Me gusta estar contigo. Por cierto, me gustaría que tuvieras libres los días de Navidad y Fin de Año, si puedes, claro. Sé que soy un poco egoísta, pero el que no llora, no mama -añadió sonriendo.

-Pues sí, los tengo libres. ¿Qué tenías pensado?

-Bueno, el día de Fin de Año hay una fiesta en casa de la señorita Rowen. Es un poco una cuestión de trabajo, porque si soy muy agradable con ella, seguramente nos dará un bonito cheque para el hospital. El día de Navidad es en casa de Susan, un día familiar, con árbol, regalos y todo eso, mucha comida y el discurso de la reina.

Podemos dormir allí si queremos. Susan me dijo que te invitara, pero te lo iba a decir de todas formas.

-Suena muy bien -contestó Megan, encantada con la idea-. Claro que nos veremos mañana para el baile, ¿no?

Philip asintió.

-¿Podrías concederme una hora el domingo por la tarde?

-Este fin de semana no tengo que trabajar. Sé que estás tramando algo. Te lo leo en los ojos, Philip ¿Qué has hecho? -preguntó divertida.

-No sé muy bien cómo, pero le prometí a Jennifer Russell que haría de Papá Noel en la fiesta infantil.

-¡Eso no me lo pierdo por nada del mundo! ¿Cómo consiguió convencerte? ¿Te puso una pistola en la cabeza?

-Me pilló en un momento de debilidad -contestó contándole a Megan toda la situación con Carol Bond y su madre y cómo se sintió cuando se fueron de su consulta.

-Eres un buen hombre -dijo Megan besándolo espontáneamente en la mejilla-. Había creído que, con los años, ese tipo de cosas no hacían mella en ti.

-¿De verdad? -preguntó luchando para no besarla. Ella sonrió y se sacudió el pelo.

-No, pero es que, a veces, creo que soy solo yo la que se siente como una idiota. Phil, somos profesionales. Se supone que no tenemos que albergar sentimientos, pero, a veces, no puedo evitarlo.

-Pues ya somos dos. Bueno, tengo que ir a trabajar. ¿Dónde vas a estar esta tarde?

-Tengo un par de horas y me gustaría ir a Cambridge a acabar de comprar los regalos.

-Yo también tengo que comprar un par de cosas todavía. Las navidades están a la vuelta de la esquina. A ver si puedo ir por la mañana porque, si no, me voy a quedar sin comprarlos.

-Me voy, que solo tengo un par de horas -se disculpó ella.

-Sí, nos vemos el sábado. No te quiero entretener. Tengo que ver a un par de pacientes y luego me vuelvo a la consulta.

Philip la vio alejarse en su coche. No sabía muy bien cómo sentirse tras la conversación. Megan estaba muy contenta de seguir con su relación, pero había dejado muy claro que no tenía intención de que fuera a más.

Seguramente seguía destrozada por la muerte de su hermano, pero, tal vez, hubiera algo más. No pudo evitar sospechar que, cuando se fue a casa de su hermana a Sudáfrica, había sido por un desengaño amoroso. Eso quería decir que debía tener paciencia.

Sonrió mientras entraba en el hospital. Estaba muy seguro de no querer nada serio con nadie y resultaba que se había enamorado de ella.

-Hola, doctor Grant -dijo una voz tras él nada más entrar-. ¿Va a ir el sábado al baile?

-Sí, de hecho voy a ir con la enfermera Hastings -le contestó a la enfermera Browne con la certeza de que todo el hospital estaría enterado aquella misma tarde. Le pareció muy gracioso-. Sí, me apetece mucho ir este año. Lo siento, Anne, tengo que irme.

El viernes por la mañana, Philip fue a Cambridge a comprar los últimos regalos, entre ellos, el de Megan.

No le había comprado nada la primera vez que había ido de compras de Navidad, pero, desde entonces, las cosas habían cambiado. De repente, era el más importante.

Quería que fuera algo especial, que le gustara de verdad. Nada de lencería negra, porque eso más bien sería un regalo para sí mismo en

lugar de para ella. Perfume tampoco, porque siempre llevaba el suyo. Tampoco un bolso, ni unos guantes, ni un jersey. A Susan le había comprado uno precioso de cachemir y no quería regalos repetidos. Parecería como si no hubiera dado importancia al regalo de Megan. Tal vez una joya...

Estuvo mirando el escaparate de una joyería un rato, deslumbrado por los reflejos y el brillo de los objetos allí expuestos. Se fijó en los anillos de diamantes y frunció el ceño. ¿Qué le podía comprar a una mujer a la que admiraba profundamente, pero que no quería nada serio con él?

-¿Qué estás mirando? -preguntó Susan a sus espaldas-. ¡Philip! ¿Ya estamos pensando en un anillo de compromiso? No pensé que fuerais tan rápido.

¡Enhorabuena!

-No, no, Susan -contestó Philip-. Estoy buscando un regalo para Megan. Se me había ocurrido alguna joya, pero no un anillo. Olvídate de esa idea tuya. Megan es una compañera de trabajo y una amiga... nada más.

-Sí, claro -contestó su hermana-. He visto cómo os miráis. Puede que ahora no estés buscando un anillo de compromiso, pero lo harás.

-Anda, Susan, vete ya. Deja de intentar casarme.

-Sí, me voy -contestó su hermana-. No necesitas que nadie se empeñe en casarte, ya te las apañas muy bien tú solito -añadió muy orgullosa de sí misma.

Philip se rió al entrar en la joyería. A aquella hermana suya, a la que tanto quería, le gustaba enterarse de todo.

-¿Lo puedo ayudar en algo? -preguntó el empleado.

-Sí. Estoy buscando un regalo para una señorita. Algo bonito, pero no un anillo. Tal vez una pulsera de oro. Me gustaría ver las mejores que tengan.

-Claro. ¿Prefiere una esclava o eslabones?

-He estado mirando las esclavas del escaparate, pero me gustaría ver unas cuantas para poder elegir.

-Muy bien, señor. Primero, le enseñaré nuestra selección de esclavas. Voy a buscarlas...

Mientras el empleado le traía una bandeja llena de pulseras, Philip pensó que le quedaba el regalo de Mike. Se dijo que cualquier cosa de ropa le iría bien... ¡viendo cómo iba vestido normalmente!

CAPÍTULO 6

PHILIP se miró en el espejo el sábado por la noche. Llevaba un traje negro, que se había puesto otras veces, con una camisa nueva. Bajó las escaleras y se metió el busca en el bolsillo de la chaqueta. No estaba de guardia aquella noche, pero nunca se sabía.

Fue a buscar a Megan. Estaba maravillosa. Con solo mirarla, se volvía loco. En verdad era una mujer muy deseable, sobre todo con el minivestido con un hombro al descubierto que llevaba.

-¿Me he pasado, quizá, para el baile del hospital? Me lo compré hace años, pero nunca me lo he puesto. Si quieres, me puedo poner otra cosa más larga.

-Ni se te ocurra. Yo no me he quejado del vestido. Voy a ser el hombre más envidiado de la fiesta -comentó Philip.

-No creo -sonrió-. Hay muchas chicas guapas en el hospital, lo que pasa es que tú no te has molestado en mirar.

Él se rió, pero no contestó. Una cosa era ser guapa y otra, ser como Megan. Ella tenía algo más. Era guapa y sensual, la mujer que todos los hombres querrían. Si el hombre con el que había estado en el pasado no se había dado cuenta de eso, era que debía ser un amante de lo más extraño.

Mientras iban hacia el hotel donde se celebraba la fiesta del hospital, hablaron de trabajo.

-Por cierto, una de las pacientes que he visto hoy me ha dicho que nos han visto juntos -dijo Philip mirándola divertido-. Vivimos en un sitio pequeño y están empezando a cotillear. Espero que no te importe.

-Mientras no te importe a ti... -sonrió ella negando con la cabeza.

-A mí, más bien me gusta. Me vendrá muy bien que me vean con una mujer como tú.

Así no caeré en la depresión de hacerme mayor.

-Me parece que todavía no te toca, Phil.

Él sonrió, pero no contestó. Aparcó el coche en el aparcamiento del estupendo hotel en el que se celebraba la fiesta.

Megan lo agarró del brazo mientras se dirigían a la recepción. Sonrió a la chica que se hizo cargo de los abrigos. Philip la vio alegre y relajada, lo que lo hizo muy feliz, ya que era la primera vez que no había rastro de tristeza en su cara. Tal vez, había empezado a olvidarse de aquello que la hacía sufrir y, si él había contribuido en algo, sería suficiente.

Las mesas estaban adornadas en rojo y oro. Había un pequeño obsequio para las mujeres, que consistía en una bolsita llena de bombones junto a cada plato, y música

de fondo, pero nadie se había sentado todavía a cenar. La gente estaba charlando en grupos, tomando una copa y pasando un buen rato.

Justo cuando ellos entraron, se oyó un redoble de tambor y el maestro de ceremonias pidió a los presentes que se sentaran.

Philip había reservado su mesa de siempre en un rincón.

-Me parece que tendría que haber pedido una mesa mejor -se disculpó-. Tú te mereces ver y que te vean.

-A mí me parece bien esta -contestó ella encantada-. Me parece que se han enterado de que hemos llegado. Sabía que eras el soltero más codiciado del hospital, pero no creí que nuestra presencia aquí fuera a despertar tanto interés.

-¿Soy un soltero muy codiciado? A ver, a ver, cuéntame qué dicen de mí.

-No, no te voy a decir nada más. Que luego te lo crees -contestó negando con la cabeza.

El camarero apareció para tomarles nota. El menú era el típico de Navidad: salmón ahumado y pavo asado con guarnición o la variante vegetariana.

-Yo elijo el tradicional. Supongo que me hartaré de comerlo en estos días, pero no me importa -apuntó Philip.

-A mí me gusta el pavo, pero voy a probar la opción vegetariana -dijo ella.

-¿Vino blanco o tinto? Hay un blanco de Burdeos en la carta que no parece malo.

-Por mí, fenomenal.

Había una o dos parejas bailando.

-¿Te apetece bailar o prefieres esperar? -preguntó Philip cuando el camarero se alejó.

-Mejor ahora.

Philip sonrió mientras se colocaban en el centro del salón, que había sido acondicionado como pista de baile. Sabía que eran el centro de muchas miradas, pero, en cuanto posó la mano sobre la cintura de Megan, todo lo que los rodeaba se esfumó.

Su olor era como estar en mitad de un campo de flores. Ella flotaba en sus brazos, ligera y graciosa.

Nunca le había gustado especialmente bailar, pero con ella era otra cosa, no quería que se acabara nunca.

Al volver a la mesa, ambos iban sonriendo. Philip dio el visto bueno al vino sin saber lo que estaba bebiendo. Le pareció ambrosía.

Hacía mucho tiempo que no se encontraba tan feliz. Miró a Megan y le sonrió.

Parecía que ella también se lo estaba pasando muy bien.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 61-97

Anne Herries – El más Preciado Regalo

Bailaron un par de veces más durante la cena y, durante el café, Robert Crawley se acercó a invitar a Megan a bailar.

-¿Le puedo robar a Megan un momento?

-Claro, si ella quiere -contestó, molesto porque le pidiera permiso a él, y no a ella.

-Sí, claro, Robert -intervino Megan sonriendo-. Si nos disculpas, Phil. Tengo que hablar con Robert...

Sintió unos terribles celos, pero decidió que no se debían notar. Los celos no eran una buena cosa y, además, sabía que no tenía motivo ni razón para sentirlos.

-Hola. ¿Te han dejado solo? -preguntó Anne Browne, que llevaba un vestidito plateado que dejaba muy poco a la imaginación. La había visto bailando con un joven al que no conocía, pero creía que era un fisioterapeuta del hospital.

-Solo un rato -contestó intentando ocultar que se sentía molesto-. ¿Tú no bailas?

-Si tú me lo pides, sí.

No había sido una invitación, pero la frase había sido ambigua, así que se vio obligado a sacarla a la pista. Philip se sintió muy incómodo, ya que ella lo abrazaba sin parar. Él quería escapar de sus garras y de su fuerte perfume de almizcle. Por suerte, la canción terminó pronto y pudo volver a su sitio.

-Ha sido como si me hubiera comido vivo -comentó al volver a la mesa, donde lo esperaba Megan.

-¿Qué esperabas? -le reprochó-. La pobre está loca por ti. Lleva así

años. Todo el mundo lo sabe.

-¿Cómo? Lo siento, no lo sabía.

-No, claro que no -dijo ella enfadada-. Los hombres como tú, guapos y poderosos, no suelen enterarse de los sentimientos de los demás. Un día le sonríes y le preguntas que qué tal con aparente interés y, al día siguiente, no le haces ni caso. Eso es cruel, Phil. ¿Por qué la has sacado a bailar si no querías hacerlo?

Phil no la había sacado a bailar, pero no era excusa. Si hubiera sabido que quería algo serio con él... No se había dado cuenta, creía que era así con todos. La idea de haberle roto el corazón lo sorprendió y lo confundió.

-Dicho así, suena como si yo fuera un desconsiderado y, de verdad, nunca he querido hacerle daño -se defendió-. Me cae bien, pero no me siento atraído por ella.

-Sé que no lo has hecho a propósito, pero el resultado ha sido el mismo.

Philip la observó. No estaba enfadada solo por eso. Había algo más.

-Siento haberte hecho enfadar, Megan.

-No has sido tú, Philip. Es que me he acordado de una cosa.

-¿Quieres que hablemos de ello? ¿Quieres que nos vayamos?

-No -contestó con orgullo-. Perdona. Todo esto no venía a cuento. ¿Quieres que bailemos? No quiero estropearte la noche.

-No me la has estropeado -contestó Philip levantándose y tendiéndole la mano-. Yo me lo estoy pasando muy bien. Todo olvidado, ¿de acuerdo?

-Sí, ha sido una tontería.

Philip no hizo ningún otro comentario. Dio el tema por zanjado. No

iba a dejar que aquel insignificante incidente les arruinara la noche.

Pero algo había cambiado. Philip sabía que la deseaba, que había empezado a significar mucho para él, pero también sabía que había algo oscuro en su pasado.

¿Qué le había ocurrido? ¿Sería la enfermedad y muerte de su hermano o se trataría de algo más?

Cuando la llevó a casa estaba casi amaneciendo.

-¿Quieres pasar? -lo invitó ella al ver que se quedaba sentado sin moverse.

-¿Seguro? -le preguntó mirándola muy serio-. Yo es lo que más deseo, pero no tienes que...

-No seas aguafiestas, Phil. Olvídate de lo de antes -le dijo dándole un beso en la boca-Soy mayorcita, sé lo que hago. Por favor, quédate.

-Muy bien, entonces, me quedo. Solo una cosa. ¿Tú crees que esta vez llegaremos a tu habitación? El otro día me dolía el cuello terriblemente.

-Claro -contestó ella invadida por el deseo-. Si nos damos un poco de prisa, seguro que lo conseguimos. Venga, vamos, no hay tiempo que perder. Acuérdate de que esta tarde tienes que hacer de Papá Noel. Philip se rió.

-Eso quiere decir que podemos pasarnos toda la mañana en la cama. Hace mucho que no lo hago.

-Pues ya iba siendo hora -contestó ella.

Megan salió del coche y lo esperó mientras él cerraba el vehículo. Le sonrió, le tendió la mano y entrelazó sus dedos cuando él la agarró.

-Nada de escenitas hoy -dijo Megan-. Vamos a pasárnoslo bien.

Aquella vez consiguieron llegar a la cama y fue estupendo. “Más que estupendo”, pensó Philip mientras observaba a Megan durmiendo. Sentía su sabor, el tacto de sus pechos, la calidez de su piel contra su cuerpo. Había sido el encuentro sexual más satisfactorio de su vida.

Megan era una mujer muy guapa, a la que era muy fácil querer. Además, se entregaba sin reservas.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 63-97

Philip la escuchó respirar acompasadamente. Aquella vez, no había llorado. Se había acurrucado en sus brazos y le había dicho que le había hecho mucho bien y que la hacía muy feliz. Luego, había cerrado los ojos y se había dormido.

Envidiaba la facilidad con la que se dormía. Era como un gato, rubio y suave, que se hacía un ovillo en la seguridad de sus brazos, y allí era exactamente donde la quería tener. Sabía que necesitaba protegerla, impedir que nada la hiciera daño.

Philip cerró los ojos, dispuesto a dormirse también. Megan dio un respingo y gimió algo. Se dio cuenta de que estaba soñando. Gritó como si le doliera algo y él se tensó cuando la oyó hablar en sueños.

-No, por favor -murmuró-. No me dejes... no me hagas esto...

Emitió un sonido, como si estuviera llorando. Philip se apresuró a abrazarla y ella se despertó a medias, se acurrucó contra él y apoyó la cara en su hombro.

-No pasa nada, cariño -le susurró-. No estás sola. Estoy contigo. Conmigo estás a salvo. Mientras estés conmigo, nadie te hará daño.

Megan no dio muestras de haberlo oído, pero se tranquilizó. No se volvió a mover ni emitió ningún otro quejido. Le acarició el pelo hasta asegurarse de que estaba dormida y cerró los ojos de nuevo.

Estaba claro que alguien la había hecho sufrir mucho. Philip lo sabía. El dolor por la muerte de su hermano era una parte, pero no todo. Siempre había tenido la sensación de que le ocultaba algo y acababa de descubrir que las barreras que Megan le ponía a veces eran por culpa de otro.

Aquello lo decidió a romperlas. Tenía que ganarse su confianza, la enseñaría a fiarse de él, a creer en él, a saber que él no la iba a hacer sufrir... incluso a quererlo. Tenía que hacerlo porque él la quería. Más de lo que había imaginado.

Philip encontró beicon, champiñones y tomates en el frigorífico. Hizo

el desayuno mientras Megan se duchaba. Cuando ella bajó, con una toalla todavía en el pelo, se lo presentó con una reverencia.

-Normalmente, solo tomo una tostada -comentó ella riéndose ante aquella parafernalia-. De todas formas, me parece que es demasiado tarde para desayunar.

Más bien es un almuerzo.

-Pues claro que es el almuerzo. Si te quedas en la cama hasta media mañana...

-¿Y quién me ha retenido allí? -preguntó riéndose-. Creo que nos merecemos algo rico después de tanto ejercicio.

-Según los expertos, es un deporte sanísimo. Desde luego, yo me encuentro en plena forma.

-¿Preparado para lo de esta tarde?

-Mejor que nunca -contestó poniendo cara rara-. No sé cómo he dejado que Jennifer me metiera en esto. Debo de estar loco...

-¡Venga! -se burló ella-, pero si lo estás deseando. Te encanta dar regalos a los niños.

Has nacido para ese trabajo... es tu verdadera vocación.

-¿Cómo no se me había ocurrido antes? -preguntó Philip considerando la idea-. Así solo tendría que trabajar unas cuantas semanas al año. El resto podría pasármelas en la cama.

-Te morirías de aburrimiento en un par de meses -se rió ella-. Tú necesitas trabajar, Phil. Es tu vida, tu razón de ser. Todo el mundo sabe que estás completamente dedicado a tu trabajo.

-Eso dicen, ¿eh? -dijo enarcando las cejas-. No deberías hacer caso de todo lo que oyes en el hospital, mi amor. Dedico tanto tiempo a mi trabajo como muchos otros médicos, pero también me gustan otras cosas: la música, salir a cenar... y soy tan forofo como cualquier otro

hombre inglés cuando retransmiten un partido de fútbol por televisión.

-Gracias por advertirme. Así no se me ocurrirá pasarme por tu casa cuando haya partido -comentó Megan sirviendo café en dos tazas-. A mí no me gusta nada.

-Todavía no has estado en mi casa -dijo Philip mirándola, pensativo-. Una de estas noches, te hago una cena -dudó un poco antes de continuar. No sabía muy bien cómo seguir-. ¿Qué vamos a hacer el resto del día? Tendré que ir a casa a cambiarme en algún momento...

-Sí, cuando termines de comer. Yo tengo cosas que hacer, un par de recados, pero iré a la fiesta contigo. Solo de apoyo moral, claro -dijo sonriendo.

Philip vio que lo decía con una sonrisa en la boca y pensó que todo iba bien. Se estaban conociendo poco a poco. Por lo menos, esa vez habían hecho el amor, pero también habían hablado. Eso era un progreso. La cosa iba mejorando, pero no debía apresurarse. Megan necesitaba espacio para ella misma y tiempo para que se le curaran las heridas.

-La verdad es que yo también tengo unas cuantas cosas que hacer. ¿Te ayudo a fregar antes de irme?

-Tengo lavaplatos. Estaba en la casa. Solo tengo que meterlo todo y dejar que la máquina haga el resto.

-Bien, pues entonces me voy...

Le dio un beso de despedida y se marchó, un poco reacio, pero sabiendo que tenía que ser así. Ambos tenían cosas que hacer y todavía no habían llegado al nivel de poder hacerlas juntos.

De vuelta a su casa, se preguntó si alguna vez llegarían al punto de plantearse irse a vivir juntos.

Le gustó la idea de compartir casa, de despertarse al lado de Megan todas las mañanas. Así no pasaría las noches solo. Los dos seguirían

trabajando, por supuesto, porque a ella le gustaba lo que hacía... ¿o no?

Se dio cuenta de que sabía cosas sobre ella, pero, en algunos aspectos, seguía siendo como un misterio.

La fiesta infantil era una riada de niños. Había niños por todas partes gritando, vomitando, saltando por todas partes; en general, haciendo estragos. Eso quería decir que estaba siendo todo un éxito.

Philip interpretó su papel a las mil maravillas. Llegó en el momento justo con su saco y repartió los regalos entre los niños. Fue una suerte que todos llevaran el nombre del destinatario bien claro.

-Tú no eres Papá Noel -le dijo un pequeño tirándole de la barba-. Eres el doctor Philip.

-Lo siento mucho, pero Papá Noel ha tenido un accidente y me ha pedido que venga yo. Me ha prometido que vendrá él en persona en Nochebuena.

-¿Lo has curado tú? -preguntó el chico con los ojos como platos-. ¿Se ha caído por la chimenea?

-Bueno, yo he hecho todo lo que he podido -contestó Philip-. Creo que se cayó por las escaleras, en realidad, pero estoy seguro de que tendréis vuestros regalos el día de Navidad.

El niño asintió y se fue corriendo. Su madre miró a Philip y meneó la cabeza, como pidiendo perdón por el interrogatorio.

-Bueno, ¿qué tal ha ido? -le preguntó Megan cuando se fueron tras entregar todos los regalos-. ¿Sigues pensando en opositar para el puesto?

-Un Papá Noel profesional tiene barba de verdad -contestó Philip mientras se dirigían a casa de Susan para cenar-. Tendré que dejarlo para el año que viene.

-¿Te has dejado convencer? -se burló ella-. Te dejas embaucar, ¿eh?

-¿No los has oído? Han dicho que soy el mejor, así que, ¿cómo me voy a negar?

Megan le sonrió, pensativa.

-Nunca sé cuándo estás de broma, Phil. Esos niños eran unos

monstruos -comentó ella-, pero admito que se te han dado muy bien. Te encantan los niños, ¿verdad? Se te nota.

-Sí, de siempre. ¿A ti no? -le preguntó con curiosidad-. Tengo la impresión de que me dijiste que adorabas a los hijos de Beth.

-Sí -admitió volviendo la cara como para esconder sus pensamientos-, pero dudo que los tenga algún día.

-Todavía estás a tiempo.

-Puede.

El tono de su voz hizo comprender a Philip que no era el momento de seguir con el tema. Además, ya habían llegado a casa de su hermana. Susan los estaba esperando con la puerta abierta y los niños salieron corriendo a recibirlos.

-Entrad, entrad -gritó Susan dándoles la bienvenida con una sonrisa-. Debéis de estar exhaustos, Phil. Jodie quería ir cuando se enteró de que tú ibas a hacer de Papa Noel, pero no somos miembros del club. Le dije que no podía ser. Le habría dicho a todo el mundo que eras su tío.

-Un astuto chiquillo me descubrió -confesó Philip besando a su hermana-. Parece ser que el Papa Noel de verdad tiene una barba en condiciones.

-¿Qué vas a hacer? ¿Dejarte crecer la barba para el año que viene? Seguro que te han convencido -dijo mirando a Megan mientras pasaban al salón-. Pasarás con nosotros el día de Navidad, ¿verdad?

-Sí, me apetece mucho -contestó Megan.

-Sentaos y... ¡vaya!

El busca de Philip estaba pitando.

-¿Te importa que llame? Me he dejado el móvil en el coche.

-No, claro que no -le contestó haciéndole un gesto significativo a Megan-. Siempre pasa lo mismo. Te crees que vamos a pasar todo una noche juntos y suena el busca.

Esto me pasa por tener un hermano médico.

-Me tengo que ir -anunció Philip al volver al salón tras realizar la llamada-. Un niño con heridas en la cabeza. Lo siento. Megan, quédate y cena. Susan te llevará luego a casa.

-¿No quieres que vaya a ayudarte? -preguntó ella levantándose.

-No, no te preocupes. Puede que tarde unas cuantas horas porque parece grave. No creo que te apetezca estar dando vueltas toda la noche. Conozco a la familia y, probablemente, iré al hospital con ellos si es tan grave como parece. Necesitarán apoyo moral.

-Vete -dijo Susan-. Y no te preocupes por Megan. Nosotros nos ocuparemos de ella.

Philip asintió y miró a Megan con ojos que pedían perdón.

-Lo siento, pero me tocaba estar de guardia esta noche... Te llamaré en cuanto pueda.

-No pasa nada -contestó Megan-. Lo entiendo perfectamente. Lo primero es tu trabajo.

Philip asintió y no dijo nada más. No podía besarla ni decir nada más sin levantar sospechas. No sabía si a ella le hubiera gustado que lo hiciera delante de Susan.

Al poner el coche en marcha, se preguntó qué le habría parecido a Megan que la hubiera dejado tirada en casa de su hermana. A Helen no le habría hecho ninguna gracia y hubieran tenido una pelea a su regreso. La diferencia era que Megan era enfermera y seguro que lo había entendido perfectamente.

Apartó a Megan de su cabeza y se concentró en su paciente. La madre estaba muy nerviosa. Su hijo era un niño muy activo que ya había

pasado una noche en el hospital con una herida parecida hacía unos meses. Philip sabía que parte de su nerviosismo se debía a la posibilidad de que acusaran a los padres de malos tratos, pero él sabía que ella nunca haría una cosa así. Tampoco creía que el padre del chico fuera un hombre violento, pero tenía que cerciorarse de lo que había pasado.

Si estaba seguro de que no se habían producido malos tratos, entregaría un informe al hospital para aclarar la situación. A veces, los padres podían pasar un rato terrible si alguien los acusaba de malos tratos sin tener pruebas.

Era un problema difícil, tanto para los trabajadores sociales corno para los médicos.

Si no se detectaba a tiempo una situación familiar peligrosa, un niño podía morir, pero, si se acusaba a los padres precipitadamente, sin que hubiera malos tratos en realidad, uno podía arruinar la vida de toda la familia.

Aceleró un poco. Tenía que dejar a un lado sus problemas personales. Su paciente era lo primero. Ya pensaría en Megan más tarde.

Al regresar a su casa por la noche, volvió a pensar en ella. Se había quedado en el hospital hasta que les habían dado los resultados del primer escáner. Todo parecía indicar que el pequeño se había caído desde una silla, como aseguraba su madre.

No parecía que sufriera daños mayores, pero, por si acaso, lo habían dejado dos días en observación. Philip pensó que si el ala infantil de Chestnuts hubiera estado terminada, la madre no tendría que haber conducido hasta Cambridge.

Philip se había despedido de ellos, no sin antes asegurarse de que todo estaba bien.

Mientras estuvo en Addenbrookes, no había recibido ningún otro aviso en el busca, pero, de regreso, lo habían llamado. Era la hija de la señora Bettaway. Estaba muy preocupada porque a su madre le había dado otro achaque.

Cuando llegó a su casa, era demasiado tarde. Examinó el cadáver y rellenó el certificado de defunción. Intentó consolar a la hija, que no paraba de llorar, como era natural.

-Por lo menos estaba con usted -le dijo-. Usted se la trajo a su casa y

así no ha tenido que morir en una residencia. Eso es lo mejor que pudo hacer por ella, querida.

Sabíamos que podía repetirse y que podía ser mortal. Gracias a usted, sus últimos días fueron felices. Eso debería servirle de consuelo.

-Gracias, doctor -dijo Eileen sonándose la nariz-. Ha llevado una buena vida, pero...

la voy a echar mucho de menos.

-Le aseguro que todos la vamos a echar mucho de menos -comentó Philip-. ¿Está usted bien? ¿Necesita que la ayude con los preparativos del entierro?

-No, no hace falta, pero gracias. Mi madre lo quería a usted mucho, doctor Grant.

Siempre decía que teníamos mucha suerte de tenerlo aquí, que usted podría estar ejerciendo la medicina privada u ocupando un alto puesto directivo.

-

-Eso nunca me ha llamado la atención -contestó sonriendo-. Me tengo que ir, pero llámeme si necesita algo.

Philip condujo despacio hasta su casa porque las carreteras estaban heladas de nuevo. Estaba cansado y un poco triste. Muchos de sus pacientes eran amigos y lo pasaba mal cuando los perdía...

Miró el reloj al entrar. Eran casi las doce de la noche y le pareció muy tarde para llamar a Megan. Seguramente estaría dormida, porque al día siguiente tenía turno de mañana. Se moría por hablar con ella, pero no quería despertarla.

Mientras se desvestía y se metía en la cama pensó en lo mucho que le gustaría que Megan estuviera en su cama, sentir su suavidad junto a él, abrazarla.

No esperaba sentir algo tan fuerte por ella. Creía que le iba a resultar fácil mantener su relación como una cosa informal, pero no había sido así.

Decidió que debía tener cuidado porque ella seguía estando muy vulnerable. No se perdonaría nunca a sí mismo hacer algo que pudiera aumentar su dolor.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 69-97

CAPÍTULO 7

EL LUNES por la noche, tras salir de la consulta, Philip fue a comprar un par de cosas al pueblo antes de irse a casa. Al pasar por delante de la casa de Megan, vio el coche de Robert Crawley aparcado allí y se preguntó qué haría a aquellas horas en su casa.

En la fiesta del hospital, ella se había mostrado encantada de bailar con él e incluso había dicho que tenían cosas de las que hablar. ¿Se estaría pensando dos veces su posible relación con Crawley?

No. Si hubiera querido terminar con lo suyo, no le habría pedido que se quedara a dormir después de la fiesta. Se sintió mal por haber pensado una cosa así de Megan, pero no pudo evitar sentirse celoso. El problema era que no sabía exactamente qué tenía con ella.

Para él, salían juntos y eso podía llevar a una relación más seria con el tiempo, pero no sabía si ella pensaba lo mismo. Todo había sucedido tan rápido que él mismo estaba un poco acelerado, como intentando recobrar el aliento.

Todo sería más fácil si pudiera hablar con ella con franqueza, contarle lo que sentía y preguntarle qué planes tenía para el futuro, pero temía ir demasiado deprisa.

Se tragó los celos y se fue a casa. No tenía guardia, así que decidió ir a ver un rato a Matthew. Con un poco de suerte, le habían dicho, le darían el alta para Navidad.

Los días anteriores al de Navidad, Philip estuvo extremadamente ocupado. Fue como si todos sus pacientes quisieran pasar por su

consulta antes de las vacaciones, como si no quisieran que la más mínima molestia pudiera estropearles las fiestas.

Casi todos le llevaron regalos.

Antiguamente, los pacientes regalaban a los médicos huevos y verduras de sus huertos. Philip llevaba unos cuantos días encontrándose en la puerta de casa manojos de acebo y muérdago, una caja de manzanas y un saco de zanahorias tan frescas que todavía tenían tierra. Todos los regalos eran anónimos, pero él sabía más o menos quiénes los habían dejado allí.

Aquello lo emocionó mucho. No porque los quisiera o los necesitara, de hecho, la mayoría de los comestibles fueron a parar a la cocina de Susan, sino porque significaba que sus pacientes apreciaban el tiempo que les dedicaba y lo consideraban miembro de la comunidad.

Sus compromisos sociales aumentaron, como todos los años por aquellas fechas.

Cenó una noche de esa semana en casa de cada uno de sus socios; otra noche llevó a Susan a una fiestecilla a la que Mike no podía ir; también fue a escuchar a Peter cantar villancicos en el colegio y ayudó a Susan a llevar el árbol de Navidad a casa.

A pesar de tanta actividad, sacó tiempo para llamar a Megan varias veces. En tres ocasiones, le saltó el contestador. Cuando ella, por fin, le devolvió la llamada, él había tenido que salir por una urgencia. Al final, se vieron la mañana del día de Nochebuena en el hospital.

-Vaya... -dijo, sorprendida-. No sueles venir por las mañanas.

-No, pero esta semana es de locos. Tengo consulta esta tarde y estoy de guardia esta noche. Solo quería confirmar lo de mañana. ¿Te parece bien que te recoja a las doce?

-Sí, perfecto -contestó ella-. Así me dará tiempo de hacer un par de llamadas e ir a dar unos regalos por mi cuenta.

Philip asintió. No sabía si eran imaginaciones suyas, pero le pareció

que Megan había vuelto a levantar las barreras.

-Siento que no hayamos podido hablar antes. He tenido una semana muy atareada y nunca te pillaba en casa.

-Sí, yo también he estado ocupada. He estado visitando a viejos amigos. Siempre pasa lo mismo en Navidad. He salido de copas y he tenido un par de comidas esta semana. Intenté llamarte, pero tú tampoco estabas en casa.

-Lo sé. Ha debido de ser el destino -Philip se preguntó si esas amistades de las que hablaba Megan serían hombres o mujeres. Apartó el pensamiento de su cabeza. No tenía razón para estar celoso de su amistad con Robert Crawley ni con nadie. No tenía derecho a monopolizar su tiempo-. No te entretengo más -dijo él viendo que Megan miraba el reloj-. Hasta mañana.

-Tengo ronda con los médicos, lo siento. Mañana nos vemos. Me apetece mucho.

-A mí también.

Mientras iba en el coche, Philip se preguntó si Megan se habría mostrado un poco reservada por haberla dejado sola aquel día en casa de Susan. Se dio cuenta de que parecía cansada, como si no hubiera dormido bien. Tal vez había sido otro brote de malaria. ¿O habría otra razón?

¿Se estaría empezando a arrepentir de su relación? Philip tuvo la desagradable corazonada de que algo iba mal, pero no sabía qué podía haber hecho para que se enfadara... solo lo de casa de su hermana.

Pero aquello no podía ser. Ella era enfermera y sabía lo que era una urgencia.

Entonces, ¿qué era lo que no iba bien?

Philip se tumbó en la cama y estuvo pensando en Matthew y en Megan. Ambos habían sufrido y necesitaban tiempo para recuperarse. Había invitado a su amigo a quedarse en su casa a pasar las navidades, pero este lo había sorprendido diciéndole que se iba a ir a casa de una amiga.

-Megan habló con Fanny y le dijo que necesitaba alguien que me cuidara, así que me ha invitado a quedarme en su casa todo el tiempo que quiera -le anunció Matthew sonriendo.

-Recuerda que has estado muy grave -le aconsejó Philip-. No hagas nada que yo no haría...

-Entonces, puedo hacer muchas cosas -sonrió Matthew-. ¿Cuándo voy a poder darte la enhorabuena, Phil?

-Está por ver.

Sonrió misteriosamente ante la curiosidad de su amigo, pero había empezado a sentir una necesidad muy grande en su interior, una necesidad que le costaba mucho no escuchar.

Necesitaba que ella le dejara claro qué había entre ellos. Al principio, acostarse con ella le había parecido suficiente y no había creído que su relación los llevara a nada más, pero empezaba a necesitarla de otra manera. Quería más, mucho más que una relación pasajera.

Sabía que no tenía derecho a pedirle nada porque ella no estaba preparada para una relación seria. Lo había dejado claro desde el principio. Sabía que debía esperar, aunque tal vez debería darle un pequeño empujón a todo aquello.

No. Se había prometido a sí mismo no precipitarse, no presionarla, y eso era lo que debía hacer. Si iba demasiado deprisa, podía perderla.

Intentó dejar de pensar en ello, pero no podía. Megan no estaba enamorada de él. Lo que necesitaba era un hombro sobre el que llorar... aunque no solía llorar demasiado.

Era una mujer muy fuerte, orgullosa de su independencia, que se las apañaba muy bien sola. Solo buscaba un amigo, alguien en quien confiar, que la ayudara a superar una mala época. Un hombre con el que se sintiera a gusto, un hombre en el que pudiera confiar.

Philip la quería allí, con él, entre sus brazos. Necesitaba oírle decir ciertas palabras...

¡Se había vuelto loco! Nunca le había pasado algo así con Helen. No se había imaginado sufriendo aquella agonía, aquella incertidumbre.

Siempre había controlado su vida, siempre había estado seguro de qué rumbo tomaba. ¡Aquello era como volver a ser un adolescente enamorado de una estrella de cine!

Su sentido del humor acudió en su ayuda. ¡Si no se dormía pronto, se iba a hacer de día!

Megan llevaba unos pantalones blancos ceñidos, un jersey suelto a juego, un cinturón rojo de cuero en la cintura y botas de tacón del mismo color.

-Estás estupenda -le dijo Philip cuando ella le abrió la puerta-. Muy navideña.

-Gracias -le contestó sonriendo. Ya no parecía cansada y Philip se preguntó si no se habría equivocado el día anterior. Parecía contenta de verlo-. Tú estás muy elegante.

-Es por la cazadora. La mía de ante estaba un poco vieja y me he comprado otra. Es mi autoregalo de Navidad.

-Me gusta mucho -dijo ella tocando la cazadora, lo que hizo que su perfume lo envolviera-. Yo también tengo un regalo para ti. ¿Te lo doy ahora o me espero?

-Yo tengo los míos en el coche. Normalmente, hacemos la entrega todos juntos. Los niños los suelen abrir antes, claro, pero los mayores esperamos a reunirnos todos.

Claro que, si quieres, te doy el tuyo.

-No, mejor con los demás. Así será más divertido. He comprado también cosas para Susan, Mike y los niños.

-Este año van a tener un montón de regalos.

Megan se rió y agarró su chaqueta de punto rojo. Philip agarró la bolsa de regalos que le indicó para llevarla al coche. Sonaron las campanas de la iglesia y había mucha gente por las calles, tanto andando como en coche. Philip saludó a varias personas que conocía.

Al llegara casa de Susan, vieron el árbol de Navidad por la ventana, lleno de bolas de colores y lucecitas. Ese año, Mike había conseguido ponerlas.

Los niños salieron a recibirlos con gran júbilo. Agarraron a Megan y la condujeron al salón para enseñarle los regalos que les habían dado por la mañana. Mientras tanto, Philip aparcó el coche y metió las bolsas de los regalos.

-Ven y tómate un vaso de ponche de huevo -invitó Susan a su hermano-. ¿Dejo esto bajo el árbol como siempre?

-Esta bolsa es de Megan. Pregúntaselo a ella, pero supongo que sí...

Pasaron al salón, donde Mike estaba tirado en el suelo jugando con un coche teledirigido de Peter. Megan se interesó rápidamente por el nuevo cochecito de muñecas de Jodie. Philip sonrió y se sentó a su lado en el sofá mientras Susan llevaba una bandeja con bebidas.

-Que cada uno se sirva -anunció-. A la comida todavía le queda una hora por lo menos, así que tenemos tiempo de sobra para emborracharnos un poco. Incluso tú, Phil, que no tienes excusa porque no tienes guardia.

-Ya, pero tengo que conducir: Solo tomaré un poco de vino en la comida. Yo no voy a tomar ponche de huevo, pero, Megan, te aconsejo que lo pruebes. Está buenísimo, pero ten cuidado porque te emborracha enseguida.

-Está muy rico -dijo Megan probándolo-. Mucho mejor que el que venden embotellado.

-¿Podemos abrir los regalos? -preguntó Jodie.

-¿Les dejamos que los abran? No nos van a dejar en paz hasta que les demos permiso

-rió su madre.

-A mí me parece bien -contestó Megan sonriendo-. Echo mucho de

menos a mis sobrinos. El año pasado nos lo pasamos muy bien cuando estuve allí.

-Debe de ser duro -dijo Susan-. Las navidades no son lo mismo sin niños, pero ya tendrás los tuyos, ¿no? -preguntó mirando a Philip.

Megan enrojeció levemente, pero no dijo nada. No tuvo que hacerlo porque Mike les había dado permiso a los niños para abrir los regalos y Jodie le había puesto ya los suyos en el regazo.

-¿Todos estos son para mí? -preguntó Megan sorprendida.

-Hay uno del tío Philip; otro de mamá y papá y otro mío y de Peter - contestó la niña-.

Es decir, tres. Yo tengo muchos más.

-Bueno, pues vamos a abrirlos -dijo Megan.

-Primero este -insistió Jodie poniéndole el regalo de Philip en las manos-. Y luego, yo abro otro. Los vamos abriendo de uno en uno.

-Muy bien -contestó Megan sonriendo y tirando del lazo plateado de uno de ellos.

Dudó al ver la caja, pero le encantó lo que encontró dentro-. ¡Me encanta, Phil! -dijo sacando la esclava de oro-. Siempre había querido tener una. Muchas gracias... la guardaré siempre.

-Me alegro de que te guste -contestó Philip muy contento porque se veía que le había gustado de verdad. No había dicho lo típico de “No deberías haberte molestado...”.

A Philip aquello le pareció una buena señal-. Gracias por la camisa. Necesitaba una nueva porque el otro día se me rompió una.

Megan se rió y se miraron con complicidad. Philip sabía que le había regalado una camisa exactamente igual que la que llevaba la primera noche que se quedó a dormir en su casa y le gustó que ella hubiera decidido recordárselo.

Susan estaba encantada con el jersey de cachemir que le había regalado Philip. Mike le había comprado un pañuelo de seda y unos conjuntos de lencería muy caros.

Cuando Megan abrió el regalo de Susan y Mike, comprobó que a ella también le habían puesto un pañuelo de seda pintado a mano. Megan

había comprado un aftershave para Mike y un perfume muy caro para Susan.

-¡Un pañuelo de Hermés, Mike! Siempre he querido tener uno -dijo levantándose y besando a su marido.

Había pilas de papeles de regalo por el suelo. Megan ayudó a Susan a recogerlos mientras los hombres hablaban sobre los encuentros deportivos que se iban a retransmitir por televisión al día siguiente.

-¿Quieres que te ayude? -se ofreció Megan cuando vio que Susan iba a echarle un vistazo a la comida.

-No, quédate a jugar con los niños. Todo está bajo control de momento y Mike me ayudará luego con la mesa.

-Mira mi muñeca, tía Megan -dijo Jodie tirándole de la manga-. ¿A que es bonita?

¿Cómo la llamo?

-¿Qué nombre te gusta? -preguntó Megan sentándose en el suelo con la niña-. Te han traído muchos regalos bonitos, ¿verdad, preciosa?

-Muchos, muchos -contestó la niña-. Mira, este osito me lo ha regalado papá y el tío Philip me ha traído los Beanies y...

La lista era interminable. Philip se dio cuenta de que su sobrina acaparaba la atención de Megan durante la siguiente media hora. A Megan se le daba muy bien Jodie, parecía realmente interesada en lo que le estaba contando y parecía estar encantada de participar en los juegos de los niños.

-Tu Megan es toda una madraza en potencia -comentó Susan en voz lo suficientemente alta como para que lo oyera la aludida-. Eres un hombre afortunado, Phil. Espero que te des cuenta de ello.

Philip supuso que Megan lo había oído, aunque no había dado muestras de ello.

Mike estaba jugando con los coches de Peter y le hizo algún comentario gracioso a Megan, que se rió.

Philip la miró y le dio un vuelco el corazón. Era tan adorable, tan natural. Sobre todo, cuando se olvidaba del pasado y estaba relajada y tranquila, como en aquellos momentos. Su hermana tenía razón. Se merecía ser madre, ser feliz.

Megan lo miró y se sonrieron, aunque Jodie volvió a reclamar su atención rápidamente.

¿Se lo estaba imaginando o los ojos de Megan tenían un brillo especial? Presentía que había oído el comentario de Susan sobre ser madre y, además, su hermana había hecho otros comentarios como dando a entender que ella creía que eran una pareja formal.

Philip no sabía como se había tomado que Susan diera por hecho que se iban a casar.

Esperó que no se creyera que él le había dado razones para pensar así.

Eran casi las nueve cuando, por fin, pudieron irse y quedarse a solas. Al llegar a casa de Megan, Philip se bajó del coche, le abrió la puerta y la acompañó hasta la entrada.

-Creí que nunca íbamos a conseguir irnos. Esperaba que pudiéramos pasar la tarde juntos, pero con los niños ha sido imposible marcharse antes -comentó él una vez dentro.

-No pasa nada -sonrió ella-. Me lo he pasado muy bien. Gracias por llevarme y por la maravillosa pulsera -contestó Megan.

-De nada -dijo deseando besarla, pero sin atreverse porque notó cierta reserva por su parte-. Quería que fuera un regalo especial porque tú eres una persona especial, Megan.

-Gracias -dijo ella yendo a la cocina-. Voy a hacer un poco de café porque creo que lo necesito después del ponche de huevo de Susan.

-Sí, ya te dije que era mortal -comentó acercándose a la chimenea-.

¿Quieres que encienda el fuego?

-Sí, por favor. Aunque la calefacción está puesta, hace frío. No sé si el invierno que viene estaré aquí, porque me gustaría comprar algo... dentro de mis posibilidades, claro.

Philip asintió. Megan había estado en silencio desde que los niños se habían ido a la cama y la había sorprendido mirándolo pensativa un par de veces, como si le estuviera leyendo el pensamiento.

Cuando ella volvió con el café, él llevaba un rato mirando el fuego y dándole vueltas a algo que no sabía si comentarle.

-Phil... -dijo ella con tono dubitativo mientras agarraba una taza de café-. Me preguntaba si... ¿te importaría mucho si no te quedas hoy a dormir?

Philip se disponía a agarrar su taza de café, pero se paró.

-¿Por qué? ¿Te ocurre algo? -dijo mirándola. Pues claro que le importaba, pero debía tener cuidado-. No tenemos por qué hacer el amor, si no se puede, pero quería estar contigo.

-No, no es que sea ese momento del mes -contestó sinceramente-, es que me gustaría darme un respiro. Lo que ocurrió aquella noche no estaba planeado.

-Lo sé, pero... estamos bien juntos. Yo creía que nuestra relación iba viento en popa, Megan. Nos llevamos bien y yo esperaba que...

-Claro que nos llevamos bien -se apresuró a aclararle- y me lo paso muy bien contigo, Philip. No es por nada que hayas hecho, de verdad.

-Entonces, ¿por qué? ¿No te encuentras bien?

-Me duele un poco la cabeza -contestó sin querer mirarlo a los ojos-. No es nada importante, pero..., lo siento, Phil -dijo poniéndose en pie-. De verdad, prefiero dormir sola hoy.

Philip se levantó, el deseo lo invadía, pero sabía que debía irse. Se acercó a ella y la agarró de las manos mientras la miraba a los ojos.

-Sé que es muy pronto para decirte esto -dijo con un nudo en la garganta-, pero me temo que si no lo hago ahora, no lo haré nunca, nos dejaremos de ver y todo se olvidará y yo no quiero que eso ocurra, Megan. No hace mucho que nos conocemos, pero me gustas... es más

que eso, la verdad es que me importas mucho.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 76-97

-Phil, por favor... -dijo sonrojándose e intentando retirar las manos sin conseguirlo-.

Esta noche, no.

-Debo decírtelo -insistió-. No te pido que me contestes ahora. Esperaré todo lo que haga falta, pero quiero que consideres mi propuesta.

-Creo que sé de lo que me hablas... -dijo ella con tristeza.

-Quiero que seas mi compañera o mi esposa, lo que prefieras -continuó él-. Sé que Susan ha lanzado unas cuantas indirectas hoy y lo siento si te ha puesto en un compromiso. Te prometo que yo no le había dicho nada. Nunca se me había ocurrido irme a vivir contigo, pero ayer por la noche lo estuve pensando. Al principio, supuse que lo nuestro solo iba a ser una aventura...

-Lo sé, Phil -sonrió ella-. Cuando te pedí que te quedaras aquella noche, sabía que no iba a ser nada más, que no tenías ninguna intención de volverte a casar.

-¡Otra vez los rumores del hospital! Eso fue cierto durante un tiempo. Tras el divorcio, no quise tener relaciones, pero he aprendido que la vida puede parecerte muy vacía si no confías en alguien. Hace ya tiempo que no siento nada por Helen, pero no me había molestado en buscar a nadie con quien compartir mi vida. Las cosas han cambiado desde que te conozco. No quiero dormir solo, quiero un hogar, alguien con quien compartir mi vida... con quien tener hijos -le dijo acariciándole la mejilla-. Sé que pido demasiado, pero es lo que quiero... y me gustaría que tú fueras esa persona.

-Me siento halagada -contestó ella riendo-. Eres una persona maravillosa, profesional y personalmente. Me gustas mucho y confío en ti. Eso significa mucho más de lo que te imaginas.

-¿Pero...? -dijo enarcando las cejas con el corazón en un puño-. ¿Me vas a decir que no?

-Has dicho que podías esperar, ¿no?

-Sí, claro, todo el tiempo que sea necesario -contestó él repentinamente esperanzado-.

¿Quieres decir que considerarás mi propuesta?

Megan permaneció en silencio un momento y, luego, asintió.

-Tengo que pensarlo. No te prometo nada... Supongo que habrás oído lo que dicen de mí -añadió mirándolo a los ojos.

-No hago caso de los cotilleos. No me interesan. Sé que te ha ocurrido algo y lo único que quiero es hacerte feliz.

-He sido muy feliz estos días, mucho más feliz de lo que esperaba, pero sigo necesitando tiempo. Si me concedes un poco de tiempo, tal vez pueda darte lo que tú quieres.

-Esperaré -contestó besándola suavemente-. Creo que podría salir bien, Megan.

Prometo no presionarte.

-Te contestaré cuanto antes -dijo devolviéndole el beso-. Ha estado muy bien, Phil.

Necesitaba un amigo y tú has estado ahí. Gracias.

-Gracias a ti. Nos vemos mañana en el hospital. No espero que me des una contestación mañana, por supuesto, pero sí espero que sigamos como hasta ahora.

-Por supuesto -contestó- y, tal vez, haya más.

-Me voy -dijo acariciándole la mejilla-. Megan, eres una mujer estupenda. El hombre que te hirió debía de ser idiota.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas, pero las reprimió riéndose.

-Anda, vete antes de que me arrepienta y te pida que te quedes...

Philip asintió, se dio la vuelta y se fue sin decir nada más.

La suerte ya estaba echada y no quería aprovecharse de su vulnerabilidad.

De regreso a casa, Philip se dio cuenta de que albergaba sentimientos encontrados.

Por una parte, las indirectas de Susan habían ayudado a que su relación progresara, pero había llegado el momento de tomar una decisión.

Tal vez hubiera sido mejor haber esperado un poco más, haberse dado un poco más de tiempo para conocerse mejor, pero su relación no había sido nunca convencional.

Se habían saltado varias etapas la noche que Megan le pidió que se quedara a dormir.

Por eso, Philip le había hecho esa propuesta y ya no había marcha atrás.

Nunca había querido volverse a comprometer, pero en aquellos momentos era lo que verdaderamente quería. Sentía una necesidad física de estar con Megan, pero debía esperar porque era lo que le había prometido. Por mucho que quisiera que su relación avanzara, debía tener paciencia.

La idea de enfrentarse al futuro sin ella se le hacía imposible.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 78-97

CAPÍTULO 8

AL DÍA siguiente por la tarde, Philip fue a buscar a Megan, pero no la encontró en su despacho. Al darse la vuelta, se encontró con la enfermera Browne, que iba por el pasillo.

-Si está buscando a la enfermera Hastings, no está. No va a venir.

-Pero si hoy tenía que trabajar...

-Sí, pero ha llamado. Está enferma. Va a venir una sustituta durante unos días.

-¿Cómo? -Philip sintió el pánico en el estómago. Recordó las ojeras que tenía y que él había achacado a la falta de sueño-. ¿Sabe lo que le pasa?

-No, lo siento, pero creo que no se encontraba bien. Oí a la enfermera Morris que le decía que fuera a ver a su médico y que no volviera hasta que se encontrara bien.

-Me pregunto si no habrá sido el ponche de huevo de Susan -comentó Philip preocupado-. A veces, los huevos no están buenos... -se interrumpió dándose cuenta de que estaba hablando en voz alta y revelando sus pensamientos personales. Sonrió-

Gracias, Anne. ¿Qué tal el día de Navidad?

-Me tocó trabajar. Lo siento, tengo que irme.

Philip se quedó un poco confundido por la reacción de la enfermera Browne. Frunció el ceño y se preguntó qué habría dicho. No había querido molestarla, pero, si Megan tenía razón y la joven enfermera estaba enamorada de él, aquella pregunta, que le había hecho educada y amablemente, podía haberla confundido.

Solo podía pensar en Megan. ¿Sería otro brote de malaria u otra cosa? Se dio la vuelta y se fue del hospital sin volver a acordarse de la enfermera Browne.

¿Se había encontrado mal ya la noche anterior y, tal vez, por eso le había pedido que se fuera? ¿Por qué no se lo había contado? ¿Qué le estaba ocurriendo? Repasó la conversación una y otra vez, recriminándose el no haberse dado cuenta de que Megan no se encontraba bien.

Y él, preocupado por lo mucho que le importaba, por lo mucho que quería quedarse a pasar la noche con ella. Sus sentimientos y sus necesidades, no los de Megan.

¡Si le había ocurrido algo grave, no se lo perdonaría jamás!

El trayecto hasta casa de Megan se le hizo interminable. Vio su coche aparcado en el camino de entrada. Saltó de su automóvil y corrió

hasta la puerta. Llamó como si le fuera la vida en ello, pero nadie le abrió. Dio la vuelta a la casa y gritó delante de la venta de su dormitorio.

-¡Megan! ¿Estás ahí? ¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda? -gritó.

Al cabo de un par de minutos, la señora Jones abrió la puerta de su casa y se acercó a él.

-No está, doctor. Hace una media hora, vino un taxi a recogerla.

-¿Sabe dónde ha ido? -preguntó muy preocupado-. ¿Se encontraba mal? ¿Dijo dónde iba?

-No me ha dicho nada. Ayer vino a darme un regalo y parecía encontrarse bien, pero otras veces se quejaba de que le dolía la tripa. Siempre decía que era un problema de mujeres.

-Un problema de mujeres... -repitió Philip pensativo-. Estoy preocupado por ella. Si la ve, ¿le importaría decirle que me llame? Me preocupa que pueda estar enferma.

-Por supuesto, doctor. Si la veo, le diré que ha estado usted aquí.

Philip dio las gracias a la señora Jones y volvió a su coche. Le tenía que haber pasado algo para llamar al trabajo y decir que estaba enferma. ¿Dónde se había ido? ¿Y por qué no se lo había dicho a nadie?

Se pasó toda la tarde dándole vueltas, a pesar de que visitó a varios pacientes.

¿Dónde se había ido? ¿Estaría enferma de verdad o había sido solo una excusa para irse?

Decidió llamar al hospital a ver si sabían algo e insistir en su casa, pero tenía la terrible sospecha de que había huido. Temió que lo que él le había dicho la noche anterior hubiera precipitado su huida.

Por la noche, intentó concentrarse en la lectura del libro de terror que

le había regalado Susan, pero no pudo quitarse a Megan de la cabeza en ningún momento.

No podía dejar de sentirse culpable por haberla agobiado. ¿Por qué se había ido?

Podía haberse resfriado, pero eso no habría hecho que abandonara su casa de manera tan misteriosa. Estaba muy preocupado y deseó estar con ella, ayudándola a sobreponerse a aquellos momentos de dolor.

¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Y él se llamaba médico? No se había dado cuenta de que la mujer a la que quería más que a cualquier otra cosa en el mundo estaba enferma. Se sintió desgraciado y culpable. Había estado ciego. Se levantó y se paseó por la habitación. Había llamado a su casa seis veces y nada, no contestaba. Estaba puesto el contestador y, si seguía llamando, lo único que iba a conseguir iba a ser acabar con la cinta. Decidió ir a casa de Megan de nuevo y luego al hospital. Alguien tenía que saber dónde había ido.

Dos horas después, se tuvo que dar por vencido. Nadie del personal sabía dónde estaba, nadie tenía demasiados detalles de su vida personal. No pudo insistir mucho porque los demás lo miraban con curiosidad, como si fuera él quien tuviera que tener esas respuestas.

Por supuesto, así debería haber sido. Se arrepintió de no haberle preguntado más por su vida anterior. Creía que sus padres vivían en Londres, pero no tenía ni idea de dónde.

“¡El hospital de Manchester!”, se le ocurrió mientras volvía a casa.

-Claro -dijo dándose una palmada en la frente-. Seguro que alguien de allí sabe dónde viven sus padres. A lo mejor saben dónde podría ir si se encontrara mal.

Pidió el número en información y llamó al hospital. Tras pasarle con varias personas, que no mostraron el más mínimo interés en ayudarlo, le pasaron con el departamento de personal.

-Buenas noches, soy un amigo de la enfermera Hastings. Creo que está

enferma y estoy intentando encontrarla. He pensado que podría estar en casa de sus padres.

¿Podría ayudarme?

-Lo siento, pero no podemos dar información sobre el personal del hospital.

-Pero, ¿la conoce? ¿Sabe dónde ha podido ir?

-Sí, me acuerdo de ella.

-Dígame dónde puedo encontrarla.

-Lo siento. No puedo.

-¡Soy médico, por Dios! Somos amigos. Creo que tiene problemas. ¡No soy un asesino!

-Lo siento -repitió la voz-, no nos está permitido...

Philip colgó el teléfono. Sabía que le había pedido que se saltara las normas, ¿pero qué podía hacer si no? ¡Si no hablaba con ella, se iba a volver loco!

Deambuló por el salón. No podía hacer nada más. Sabía que había quemado todos los cartuchos. Quizás, debería llamar a la policía. Se le ocurrió llamar a todos los hospitales de la zona, pero cuando se disponía a hacerlo, sonó el teléfono.

-¿Megan? -preguntó muerto de preocupación.

-No, no soy Megan -dijo la voz de antes-. Usted no me conoce, pero soy una amiga suya del hospital de Manchester.

-¿Sabe dónde está?

-No, pero aunque lo supiera, no se lo diría. He hablado con ella...

-¿Dónde está? ¿Qué le ha dicho? ¿Le ha dicho que tengo que hablar con ella?

-Esta mañana se encontró mal, pero ahora ya está bien. Me ha pedido que lo llamara para decirle que no se preocupara. Se ha marchado unos días, pero lo llamará, así que no se preocupe...

-¿Tiene un número de teléfono donde pueda localizarla? Por favor...

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 81-97

Anne Herries – El más Preciado Regalo

-Lo siento, no puedo dárselo -dijo la voz antes de colgar.

Frunció el ceño, colgó y marcó la tecla de rellamada. Una operadora le informó de que se trataba de un número protegido.

Obviamente, Megan le había pedido a su amiga que lo llamara para que no se preocupara por su salud, pero él seguía sin saber por qué se había ido.

¿Por qué? ¿Habría hecho él algo que la hubiera disgustado? Se sentía culpable por haber precipitado los acontecimientos. Había sido culpa suya. Sabía que Megan todavía no estaba preparada para comprometerse en una nueva relación, pero él le había sacado el tema de irse a vivir juntos.

-¡Maldición! ¡Maldición!

Siguió dando vueltas. Había sido un egoísta, había cometido demasiados errores. Sin duda, Megan se había ido por su culpa.

Quizá Susan supiera algo. La iba a llamar cuando el teléfono volvió a sonar. Era un paciente que necesitaba que fuera a su casa. Philip volvió a ser el médico de siempre rápidamente.

Tuvo que apartar a Megan de sus pensamientos y concentrarse en su paciente. Tal vez estaba sacando las cosas de quicio. Megan sabía cuidar de sí misma.

Seguramente no le gustaría que husmeara en su vida anterior. Incluso tal vez no le habría hecho ninguna gracia que hubiera llamado al hospital de Manchester.

Megan iba a estar fuera unos días y tal vez fuera mejor que, cuando regresara, él dejara que las cosas se enfriaran un poco. Volvió a considerar aquel viaje a esquiar que estaba barajando antes de que a Matthew le diera el ataque al corazón.

Tuvo una noche de perros, con varias urgencias, y al día siguiente estaba tremendamente cansado. Se alegró de tener un par de días libres.

Se dedicó a limpiar el jardín y preparó una buena chimenea. Cada vez que sonaba el teléfono, corría esperando que fuera Megan, pero, a medida que fue pasando el día, se dio cuenta de que no iba a llamar.

Decidió dejar de preocuparse. No estaba enferma, solo necesitaba tiempo. Él le había prometido que se lo daría y se estaba comportando como un imbécil. Megan era una adulta que podía cuidarse sola.

El día se le estaba haciendo interminable. No sabía qué hacer. Al final, decidió irse a correr por el campo para despejarse. Hacía frío, pero le sentó muy bien. Al volver, se encontraba mucho mejor y aceptó encantado la invitación de Henry para que ir a cenar a su casa esa noche.

¿Qué podía hacer? Esperar.

Mientras esperaba noticias de Megan, llevó a Susan y a los niños a un par de espectáculos a Londres. Se quedaron a dormir allí, en un bonito hotel, y al día siguiente se fueron a las rebajas.

Philip intentaba no pensar demasiado en Megan. Después de todo, nunca le había prometido nada, solo que pensaría sobre su propuesta.

¿Por qué no le habría dejado las cosas claras desde el principio? Ya la había perdido una vez por ser un desconsiderado y lo atormentaba la idea de volver a perderla.

Los días fueron pasando y seguía sin saber nada de ella. Philip se encontró pasando del enfado a la angustia. Pensaba en ella todo el tiempo, tanto en el trabajo como en casa. ¿Dónde estaría? ¿Por qué no lo había llamado para decirle dónde y cómo estaba? ¿Pensaría que iba a ir a buscarla? No debía de confiar mucho en él, porque, de lo contrario, lo habría llamado o algo para decirle dónde estaba. Aquello hirió su orgullo. Había intentado ser justo, pero, al final, la situación se le había ido de las manos y había confesado sus sentimientos. Era culpa de él si Megan quería estar sola.

Aceptó su culpa, pero eso no lo ayudó a mitigar el dolor que sentía en el corazón.

Al entrar en casa un día, vio parpadear la luz del contestador y se preguntó si habría sido ella la que había llamado. Intentó recuperar el número, pero no estaba disponible. ¿Por qué no le había dejado un mensaje... si había sido ella, claro?

Si le importara algo, querría hablar con él. ¡Debería saber lo mal que lo estaba pasando!

A veces, cuando se enfadaba, se recriminaba haberse enamorado. Intentó convencerse incluso de que hubiera sido mejor no conocerla, pero era mentira.

Megan era lo mejor que le había ocurrido en años. Sabía que ella sentía algo por él. Se compenetraban muy bien en la cama y en otras muchas cosas... y ambos necesitaban una relación afectiva. La había visto con los hijos de Susan..., aquella tristeza cuando hablaba de sus sobrinos... Sintió que estaba sola. ¿Tal vez por eso había dejado al descubierto sus sentimientos, porque quería protegerla y hacerla feliz? Sabía que era su mujer ideal, pero no sabía si ella opinaría lo mismo de él. No quería ni pensar lo vacía que sería su vida si ella lo volviera a abandonar. Nunca se había sentido tan mal. Intentó ponerse en el lugar de Megan e intentar saber qué se le había pasado por la cabeza, pero no le sirvió de nada.

Estaba enamorado de ella, la quería más de lo que hubiera creído posible, pero intentó no desesperarse demasiado. Tenía su trabajo y su familia. No quería ni plantearse su existencia sin ella.

Matthew lo invitó a cenar para presentarle a Fanny. Cenaron en un buen hotel y a Philip le cayó muy bien. Era mayor de lo que se esperaba, pero agradable y muy guapa, de piel y ojos oscuros.

-No te preocupes por Matt -le comentó ella cuando su amigo fue al baño-. Yo me encargaré de que coma bien y deje de beber.

Matthew le había pedido que se fuera a vivir con él porque su casa era más grande y ambos parecían encantados con la idea.

-No hemos pensado en boda de momento -le confesó su amigo en

privado-, pero ya veremos qué pasa. Por ahora, estoy feliz de tener otra oportunidad.

-No dejes de ir a las clases de mantenimiento del hospital -le aconsejó Philip-. Sé que parece raro que te diga que tienes que hacer deporte, pero, después de un ataque al corazón, es lo mejor. Ni se te ocurra jugar al squash, pero sí puedes montar en bici.

Cosas tranquilas.

Philip se alegraba mucho por su amigo, pero aquello le hizo sentir todavía más lo solo que estaba sin Megan.

El día de Fin de Año por la mañana fue al hospital. Llevaba un día o dos sin llamar a casa de Megan porque no sabía si querría hablar con él. Cada vez se convencía más de que se había ido por su culpa, porque la había agobiado.

Cuando vio su coche en el aparcamiento, se quedó de piedra. Se contuvo y no fue corriendo a buscarla, porque antes tenía que visitar a dos pacientes. Mientras estaba con uno de ellos, Megan se acercó.

-Buenos días, doctor Grant -saludó ella, muy profesional.

-Buenos días, enfermera -contestó él mirando el informe. Quería agarrarla y pedirle explicaciones, pero consiguió mantener el control-. ¿Se encuentra mejor?

-Sí, gracias -contestó, muy tranquila aunque un poco sonrojada-. Perdona por no haberte llamado, pero era difícil...

-No pasa nada -la interrumpió él. Estaba confundido y enfadado-. Megan, no eres de mi propiedad. Tienes derecho a tener tu vida. Siempre lo has dejado claro.

-No te enfades -susurró ella dolida-. Te lo explicaré esta noche.

-¿Esta noche...? -Philip no se había dado cuenta de que era la fiesta de la señorita Rowen-. ¿Vas a venir conmigo después de todo? -preguntó él sorprendido.

-Sí, sé que es importante para ti.

-Hay otras cosas igual de importantes -le espetó intimidándola sin querer.

-Lo sé. Lo siento... -contestó incómoda-. Debí decírtelo desde el

principio, pero...

-No pasa nada -dijo sin enfado. Le sonrió. Megan tenía todo el derecho del mundo a hacer lo que le viniera en gana-. Estaba preocupado por ti. Si estás bien, lo demás no importa.

-Gracias... -contestó en un hilo de voz.

-Te recogeré a las siete y media en punto. La señorita Rowen exige puntualidad a sus invitados -dijo mirando el reloj-. Me tengo que ir. Nos vemos luego.

-De acuerdo -contestó de forma apagada aunque, cuando Philip la miró, la encontró igual de profesional que siempre.

La dejó allí, de pie. No estaba enfadado, pero le dolía el corazón. Estaba convencido de que Megan lo veía solo como un colega y un amigo.

CAPÍTULO 9

PHILIP terminó la consulta y se fue a casa apesadumbrado. La fiesta no le apetecía demasiado. Siempre se la había tomado como algo formal, no como un placer...

aunque lo que sí iba a ser un placer era que Megan fuera con él. Sin embargo, tenía un mal presentimiento.

Había presionado tanto a Megan con su propuesta del día de Navidad que había huido de él. Lo de la enfermedad no había sido más que una excusa.

Eso le dolió y se sintió culpable. Le dolía pensar que se pudiera ir del

pueblo porque él estuviera enamorado de ella.

Debía tener cuidado. Philip decidió mostrarse cordial, pero mantener las distancias.

No quería que se sintiera agobiada otra vez. Él la quería, pero, si ella elegía terminar con su relación, no tendría más remedio que aceptarlo.

Le había dicho que quería hablar con él, así que Philip estaba preparado para lo peor.

Llegó a recogerla, vestido de gala, poco antes de las siete y media con la idea de tener tiempo para poder hablar.

Llamó al timbre varias veces y nadie le contestó. La casa estaba a oscuras, aunque el coche de Megan estaba allí. ¿Se habría ido otra vez? Comenzó a enfadarse. ¿Se habría olvidado de su cita? Le podía haber dicho por la mañana que no quería ir a la fiesta.

Volvió a llamar, pero no quería insistir demasiado para que la señora Jones no volviera a salir. Tal vez, solo se hubiera ausentado unos minutos. Volvió al coche y llamó al hospital, pero le dijeron que se había ido hacía una hora. Marcó el número de Megan y le saltó el contestador. Philip maldijo y pensó que no era posible que le estuviera haciendo aquello.

Llegaría tarde a la fiesta. ¡No tendría más remedio que ir solo y disculpar a Megan ante la señorita Rowen!

-No pasa nada dijo la señorita Rowen-. No hace falta que se disculpe por llegar unos minutos tarde. Lo entiendo. La enfermera Hastings ha estado enferma últimamente,

¿no? Es una profesional estupenda. Sería una pena que se fuera.

-No entiendo muy bien -replicó Philip frunciendo el ceño-. ¿Es que se va a ir?

-Creo que podría irse, sí. No lo sé exactamente, pero... bueno, pase y reúnase con los demás. Creo que conoce a todos...

Pasó al salón, donde había bastantes invitados. Estaba enfadado. ¿Qué era aquello de que Megan podría irse? ¿Había decidido marcharse y no le había dicho nada?

¿Por qué lo había dejado plantado? Sabía que era una fiesta

importante. ¿Tal vez, precisamente, por eso? ¡No! No podía ser una venganza por no haber ido a la boda de su hermano. Aquello había sido hacía mucho tiempo. Entonces, ¿por qué? ¡Podía

haber llamado por teléfono! ¿A qué estaba jugando? Philip estaba convencido de no haber hecho nada para merecer que lo tratara así.

Le faltó muy poco para irse a los cinco minutos de haber llegado. El enfado se convirtió en cólera.

Philip reconocía que la primera huida la había provocado él, había sido culpa suya, pero aquello ya era demasiado. Si no quería ir a la fiesta con él, lo mínimo que podía haber hecho, era decírselo.

Consiguió aguantar un rato, pero se fue antes de las doce de la noche alegando que tenía mucho trabajo.

-Creí que iba usted a quedarse a escuchar lo que tengo que decirles -dijo la señorita Rowen cuando fue a despedirse de ella-. Se lo contaré, ya que usted ha trabajado tanto en favor del ala infantil. He donado un cheque al Chestnuts para que se pueda terminar la unidad de los niños. Además, he creado un fondo para su futuro mantenimiento. Espero que podamos contratar a todos los profesionales que necesitemos para hacerla funcionar como tenemos pensado. Además, espero que usted ocupe uno de los sillones de la dirección.

-Es usted muy generosa -contestó Philip-. De verdad, muchas gracias por todo lo que ha hecho.

Era mucho más de lo que se esperaba, pero no se sentía precisamente eufórico. Unas semanas antes, la generosidad de la señorita Rowen lo habría hecho saltar de alegría, pero en aquellos momentos se sentía a medio gas.

Pensó que al día siguiente, seguramente sí apreciaría el gesto en toda su importancia.

En aquellos momentos, al entrar en casa, lo único que sentía era un gran vacío.

Al entrar en el vestíbulo, vio que parpadeaba la luz del contestador. Descolgó el auricular, pero solo alcanzó a oír a la persona que llamaba colgando.

¿Sería Megan? Pensó en llamarla, pero era casi media noche y decidió irse a dormir.

No tenía ninguna intención de darle la bienvenida al nuevo año porque ya no iba a ser el año en el que Megan se convertiría en su esposa.

A la mañana siguiente, no tenía ninguna intención de llamarla. Había dejado muy claras las cosas la noche anterior no acudiendo a su cita. Esa era la respuesta a su propuesta de matrimonio. Era difícil de asimilar, pero debía hacerlo.

Decidió no verla en unos cuantos días, pero aquella misma tarde tuvo que ir al hospital. No había dormido mucho pensando en ella y había decidido que, si se la encontraba, se mostraría frío y distante. No tenía sentido ponerle las cosas más difíciles y hacer que abandonara el Chestnuts.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 87-97

La noche anterior no se había portado bien con él, pero había sido culpa suya, por agobiarla, por haberla forzado a tener una relación que ella no quería. Debía convencerla de que le daba igual, debía mostrarse tan indiferente como ella.

Cuando terminó de ver a su paciente y se disponía a irse, apareció Megan.

-¿Podría hablar contigo?

-No sé si me parece muy buena idea -contestó Philip furioso-. ¿Qué pasó anoche?

Pasé a buscarte y no había nadie.

-Lo sé... -contestó enrojeciendo-. Por favor, pasa a mi despacho. Quería disculparme.

Philip no tenía ánimos como para reconciliaciones. Tal vez fuera injusto, pero estaba enfadado. La miró con expresión dura.

-La primera vez fue culpa mía -dijo, sin dejar hablar a Megan-, pero me podías haber dicho ayer por la mañana que no querías ir a la fiesta. La señorita Rowen dijo que no pasaba nada, pero sé que se sintió molesta.

-Sé que no me comporté bien -dijo Megan sin mirarlo-. Siento mucho lo ocurrido, Phil. Lo de anoche y lo de antes.

-Ya te he dicho que entiendo lo de la primera vez -insistió él demasiado enfadado como para escucharla-. Me di cuenta de que había sido culpa mía, aunque sigo pensando que podrías haber llamado para decirme que estabas bien...

-Le dije a una amiga que te llamara...

-Sí, cuando yo ya andaba medio loco buscándote por todas partes. Sé que te fuiste por mí y te pido perdón por ello, por supuesto. Lo de seguir juntos solo fue una propuesta, entiendo que...

-No, no entiendes nada -murmuró.

-Pues cuéntamelo, Megan. No te andes por las ramas. Somos adultos.

-Bien, Phil -contestó ella levantado la cabeza con dignidad-. Entiendo que te enfadaras porque me fuera sin decir nada, pero...

-Pero, ¿qué?

-La verdad es que nada -dijo moviendo la cabeza como si no pudiera con la situación-. No importa, ¿no? Siento los problemas que te pude acarrear ayer, pero no creo que haya sido para tanto. Seguro que la señorita Rowen te habrá perdonado.

Eres la niña de sus ojos. Todo el mundo dice...

-¡Maldita sea! Si nos ponemos así, Megan, todo el mundo dice que te echaron del hospital de Manchester.

-Eso no es cierto -contestó, sorprendida-. Me fui yo porque no quise cubrir el error de un médico que recetó una dosis demasiado elevada a un niño. Yo me negué a administrársela y pedí la opinión de otro médico. Aquello bastó' para que el primero Escaneado por Corandra y corregido por Sira

me hiciera la vida imposible. Por eso me fui al extranjero -aclaró enfadada-. Creí que no escuchabas los cotilleos. Si me hubieras preguntado, te habría contado la verdad.

Solo porque la gente habla... ¡Eres injusto! No te has molestado en ver las cosas desde mi punto de vista.

-Me importa un comino lo que diga la gente -dijo Philip furioso-. Ha sido tu actitud, Megan. No creo que tengamos nada más que decirnos.

-No, no tenemos nada más que decirnos. De todas formas, me voy al final de la semana.

-Me parece perfecto -dijo yéndose antes de perder los nervios por completo.

-Doctor Grant...

Alguien lo llamó cuando salía del hospital, pero no hizo caso. Mientras conducía, fue calmándose. No solía perder la cabeza, pero el hecho de que Megan no le diera importancia a lo ocurrido, lo había sacado de quicio.

¿Acaso no sabía lo que sentía por ella? ¿No se había dado cuenta de lo mal que lo había pasado cuando había desaparecido? Sí, debía saberlo, pero no le importaba y no debía querer que él se preocupara por ella.

¡Aquello le dolió enormemente! Menos mal que se iba a ir. Así no tendría que verla...

Se iba a ir. Al llegar a casa, asimiló la noticia. Nunca la volvería a ver, no volvería a oír su voz ni a ver su sonrisa....

Se sentó en una silla y le entraron ganas de llorar. La quería tanto que no podía imaginarse su vida sin ella.

¿Qué iba a hacer? No podía hacer nada salvo ponerse de rodillas. Lo habría hecho si hubiera creído que así la recuperaría, pero estaba claro que no lo quería. Nunca había querido nada más que una relación pasajera. Seguramente no se fiaba de él, seguramente no creía que él fuera capaz de enamorarse. Se lo había ganado a pulso.

Si hubiera ido con ella a aquella boda... pero eran demasiado jóvenes entonces. No se había dado cuenta de cuánto la quería hasta que lo había dejado y esa segunda vez era todavía peor.

No podía hacer nada. Debía resignarse y seguir adelante por mucho que le costara.

Se preguntó si no tendría que irse de allí y buscar otro trabajo.

Sonó el teléfono y Philip deseó que fuera ella.

-Phil... -era Susan-. ¿Qué es eso que he oído de que Megan se va de Chestnuts?

¿Habéis discutido?

-Hemos tenido una bronca esta mañana. Me dejó colgado para ir a la fiesta de anoche. Estaba enfadado.

-Si lo que me han contado es cierto, me parece que tenía una buena razón. ¿Le has preguntado por qué lo hizo?

-Más o menos... estaba enfadado.

-O sea, que no. No me extraña que se haya hartado de ti, Phil. Te estás equivocando y deberías pedirle perdón.

-¿Por qué?

-Porque he oído que la tienen que operar, no sé si será cierto.

-¿Quién te lo ha dicho?

-No te lo puedo decir, pero... puede que Megan no sepa lo que sientes por ella.

-Le pedí que nos fuéramos a vivir juntos o que nos casáramos... lo que prefiriera.

-¿Le has dicho que estás enamorado de ella?

-No, creo que no. No quería asustarla.

-Me parece que deberías decírselo -sugirió Susan-. Díselo cuanto antes, Phil, antes de que sea demasiado tarde...

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 90-97

Anne Herries – El más Preciado Regalo

CAPÍTULO 10

A PESAR de sus problemas personales, no podía desatender los de sus pacientes. Al llegar a la consulta, se encontró con que tenía unos cuantos. Sintió que se le iba pasando el dolor que le oprimía el corazón a medida que iba ayudando a aquella gente.

Tal vez Susan tuviera razón. Tal vez debería decirle a Megan lo mucho que la quería.

Pero si era obvio... aunque, tal vez, no se lo había demostrado. Tal vez, se había mostrado un poco distante. Él no creía ser una persona distante, pero, a lo mejor, los demás sí lo veían así. Megan le había sugerido algo parecido una vez. Le había dicho que, cuando habían salido de jóvenes, en realidad, no estaba interesado en ella.

¿Seguiría pensando lo mismo? ¿Creería que la veía como a una compañera ocasional con la que acostarse de vez en cuando? No podía ser. ¿Cómo iba a pensar eso? Se tenía que haber dado cuenta de que lo mucho que significaba para él. Se había mostrado frío durante un tiempo para no agobiarla... ¡Debía de fingir mejor de lo que creía!

Cerró la consulta y decidió pasar por su casa para pedirle perdón. Le había dicho que se iba al final de la semana y rezó para que no hubiera decidido irse antes. Aunque no se fueran a casar, podían ser amigos.

No debía albergar demasiadas esperanzas, pero confiaba en que así no le doliera tanto su partida. Aparcó delante de su casa y se quedó unos minutos sentado al volante. El coche de Megan estaba allí, pero eso no quería decir nada. Tal vez no le abriera la puerta. Debía intentarlo. Quería hablar con ella y pedirle perdón.

Fue a la puerta principal y tomó aire. Llamó y Megan le abrió la

puerta inmediatamente, como si lo estuviera esperando. Estaba pálida.

-¿Puedo pasar? Venía a disculparme por lo de esta mañana. No debí perder los nervios. Te dije cosas sin pensar porque estaba enfadado. Por favor, perdóname.

Siento haberte hecho daño.

Megan se apartó y lo dejó entrar sin decir ni una palabra. Debía de estar furiosa. Pasó al salón con ella y se calentó las manos en el fuego. No sabía por dónde empezar.

Oyó algo a sus espaldas y se giró. Ella estaba intentando controlar las lágrimas, pero era obvio que lo estaba pasando mal. Se acercó y le agarró las manos. Estaba temblando.

-¿Te encuentras mal, Megan? ¿Qué ocurre? Estás enferma, ¿verdad? -ella asintió, se soltó y le dio la espalda. ¿Por eso no me abriste la puerta anoche? -de repente, lo vio claro-. Estabas en casa, ¿verdad? ¿Por qué no me abriste?

-Porque estaba en un estado lamentable y no podía verte. No me sentía con ánimo para ir a una fiesta. No es cierto que tú tuvieras la culpa de que yo me fuera en Navidad. Tenía que pensarme lo de tu propuesta, sí, pero no fue la única razón...

-Siéntate -le indicó Philip amablemente-. Cuéntame qué es lo que te preocupa.

-Hace tiempo que tengo un dolor, incluso antes de volver a Inglaterra. Tendría que haber ido al médico hace años, pero soy una cobarde, creí que podía ser algo malo...

-Te entiendo -sonrió Philip-. Muchos de mis pacientes leen algo sobre una enfermedad en los periódicos y vienen corriendo a la consulta a ver si la tienen. Es todavía peor cuando tratas con la enfermedad todos los días en el trabajo.

-Justo antes de Navidad, el dolor empezó a ser muy fuerte. Quería ir al médico, pero no encontraba el momento. Sé que es una excusa como

otra cualquiera, supongo que tenía miedo de enfrentarme a la verdad.

-¿Creías que era cáncer? ¿Por lo de Simon?

Philip vio el miedo y el dolor reflejados en los ojos de Megan y se le encogió el corazón. Había pasado por todo aquello sola. Él no sabía nada, no había podido ayudarla. ¡Y encima se había enfadado por una estúpida fiesta!

-A una amiga mía, que tenía los mismos dolores, le encontraron un quiste en un ovario, resultó ser maligno y se lo tuvieron que extirpar. Aquello redujo sus posibilidades de ser madre. Ahora está intentando quedarse embarazada y no lo consigue. No es que no pueda tener hijos, pero es más difícil. Está desesperada.

-Lo sé. ¿Has ido al médico? -ella asintió-. ¿Qué te ha dicho, cariño? -le preguntó agarrándole la mano-. Megan, dímelo, déjame que te ayude. Por favor, no me rechaces.

-Oh, Philip -sollozó-. Me he portado fatal contigo. Me fui a casa de mis padres para poder pensar en lo que me dijiste el día de Navidad. Mi madre se dio cuenta enseguida de que no me encontraba bien. Se asustó mucho y me llevó a una clínica privada. Mi madre, después de lo de Simon, está aterrorizada. Me hicieron pruebas y tengo un quiste. No saben si es maligno o no, pero me lo extirpan la semana que viene. Tendría que haberte llamado o algo, pero no podía.

-¿Por qué? ¿No te fiabas de mí? Hubiera preferido que me lo contaras. Creía que te habías ido para huir de mí.

-¿Cómo iba a hacer eso? -sonrió ella-. Pero si eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

-¿Yo?

-Sí -contestó con un brillo especial en los ojos que hizo que Philip se quedara sin aliento-. Antes de irme a casa de mi hermana, lo acababa de dejar con una persona a la que quería y, la verdad, no quería ninguna otra relación, pero cuando te vi...

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 92-97

-¿Sí, cariño? -le preguntó besándola en la palma de la mano-. Para mí fue como ver el sol tras un largo invierno...

-Oh, Phil... -se rió ella-. Estaba completamente colada por ti cuando estudiabas en Londres. Tú me tratabas como si fuera una más y yo te quería tanto... Me enfadé muchísimo cuando no quisiste ir conmigo a la boda y tardé mucho en perdonarte.

Cuando me enteré de que te habías casado con Helen, me desboqué un tiempo, tuve unos cuantos líos que no fueron a ningún sitio. Hace dos años, conocí a Richard...

-Y te enamoraste de él.

-Sí -admitió-. Era un hombre inteligente, brillante y siempre me decía que yo lo hacía sentirse joven. Era varios años mayor que yo. Me dijo que estaba divorciado y yo le creí, pero no era cierto. Seguía viviendo con su mujer, seguía casado. Me mintió...

durante todo el tiempo que estuvimos juntos. Cuando me enteré, me sentí como una idiota y me enfadé mucho. Además, en el trabajo lo estaba pasando fatal por lo del médico aquel, así que lo dejé y me fui con mi hermana, pero caí enferma y tuve que volver.

-Dios mío, cariño, eso es terrible. ¿Nunca sospechaste nada?

-No. Luego me he dado cuenta de que debería haberlo hecho, pero él me decía que me quería, que quería estar conmigo. Al principio, creía que cuando no podía estar conmigo era por el trabajo, porque viajaba mucho -dijo Megan, herida por semejante traición-. Empecé a preguntarme por qué nunca pasaba las vacaciones conmigo, pero hasta que su mujer apareció en mi casa, nunca lo supe...

-¿Por eso te enfadaste conmigo cuando bailé con Anne Browne? ¿Creías que la estaba tratando como Richard te había tratado a ti?

-Por un momento, volví a sentir la humillación y el dolor. Luego me di cuenta de que tú no eres como él y eso me hizo pensar en nosotros. Luego, Susan empezó con las indirectas y tú me pediste que nos fuéramos a vivir juntos... que incluso nos casáramos.

-Las indirectas de Susan no tuvieron nada que ver. He estado pensando mucho en ti.

Estaba muy preocupado por si había hecho algo que te hubiera molestado. Yo sabía que había algo en tu pasado y no quería meterte

prisa.

-Eres tan considerado... -dijo acariciándole la mejilla-. Eres un hombre maravilloso.

Te veía un poco distante y no sabía si seguías siendo el mismo joven estudiante de Medicina del que yo me una vez me enamoré, pero cuando te vi con Matt, supe que te quería. En realidad, lo que no sé es si dejé de quererte alguna vez.

-Entonces, ¿por qué no me llamaste? No lo entiendo, Megan. Sabes que quiero estar contigo. ¿Por qué desapareciste?

-¿No lo entiendes? -dijo retorciéndose las manos-. Sé lo que sientes por mí y sé que estamos bien juntos, pero me pediste que fuera tu compañera porque quieres formar una familia. Si el quiste es maligno, me tendrán que extirpar el ovario y tal vez no

pueda tener hijos... y eso no sería justo para ti, mi amor -se mordió el labio-. Por eso, no podía verte ayer por la noche. Me dieron los resultados de las pruebas ayer por la tarde. Cuando me lo dijeron... di todo por perdido...

-Estás loca -dijo Philip agarrándole la cara entre las manos y sonriendo. La besó muy suavemente en la boca-. ¿No sabes que lo único que me importa eres tú? Lo he pasado fatal sin saber qué te ocurría, no sabía si estabas enferma o si yo te había espantado. Claro que quiero tener hijos, pero no podría vivir sin ti.

-Oh, Phil... -lijo al tiempo que una lágrima resbalaba por su mejilla-. Te quiero. Me enamoré de ti hace años y, cuando nos volvimos a encontrar, fue como si esos años que estuvimos separados se hubieran borrado.

-Ojalá no hubieran existido, ojalá hubiera ido a aquella boda contigo. Ojalá Helen y Richard no hubieran aparecido en nuestras vidas. Fui un idiota arrogante. Fue todo culpa mía.

-No, no del todo. Tú te ofreciste a ir a la celebración y, tal vez, debí aceptar, pero éramos muy jóvenes.

-Me gustaría poder dar marcha atrás... para que no tuvieras que sufrir.

-Ya no me duele. Dejé de querer a Richard hace mucho tiempo. Cuando me acosté contigo, me di cuenta de que nunca había querido a nadie tanto como a ti, pero me dio miedo.

-¿Porque creías que yo solo querría una aventura?

-Sí, todos me habían dicho...

-No -dijo poniéndole un dedo sobre los labios-. No hagas caso de eso. Te deseé desde el primer día que te vi en el hospital. Me costó un poco darme cuenta, pero ahora sé que quiero estar contigo para siempre.

-Sí, pero eso no cambia las cosas. A ti te encantan los niños y yo a lo mejor no puedo...

La calló con un beso que los dejó a los dos temblando.

-Me encantan los niños, pero a ti te quiero más que a mi vida, Megan. No puedo vivir sin ti. Me había incluso planteado irme de aquí porque no creo que pudiera haber soportado pasar por delante de esta casa todos los días... sabiendo que te había obligado a irte por mi egoísmo.

-¿Tú, egoísta? -preguntó Megan sorprendida-. Puede que, a veces, los que no te conocen piensen que eres un poco distante, pero eres el hombre más generoso y adorable del mundo.

-Entonces, prométeme que no volverás a hacer una locura -le dijo acariciándole la cara-. Prométeme que no volverás a huir, que compartirás conmigo todo lo que te duela.

-Te lo prometo -le contestó besándolo en la boca-. ¿Estás seguro de que quieres...?

-Philip la interrumpió con un beso. Ella sonrió y apoyó la cabeza en su hombro-. Se está tan bien sabiendo que alguien se preocupa por ti. Nunca me había sucedido y creo que me gusta.

-Dime si te agobio demasiado. Suelo hacerlo con mis seres queridos.

-Phil, tú vas dando amor a todo el mundo, no solo a tu familia sino también a tus pacientes.

-Uno de ellos me dijo lo mismo, me dijo que era como un regalo que les hacía a los demás. Me sale de manera natural. Soy un hombre muy normal, Megan, que intenta hacerlo lo mejor posible, pero no siempre es fácil y me equivoco, como todo el mundo.

-Eres maravilloso, te das a los demás, que es lo más bonito que se puede hacer.

Philip sonrió y la besó.

-Bueno, ¿cuándo es la operación?

-El martes por la mañana. Mi madre se empeñó en pagarme la intervención en una clínica privada.

-Si no lo hubiera hecho ella, lo habría hecho yo, Megan. Bien, pues esperaremos y rezaremos -dijo abrazándola-. Todo saldrá bien, mi amor. Te acompañaré hasta que te metan en quirófano y estaré allí cuando salgas. Pase lo pase, estaremos juntos y, en cuanto te recuperes, nos casaremos. Vas a hacer oídos sordos a todos esos rumores y te vas a casar conmigo, ¿verdad? Digan lo que digan el martes.

-Sí, sí, Phil.

-Bueno, será mejor que me vaya y te deje descansar -dijo besándola.

-¿Estás de guardia?

-No.

-Entonces, quédate. Abrázame, bésame... hazme el amor.

-¿Y el dolor?

-No me duele todo el rato. No me voy a romper por hacer el, amor. Quiero tenerte cerca. Quiero recuperar todas las noches de todos estos años que hemos estado separados.

-No te preocupes, nos quedan muchos más por delante. Te lo prometo.

Philip miró el reloj por segunda vez en un minuto. Megan había entrado en quirófano hacía una eternidad. ¿Por qué tardaban tanto? ¿Qué estaba ocurriendo?

¿Se habrían encontrado con algo inesperado? ¿Sería cáncer?

Nunca lo había pasado tan mal.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 95-97

Anne Herries – El más Preciado Regalo

-¿Doctor Grant?

-Sí -contestó Philip poniéndose en pie de un salto al ver al cirujano-. ¿Está bien? ¿Era maligno?

-Creo que no. Solo le hemos extirpado el quiste, no hemos tocado el ovario, así que el daño ha sido mínimo. Tenemos que hacer la biopsia, por supuesto, pero me parece que Megan va a poder tener todos los niños que quiera.

-Gracias a Dios -dijo estrechándole la mano al cirujano-. Muchísimas gracias.

¿Cuándo podré verla?

-Dentro de media hora, más o menos.

Fue rápidamente a contárselo a la madre de Megan, que había ido a la cafetería. Le pidió que lo esperara porque él tenía que ir al coche a buscar una cosa.

-Te espero aquí -contestó la señora Hastings-. Me alegro tanto de que Megan te tenga a ti... Desde lo de su hermano, lo único que me importa es verla feliz.

Philip la besó en la mejilla y se fue al coche. Abrió el maletero y sacó una cesta de flores, una cajita de la joyería y un enorme oso de peluche blanco.

-Phil, han dicho que podemos pasar -le anunció la madre de Megan cuando volvió-.

Entra tú primero. Ahora voy yo.

-Gracias. ¡Vas a ser una suegra estupenda!

Philip entró. Megan estaba tumbada en la cama, apoyada sobre una pila de almohadas y con los ojos cerrados. Los abrió, somnolienta, cuando él se acercó y la besó.

-Hola... -le saludó mientras él le daba las flores-. Son preciosas, Phil, cómo me mimas.

-Y lo que te queda -prometió-. Este regalo no es para ti, pero te lo puedes quedar hasta que llegue el momento de dárselo a nuestro primer hijo, porque te prometo, cariño, que los vamos a tener.

-Oh, Phil... -dijo ella llorando. Philip se sentó en el borde de la cama-. Entonces,

¿todo ha ido bien?

-Sí. ¿No te había dicho que todo iba a ir bien?

-No estaba segura.

-No podía ser de otra manera, porque tú te mereces ser feliz, mi amor, y yo espero estar contigo para verlo -dijo abriendo la cajita y dejando al descubierto el enorme solitario de diamantes-. Espero que guste. Si no, puedes cambiarlo...

-No -contestó sonriendo-. Me parece un gesto muy romántico. Me encantan los hombres fuertes y me encanta que me trates como si fuera de porcelana.

-Creía que eras una mujer muy independiente.

-Hay momentos para ser independiente y momentos en los que te gusta saber que tienes un hombro sobre el que llorar si lo necesitas.

-Sabes que siempre estaré contigo -contestó con un extraño brillo en los ojos-. Me estaba preguntando...

-¿Qué? Conozco esa mirada. ¿Qué estás tramando?

-Bueno, cuando seas mi mujer, serás del pueblo y en primavera hay

otro torneo de dardos. Me han pedido que lo organice por todo lo alto. Si tú compitieras en el equipo del pueblo, seguro que ganaríamos.

-¿Por eso me has pedido que me case contigo? -se rió Megan.

-Claro -le contestó él mirándola con todo su amor-. ¿Por qué iba a ser si no?

Fin.

Escaneado por Corandra y corregido por Sira

Nº Paginas 97-97